



EL VELO ROSA

SPA. SOTTO

EL VELO ROSA

SRA.SOTTO

Índice

Síntesis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Otras novelas

de

Sra.Sotto

Síntesis

Una triste historia de vida que marcó a Mariana para siempre; la incipiente carrera policial en la que destaca Lucía y por la cual los caminos de ambas se cruzan. Cada una con metas y propósitos diferentes, terminan coincidiendo en tiempo y espacio, quizás cuando las dos más lo necesitaban. El valor que da el amor para tomar la decisión de renunciar a lo que nos sostuvo antes de hallarlo; y la madurez que alcanza el corazón para depurar el alma de rencores y ver hacia el futuro, a través de un velo rosa... el mismo que a veces no permite ver las señales que están justo en frente.

Una, dispuesta a dejar su venganza inconclusa, por amor; pero saber a la otra en peligro ante uno de los mismos fantasmas que la atormentaban desde el pasado, la hace llegar hasta el final.

El tiempo fue necesario para sanar viejas heridas y eliminar reproches. *Somos para siempre de quien nos salva el alma...*

Capítulo 1

El viaje aéreo había sido más largo de lo que se esperaba, unas tres horas y media en las que su mente no logró relajarse ni un segundo. Mientras aterrizaba el avión lanzó un suspiro, e intentó aumentar la voluntad y las ganas de cumplir con lo que la había conducido a lo que le parecía “el otro lado del mundo”. Eso fue lo que le valió ser el primer expediente de su graduación un par de meses atrás: *Lucía, necesitamos elementos como tú, con tu formación, urgen resultados... prepara las maletas*; fue lo único que le dijeron sin aceptar reversa y ahora estaba ahí, a punto de enfrentarse a lo desconocido con equipaje de mano y un nombramiento bajo el brazo.

Al poner pie en tierra y pasar los controles se dirigió a la puerta de salida. Era de noche y el bullicio de las personas en su andar, la aturdían más que las luces externas. Barrió el sitio con la vista, intentando reconocer quién sería la persona que habían enviado por ella; hasta que lo vio sosteniendo en alto un cartel con su nombre: Lucía Montes. Suspiró y caminó hacia él, pareciéndole a simple vista una mala copia de policía de los 90’ por su forma de vestir.

EL VELO ROSA

Fueron los treinta minutos en coche más largos de su vida. Suspiró aliviada cuando se detuvieron frente a lo que parecía un condominio residencial; en el cual debía estar su morada de entonces en adelante.

—Aquí tiene, jefa; tercer piso, número cinco, me tomé la libertad de surtirle con una pequeñísima despensa para que pueda comer algo si gusta. Subiré con usted si lo necesita para ayudarle con el equipaje —dijo el hombre, mostrándose solícito.

—No es necesario; muchas gracias por todo... disculpa, ¿cómo fue que me dijiste que te llamabas?

—Luján, subinspector bajo su mando ahora y oficial asignado para recibirla y cerciorarme de apoyarla en lo que necesite, mientras se adapta. Tengo entendido que en la capital la vida es otra, nada que ver con estos rumbos; pero estoy seguro que vamos a formar un muy buen equipo de trabajo, mañana conocerá al resto y podrá ponerse al día...

—Sí, yo también estoy segura, Luján —lo interrumpió ella y luego le sonrió, para no parecer antipática; pero lo cierto era que para nada le apetecía alargar la charla, más bien le urgía acomodarse y descansar antes de enfrentarse a toda una comisaría llena de oficiales a los que seguramente, debía demostrar por qué no fue ninguno de ellos y sí ella, a quien le habían entregado el mando haciéndola venir desde muy lejos—. Ahora subiré a instalarme e intentaré descansar del viaje.

Él descendió del vehículo mientras lo hizo ella y se apresuró a abrir la puerta trasera, para tomar la mediana valija con las pertenencias de Lucía.

—Muy bien, pasaré a las siete por usted, si le parece bien. En comisaría le enterregarán las llaves de su coche.

—Me parece perfecto. Que tengas muy buena noche y disculpa la molestia de ir por mí...

—Para eso estamos, jefa —contestó el sujeto y sonrió—. Buenas noches y que descanse.

EL VELO ROSA

Cuando sonó el intercomunicador, Lucía justo terminaba de beber su café “instantáneo”, cortesía de Luján que hubo de comprar antes de su llegada sin saber que ella lo detestaba; pero no tenía nada más caliente que beber al despertar y acabó por preparárselo.

—Buenos días, jefa —saludó el colega en cuanto ella subió al coche—. ¿Qué tal la primera noche en Mantovía?

—Buen día, Luján. He dormido como una piedra, la verdad.

—Ah... este es un lugar tranquilo, bueno; solía serlo.

—¿Lo dices por los asesinatos? —preguntó ella, sin quitarle los ojos de encima.

—Así es, me imagino que por eso la han mandado a tomar el mando; como el primer hecho no ha podido resolverse y el segundo ha sido apenas días atrás...

—Quiero hablar de inmediato con la persona que dirigía las investigaciones, tengo un expediente, pero no es lo mismo.

—Por supuesto, el inspector jefe López.

EL VELO ROSA

Su nuevo puesto de trabajo parecía tan de película vieja, como el estilo de vestir de Luján. Contaba con una oficina muy amplia que poseía cierto aire bohemio en cuanto a “decoración”, comenzando por su viejo escritorio y los antiguos gaveteros de madera. «*Ánimo, Lucía, tú puedes; por algo te han enviado aquí*»; intentaba darse fuerzas a sí misma mientras sacudía un poco el polvo sobre la mesa.

—¡Buenos días! —saludó un sujeto de unos cincuenta años, que irrumpió en la oficina sin llamar a la puerta—. Inspector jefe Antonio López, a sus órdenes —se presentó ante ella y le extendió una mano que Lucía estrechó sin hacerlo esperar—. Un placer, jefa.

—Tome asiento, por favor.

El hombre arrastró una de las sillas y se acomodó, luego de soltar un sobre blanco sobre el escritorio.

—Regalo de bienvenida.

—¿Esto que es? —preguntó Lucía mientras hurgaba en su interior y extrajo un papel que desdobló de inmediato para leer su contenido.

—Acaba de llegar, es una carta de los padres de la reciente víctima, dirigida al responsable de la comisaría y ese sería yo... —alzó las manos en gesto de frustración; pero con una sonrisita en los labios que a Lucía le pareció de cierto modo un reproche— de no haberla mandado a usted a hacerse cargo, así que, téngala. Son sólo amenazas de demandas y no sé cuántas cosas, desde que la prensa filtró que coincidía el *modus operandi* con el del primer asesinato que no se pudo resolver; se ha corrido un rumor de “asesino en serie” que además, ha dejado a todo el departamento policial muy mal parado.

—Estoy acá para intentar darle respuesta a esos padres... y de paso, si es verdad que se tratase de asesinatos en serie, voy a reabrir el primer caso.

—¿Cómo?; pero, eso fue hace varios meses, yo mismo estuve a cargo, no obtuvimos

ninguna prueba sustancial y pasado el término establecido, tuvimos que cerrarlo. Que venga usted ahora sin conocer del asunto a querer reabrirlo así como así, sólo nos dejará muy mal parados a los que sí estuvimos trabajando por acá.

Lucía guardó silencio un par de minutos mientras lo miraba a los ojos, para finalmente dedicarle una descolorida sonrisa.

—Entiendo, López; mas, no es afectar “el buen nombre de esta comisaría” —hizo comillas en el aire con sus dedos— lo que pretendo, sino todo lo contrario. Lamento muchísimo que lo vea de esa manera; pero estoy aquí por una razón y usted debe saberlo, no por decisión propia, así que... voy a hacer bien mi trabajo al frente de este departamento. Ahora por favor, tráigame cuanto antes todo lo que recabó sobre el caso que cerró.

López se puso de pie con actitud altanera y llevó sus manos a los bolsillos. —Enseguida, comisaria.

—Cierre la puerta al salir, por favor.

El portazo que dejó al salir, le ratificó a Lucía algo de lo cual ya se había percatado: tendría que ganarse el respeto de aquellos hombres que sólo la veían como una chica de ciudad acabada de soltar los libros. En aquel mundo machista, siendo la única mujer y por demás, joven; le costaría mano dura que la vieran como lo que realmente era: la comisaria de la estación de Mantovía.

Capítulo 2

Abrío los ojos de golpe, despertando de la pesadilla que no la dejaba dormir desde hacía ya mucho tiempo. Respiró profundo y vio los números rojos en el reloj de mesa. Eran apenas las 5: 25 de la madrugada. Decidió ir por un poco de agua mientras atrapaba la cajetilla de cigarros.

Salió al balcón de su cuarto, de su antiguo cuarto... aún la oscuridad reinaba en Mantovía. Detestaba aquel pueblecito en el cual había pasado los primeros quince años de su vida.

Se fumó otro cigarrillo mientras su mente viajaba al pasado, luego se dirigió al cuarto de baño y salió.

EL VELO ROSA

—¡Mariana! —exclamó contento el señor detrás de la barra en cuanto la vio entrar a su bar—. Me estoy acostumbrando a verte por aquí —sonrió mientras la chica tomaba asiento—. ¿Lo mismo de siempre?

—Buenos días, Ramón —saludó ella y asintió con la cabeza—. Sí, lo mismo de siempre.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte por aquí? —preguntó el hombre mientras le preparaba un capuchino.

—No mucho, sólo el tiempo de encontrar un comprador para la casa y luego regresaré a la capital —respondió mientras sus ojos se incrustaron en la tele, donde hablaban acerca de un asesinato ocurrido pocos días antes.

—Oh, sí —el señor Ramón colocó la taza frente a ella e hizo un gesto con la cabeza, hacia el televisor en la pared—. No se habla de otra cosa, es una desgracia, su familia está destruida.

—Imagino —volvió su atención hacia las noticias, esta vez presentaron la foto de una mujer joven.

—Es la nueva comisaria —comentó el señor—. Dicen que la mandaron de la capital para que se hiciera cargo del caso, temen que se trate de un asesino serial.

—Por Dios —ella bebió un sorbo de su taza humeante, exorbitando los ojos al escuchar eso, sintiendo escalofríos.

El hombre suspiró. —Ni siquiera en este pueblo estamos al seguro, hasta hace unos pocos años, era de las zonas más tranquilas para vivir; pero ya ves tú.

—Así es; esperemos que logren hallar al culpable lo antes posible.

—Bueno, dicen que ella es la mejor, aunque la verdad es poco joven. Veremos qué tan buena resulta, el caso anterior quedó en el olvido... Pobre Fernando —se hizo la cruz y miro hacia arriba—, que Dios lo tenga en la gloria... era buen chico.

—Mj —Mariana terminó su capuchino y se puso de pie luego de dejar un billete sobre la barra—. Ahora me tengo que ir, quedé en verme con el agente de bienes raíces a primera hora. Tenga buen día, Ramón.

Se volteó de súbito, tropezando sin querer con la chica que había entrado al bar pocos segundos antes.

—Oh, disculpa —los ojos de Mariana encontraron los de la desconocida—. Hum, lo siento.

—No pasa nada —la chica sonrió, pero su mirada permaneció inmutable.

Mariana deslizó la vista hacia el televisor colgado en la pared, dándose cuenta que se hallaba frente a la famosa detective y de inmediato lo corroboró, viendo la placa adherida a su cinturón. Sonrió y se hizo a un lado para avanzar hacia la puerta, sintiendo por un momento la mirada sobre su espalda.

EL VELO ROSA

Sólo quedaban los oficiales de guardia y ella; aún en su oficina. Llevaba todo el día revisando y cotejando datos que sacaba de los archivos que le entregó López sobre el caso archivado; el primer homicidio que jamás pudo esclarecerse. En efecto, algunas coincidencias saltaban a simple vista, como el rango de edades de ambas víctimas, sexo, similitud en los lugares en que ocurrieron los hechos... pero tanto en uno como en otro; ningún testimonio válido de algún posible testigo.

Una corazonada le decía que los rumores del asesino en serie no eran del todo mal infundados y que, a juzgar por la escasez de elementos probatorios hasta ese momento, se trataba de un psicópata bien astuto. Todo un reto profesional que demandaría no sólo su empeño para esclarecerlo; sino todo su tiempo.

Miró la hora en su reloj y pasaban las nueve de la noche. Necesitaba un baño y algo de cenar, ya que su estómago no entendía de sacrificios laborales; así que metió todas las carpetas en un portafolios y agarró su chaqueta.

—Buena noche, muchachos, espero que sin novedades —saludó a los uniformados que halló en el salón de entrada.

—Buenas noches, comisaria.

EL VELO ROSA

A la mañana siguiente, como si se tratara de algún *dejavù*, Lucía volvió a tropezar con la misma chica del día anterior en aquel bar donde iba a tomar su café un par de veces al día, visto que le quedaba muy cerca de comisaría; sólo que en esta ocasión, era ella quien iba de salida y la chica entrando.

—¡Lo siento! —se disculpó la que parecía entretenida, tras provocar que a la comisaria se le vaciara encima parte del café que llevaba en una mano.

—¡A ver si ponemos más atención! —respondió Lucía sin fijarse del todo en ella, mientras colocaba sus cosas sobre una mesa y sacudía torpemente su ropa.

—Discúlpame...

El tono y la mano extendida hacia ella, apaciguaron un poco la molestia que sintió por su ropa dañada. —No pasa nada —contestó y correspondió al saludo.

—Mi nombre es Mariana, lamento mucho este incidente; si quieres, puedo encargarme de tu chaqueta y entregártela luego, por favor, es lo menos que puedo hacer y me sentiría más aliviada.

—No, descuida —Lucía echó sobre la mesa la servilleta sucia y volvió a agarrar sus

cosas—. Tengo cambio en el auto y además, se me hace tarde. Que tengas buen día, Mariana —dijo su nombre viéndola a los ojos y le sonrió levemente, con aquella manera suya de hacerlo que no se sabía si era forzada o auténtica la sonrisa.

Caminó hacia la puerta a toda prisa, girándose por unos segundos apenas cuando la chica volvió a hablarle.

—Oye, ¿y tu nombre es?

—Eso déjalo para los *socials*; me puedes llamar “comisaria”, comisaria Montes.

«*Comisaria Montes, comisaria Montes*», repitió Mariana en su cabeza con una vocecita fastidiosa y haciendo una mueca mental mientras la seguía con la vista hacia que abordó su auto aparcado al frente del bar. «*¡Engreída y maleducada es lo que eres!*»

EL VELO ROSA

Luego de muchas horas de trabajo nocturno en casa y su camisa preferida manchada de café, el día de Lucía no había comenzado del mejor modo. Ya tras su escritorio, abrió nuevamente los archivos que estaba estudiando y en conjunto, los digitales del sistema; necesitaba corroborar ciertos datos. Casi llegando al último documento, un particular llamó su atención y fue precisamente la nota de un diario de hacía pocos días, donde se hablaba públicamente de la fuerte posibilidad de que se tratara de un asesino serial. Se fijó en el nombre al final del reporte y lo anotó en una agenda que llevaba siempre consigo, luego agarró sus cosas y se dirigió al escritorio de su segundo al mando.

—López, salimos para el diario “Al minuto” ahora mismo.

—¿De qué se trata? —contestó el hombre poniéndose de pie y retirando el saco del respaldo de su silla.

—Quiero hablar con esa reportera que escribió el artículo que desató el terror en Mantovía después del segundo homicidio, Carla Estrada; por el camino te explico.

Capítulo 3

Hay un sitio más concurrido que una comisaría local, exceptuando los hospitales: un diario. Desde que los representantes de la ley llegaron al local, atraieron la mayoría de las miradas de los presentes sobre ellos.

—Buen día —saludó López a la joven que ocupaba el escritorio cerca de la entrada y le mostró su placa a la par que lo hizo Lucía—. Soy el inspector López y ella la comisaria, necesitamos hablar con... —miró a su superior.

—Carla Estrada —dijo Lucía mientras guardaba su placa.

La joven los miró de arriba abajo por encima de sus delicados lentes. —Denme un segundo, veré si está libre —alzó el teléfono que estaba a su derecha sobre el atestado escritorio y marcó el número de la extensión de la oficina de Estrada—. Sí, Carla, cariño... la policía está aquí; quieren hablar contigo... sí, enseguida les hago pasar —volvió a centrar su atención en los visitantes y señaló un corredor—. Su oficina es al final del pasillo, les espera.

—Gracias.

EL VELO ROSA

Lucía se había imaginado que se tratara de una mujer más joven, como la mayoría de las que había visto al entrar; no de la mujer de alrededor de cincuenta años que los recibió con una sonrisa tras su escritorio.

—Buenos días.

—¡Muy buenos días, oficiales! Adelante, pueden acomodarse —señaló las sillas del otro lado de la mesa—. ¿En qué les puedo ayudar?

—Soy la nueva comisaria y él es mi compañero, el inspector López; imagino que lo conoce. Estamos aquí porque necesitamos hacerle algunas preguntas sobre ciertos aspectos que mencionó, en el reportaje posterior al hallazgo del cadáver de Fernando Molina.

La expresión de la periodista no sufrió ninguna alteración, continuó con su semblante calmado y jovial. —Oh... la verdad, los esperaba antes.

—¿Por qué exactamente?

—Porque Fernando Molina padre, estuvo aquí horas después de la salida a la calle del diario ese día, lanzándome un montón de amenazas, según él, por “montar un show mediático” con el dolor y el sufrimiento de su familia; cuando en realidad yo solamente hago mi trabajo.

Los agentes se miraron entre sí, luego Lucía volvió a centrar los ojos de la reportera.

—¿Y por qué esperaba la visita de la policía tras el incidente con el señor Molina?

—Con todo respeto —contestó Carla y sonrió—; pero, se nota que no es usted de aquí. Los Molina son una de las familias más influyentes en Mantovía, es sabido que su patriarca se codea hasta con el gobernador —miró entonces hacia López—. El “excomisario” sabe de lo que hablo, ¿cierto?

—Señora Estrada, el motivo que nos trajo aquí tiene que ver con lo que usted escribió y el homicidio de Fernando Molina junior; no es necesario mezclar las cosas y que como siempre se empecine en buscarse problemas con... —respondió el hombre; pero su jefa intervino de

inmediato.

—Para nada, López; estamos aquí en busca de cualquier tipo de información que nos pueda develar cualquier particular importante relacionado al caso y a la víctima. Presiento, que usted podría ponerme al corriente de muchas cosas, señora Estrada —Lucía se mostró muy interesada en lo que podría descubrir a través de la periodista.

—Pudiera ser, comisaria... pero por desgracia; en este preciso momento no cuento con el tiempo suficiente —dijo mientras garabateaba algo en un papel fuera del alcance de la vista de los policías y luego se lo entregó a Lucía, con una sonrisa en los labios—. Tengo una reunión demasiado importante en cuestión de minutos; y si esta “visita” no es oficial, por favor les pediré que me disculpen —señaló hacia la puerta mientras se ponía de pie, sin quitarle la vista de encima a López.

—Que sepas que podemos conseguir una orden y llevarte a comisaría —dijo el inspector antes de atravesar la puerta.

—Si lo hacen, sólo asegúrense de que sea muy legal; no estoy para perder el tiempo, “excomisario”.

—Que te jodan —dejó escapar él por lo bajo desde el corredor; pero ellas lo escucharon.

Justo iba a decir algo Lucía, cuando vio lo escrito en el papel: *Sin López presente, encontrémonos en otra parte*, rezaba del puño y letra de la periodista y ponía al final su número telefónico. La comisaria sólo intercambió una mirada con ella, aunque llena de mucha intriga, asintió y se apresuró a alcanzar a su compañero.

Le intrigaba sobremanera la aptitud de la reportera frente a López, su manera de llamarlo “excomisario” de forma acentuada... evidentemente se conocían y no saltaba a la vista ninguna simpatía entre ambos. Ya buscaría ella el modo de concertar una cita con Estrada y esclarecía todas las dudas que le estaban rondando; pero ahora debía regresar a la estación para continuar con el montón de trabajo sobre su escritorio.

EL VELO ROSA

Despertar en la madrugada con las gotas de sudor mojando su rostro y el corazón acelerado, ya se le había hecho costumbre. Deseaba terminar de una buena vez el motivo que la había hecho regresar a Mantovía, para despedirse de ese pueblo para siempre... Esperó en el lecho que el despertador sonara y decidió ir a correr un rato, tal vez eso la ayudaría a iniciar mejor la jornada.

El pueblo parecía fantasma, el silencio reinaba y las calles estaban prácticamente vacías. Tomó una vía que la condujo a un sendero boscoso, perfecto para despejar la mente y llenar los pulmones de aire fresco. Iba tan ensimismada que no vio la chica vestida enteramente de negro que apareció de la nada, cortándole el camino y haciéndola detener de golpe.

—¡Rayos! Lo siento —dijo la vestida de negro, con la respiración agitada, retirándose los auriculares.

Mariana se sorprendió al verla. —Comisaria —pronunció despacio, recorriéndola rápidamente con la vista—, iniciaré a pensar que me está persiguiendo... Nuestros encuentros casuales inician a preocuparme —sonrió, logrando de alguna extraña manera contagiar a Lucía.

—Sólo si tiene algo que esconder, ¿señorita? —quedó a la espera, sosteniéndole la mirada.

—Mariana, por segunda vez; mi nombre es Mariana —volvió a sonreír y bebió un sorbo de

agua—. No pensé encontrar a nadie por acá y menos a estas horas... ¿Acostumbra correr tan temprano?

—A veces, sólo cuando necesito pensar —sus miradas quedaron entrelazadas por unos largos segundos, como si ambas se estuvieran estudiando.

—Bueno —Mariana rompió el silencio; mas no el contacto visual—, mejor sigo mi camino, no quiero atrasarla más. Hasta luego, comisaria —le sonrió una última vez y reemprendió la marcha.

—Hasta luego, Mariana —dijo Lucía, sonriendo también.

—¡Tal vez nos veamos en el bar más tarde! —le gritó, volteando se hacía atrás sin detener del todo la marcha—. ¡Ramón prepara unos panqueques deliciosos, invito yo!

—¡No creo que...! —pero, ya era demasiado tarde, la chica se alejaba cada vez más, hasta perderse entre los árboles.

EL VELO ROSA

No era que le importara encontrar a la tal Mariana allí, pero igual recorrió todas las mesas del bar con la vista apenas entró. Luego de su carrera matutina y la ducha caliente que tomó al regresar a casa, lo que necesitaba era un café bien fuerte que la ayudara a enfrentar el día.

No había rastros de la chica desconocida por todo el lugar, así que tomó asiento en la barra y pidió si café bien fuerte.

—Y panqueques, Ramón —la voz inesperada de Mariana a sus espaldas la hizo sobresaltar. La chica le sonrió al encontrar su mirada—. En serio, son deliciosos —tomó asiento a su lado.

—No acostumbro a comer nada en la mañana, un café es suficiente —dijo la comisaria, viéndola de soslayo.

—Créeme, cuando los pruebes, te volverás adicta —se rio, mas su risa duró muy poco, lo que atrajo la atención de la comisaria sobre ella —. Solía venir aquí todas las mañanas antes de ir al colegio.

—¿Eres de aquí entonces? —preguntó con curiosidad.

Mariana sonrió. —¿Por qué?... ¿No se nota? —ahora quien se mostró curiosa fue ella.

—Digamos que te ves diferente al resto de los habitantes de Mantovía... Te ves como una "chica de ciudad".

—Eres muy buena observadora, comisaria Montes —dijo sonriendo y miró hacia Ramón que se acercaba con el pedido—. Soy originaria de aquí, aunque no lo parezca...

—Así es, sólo que se fue a vivir a la capital desde muy joven —terminó de decir el señor Ramón, colocando el plato de panqueques en la barra—. ¿Cappuccino? —preguntó mirando a Mariana.

—Sí, muchas gracias —le sonrió al hombre y volvió la vista hacia Lucía—. Obtuve una beca y pues, me mudé a la capital hace muchos años; y al parecer me convertí en una "chica de ciudad", como tú.

—¿Y qué te ha traído de vuelta a Mantovía? —a veces no podía evitar hacer preguntas, eso era parte fundamental de su trabajo.

—¿Acaso esto es un interrogatorio, comisaria? —Mariana sonrió y se sirvió un par de panqueques, los cuales bañó con mucha miel.

—Perdona, sólo quería...

—Es broma —volvió a sonreír, afable—. Hace algunos meses mi abuela falleció y...

—Oh, lo siento —Lucía se mostró afligida.

—No pasa nada, ya pasó... Pues regresé para vender la casa que me dejó en herencia, luego me regresaré a la capital... Allí es donde tengo mi vida, bueno, más o menos; en realidad viajo mucho por mi trabajo. Es más el tiempo que paso en hoteles que en mi departamento.

—¿Y a qué te dedicas? —Lucía no podía detenerse, era más fuerte que ella; “hábitos de su oficio”; la justificaría su voz interna.

—Pues trabajo en una compañía... —respondió Mariana, mas, fue interrumpida por el oficial que apareció de repente y susurró algo en el oído de la comisaria.

—¿En serio? —Lucía se mostró preocupada—. ¿Cuándo? —preguntó al muchacho.

—Hace media hora, lo hallaron un grupo de chicos que acampaban por esa zona.

—No puede ser —Lucía se puso de pie de inmediato—. Llama a los demás y diles que vamos en camino —luego miró hacia Mariana—. Lo siento, debo irme.

—¿Algún problema? —Mariana se inquietó.

—El trabajo me llama, pero si quieres podemos desayunar mañana y prometo que probaré esos panqueques.

Capítulo 4

Cuando Lucía arribó al sitio junto a otras dos patrullas, ya el equipo forense se hallaba en la escena, tomando fotografías y marcando cada indicio que pudiera convertirse en alguna pista. Uno de ellos se le acercó en cuanto la vio bajar de su auto.

—Comisaria... no había tenido el gusto de conocerla, mi nombre es Will, estoy al frente del departamento forense —se presentó y le extendió una mano que ella estrechó de inmediato.

—Lucía Montes... y dígame; ¿qué tenemos aquí exactamente? —preguntó mientras se dirigía apresuradamente hacia el lujoso coche aparcado en aquel pequeño claro, entre la espesa vegetación... Un cadáver yacía en el asiento del conductor.

—Estamos recolectando evidencias para analizar en el laboratorio, a simple vista puedo decirle que se trata de un hombre joven, entre los 30 y los 35 años de edad aproximadamente, tiene una marca visible en el cuello que a simple vista parece el agujero dejado por alguna jeringa, lo que puede indicar que le inyectaron algo, tal vez para debilitarlo; debemos analizar su sangre. El cuerpo se encuentra en posición sedente, es muy probable que lo hayan asesinado ahí. Después del análisis podremos certificar la causa de muerte; pero me inclino a que debió ser producto de la herida con arma blanca que tiene cerca de la ingle.

—¿Data aproximada del deceso?

—A juzgar por el marcado grado de rigidez que presenta y el estado de la sangre, debió ocurrir hace unas... diez horas —respondió el especialista.

—Sobre las diez u once de la de la noche... —calculó Lucía viendo su reloj pulsera.

—Más o menos.

—Muy bien, hagan el levantamiento, inspeccionaré un poco el lugar.

—Otra cosa, comisaria —el forense se acercó a ella, para hablarle de forma más privada—. La identidad del occiso la tenemos.

—¿Otro hombre joven de Mantovía? —preguntó ella, viéndolo a los ojos; justo en medio de los rumores de que un asesino en serie azotaba la tranquilidad del pueblo, un tercer cadáver masculino joven aparecía.

—Así es, se trata de Ronald Suárez... “Molina” —enmarcó verbalmente el segundo apellido de la víctima, llevándose toda la atención de la comisaria.

—¿Molina como...? —ante la cara del forense, ella se llevó una mano al rostro, deslizándola sobre el mismo lentamente.

—Como la segunda víctima, eran primos hermanos.

—Esto será una bomba para los medios, y aprieta más el cerco alrededor de nosotros; ¡tenemos que obtener resultados cuanto antes!... o nos comerán vivos. No cabe duda alguna ya... demasiadas coincidencias, ¿no crees? Estamos hablando de una serie de asesinatos cometidos por la misma persona; o creo que los seleccione al azar.

—Opino lo mismo. En cuanto terminemos aquí nos vamos con todo al laboratorio y cuando tenga un informe, de inmediato se lo comunico.

—Correcto, Will. No tenemos tiempo que perder.

EL VELO ROSA

Tras el volante de su auto en un sitio poco concurrido y casi fuera del alcance de las luminarias públicas, fumaba un cigarrillo mientras observaba por el espejo retrovisor y los laterales, todo el movimiento a su alrededor; fue así como vio acercarse el Fiat azul que aparcó justo detrás del suyo y descender de este a Carla Estrada.

—Disculpe si tardé demasiado, estaba regresando al pueblo cuando recibí su llamada —dijo la periodista apenas entró en el jeep de la comisaria ocupando el asiento a su derecha.

—Por favor tutéame, si vamos a colaborar juntas; necesitamos confianza.

—Tienes razón —respondió Carla y extrajo de su bolsa una pequeña USB, la cual le entregó seguidamente— y para demostrarte que confío, aquí tienes... es parte de mi investigación, no hallarás mucho del tercer asesinato porque he estado ocupada en durante mi viaje; pero de inmediato me pondré a unir cabos sueltos que me saltan a la vista y a ampliar mi esquema.

—¡Wow! Eres rápida, Estrada... apenas esta mañana se descubrió el cadáver, si has estado fuera todo el día, ¿cómo es que...?

—En tantos años de trabajo, mis posesiones más preciadas, son mis fuentes; comisaria —contestó, sonriéndole—. Sólo te pido una cosa a cambio de esta incipiente “colaboración”...

—Te escucho.

—Discreción. Cuando revises el material que te entrego comprenderás por qué te lo pido; no confío en otro policía de este pueblo... mucho menos en tu antecesor al frente de la comisaría —abrió la puerta y se dispuso a bajar del vehículo.

—Espera, lo que me dices es muy serio; si no puedo confiar en mis compañeros; entonces...

—Comprenderás... no te puedo decir más sin que hayas revisado toda la información que te entregué. Ahora disculpa; pero me voy a casa, me urge un baño luego de ese fastidioso viaje por carretera antes de ponerme a trabajar... tengo un artículo por escribir que pretendo que salga mañana mismo. Ah, y desde ya te aviso: luego que se publique, la opinión pública hará más presión contra la policía y arremeterá con más ahínco, Lucía...

—¡Me estás diciendo que vas a sacar “una bomba” que literalmente explotará sobre mi cabeza!

—Mira, aún no sé por qué; pero confío en ti, mas... no puedo decir lo mismo del resto de tus colegas, entonces; alguien tiene que obligarlos a hacer su trabajo. Lo siento, comisaria, pero yo sí hago el mío —le guiñó un ojo y terminó de salir del jeep—. ¡Nos vemos luego, compañera! ¡Y bienvenida a la realidad de Mantovía! —exclamó, alejándose hacia su auto.

EL VELO ROSA

Curiosa por conocer lo que contenía la USB que recibió tan “clandestinamente” y previo aviso de que debía tratar el asunto con extrema discreción, decidió que lo mejor era conducir a casa y trabajar desde ahí. Eran casi las diez de la noche, en la comisaría quedaría solamente el personal de guardia, mas, prefería la tranquilidad de su apartamento para trabajar a plenitud; esos eran sus planes cuando escuchó sonar la radio: «A todas las unidades, repito, a todas las

unidades: varios disparos y un herido en el club Oasis»... Maldijo en voz baja y giró el volante bruscamente para cambiar dirección, estaba más cerca del punto mencionado que de casa, así que como buen policía; decidió acudir al llamado del deber.

Al arribar al lugar encontró ya la ambulancia con los paramédicos y un par de patrullas. Uno de sus colegas se llevaba esposado a un sujeto de unos cuarenta años.

—¿Quién es? —preguntó viendo al tipo malencarado y muy ebrio.

—Ignacio Rodríguez —le respondió un colega, deteniéndose por un momento—, acaba de salir de la cárcel y ya busca problemas. Fue él quien disparó a la víctima, el nuevo novio de su ex esposa.

—¡Aún es mi esposa, *mía*! —gritó el sujeto, forcejeando.

El guardia logró tomar el control. —Ya cállate, imbécil, por esta gracia pasarás otros cuantos años en el bote.

—¿Y la víctima? —Lucía miró hacia la ambulancia, mas sus ojos captaron la imagen de la chica con quien coincidía muy a menudo que entraba al local tras lanzar al suelo la colilla de un cigarro.

—Está bien, por suerte, el disparo fue en el muslo —el oficial miró al sujeto y sonrió—. Ni buena puntería tienes, tal vez es por eso que tu Mabel no quiere saber nada de ti —se carcajeó.

A Lucía su comentario no le agradó mucho, más prefirió no decir nada. —Bien, llévenselo —y se dirigió hacia la entrada del sitio.

Al entrar la música estridente golpeó pesadamente sus oídos. Las personas bailaban como si nada hubiera ocurrido y en una mesa halló a Mariana que bebía sola y que al verla, de inmediato le hizo señas para que se acercara.

Lucía miró a todas partes y finalmente, con algo de duda, se encaminó hacia la mesa de la chica.

—Buenas noches, comisaria —saludó muy sonriente—, jamás pensé que frecuentaras un lugar como este, pero supongo que tú también necesitas un poco de distracción de vez en cuando.

—En realidad estoy aquí por trabajo —dijo Lucía muy seria—. Hubo disparos y una víctima...

—Oh, ya la situación ha sido controlada por sus colegas —bebió un sorbo de su cóctel—. Espero que no haya venido a cerrar el lugar, por lo que sé todo ocurrió en la calle y esta noche necesito embriagarme hasta no entender nada más —se rio viéndola a los ojos—. ¿Gustas acompañarme?

—Lo siento, pero tengo trabajo y...

—Oh, ¡ni pensarlo! —Mariana se puso de pie de repente y la aferró de las manos, trajinándola hacia la pista—. ¡El trabajo puede esperar! Ahora sólo —la vio directamente a los ojos— diviértete y olvida todo lo demás.

—Y-yo... No creo que... Oh —exorbitó los ojos cuando Mariana se dio la vuelta e inició a mover sensualmente su cuerpo al compás de aquella música asordante.

EL VELO ROSA

Por algún motivo que hasta el momento desconocía, Lucía no lograba apartar la vista de la chica que bailaba tan despreocupada, que la hizo sentir envidia; y hasta llegó a pensar que lo

estaba haciendo solo y únicamente para ella. Buscó apoyo en aquel segundo trago para refrescar sus pensamientos, que iniciaban a tomar un rumbo inesperado... Sus miradas, como atraídas por un fuerte imán se encontraron y permanecieron entrelazadas por largos segundos; el tiempo pareció detenerse, todo a su alrededor desapareció y como por arte de magia existían sólo ellas dos.

No supo en qué momento sus manos se apoderaron de aquellas magnéticas caderas, atrayéndola hacia sí necesitadamente, mientras sus labios impávidos atraparon en un intenso beso aquellos otros. Lucía no sabía lo que estaba haciendo hasta que lo hizo... La besó con tal intensidad que a ambas quedaron sin aliento.

—L-lo siento —tartamudeó la comisaria en el momento en que Mariana interrumpió el contacto—. No sé lo que me sucedió, creo que malinterpreté todo y... lo siento —le dio la espalda y se alejó con rapidez hacia los sanitarios sin mirar atrás; sintiendo que necesitaba un poco de agua en el rostro.

Mariana permaneció en el lugar sin mover un solo músculo, con el corazón agitado y la mirada perdida en el vacío que había dejado la chica; preguntándose a sí misma, qué estaba sucediendo, que de cazadora comenzó a sentirse la presa inmediatamente recibió aquel inesperado beso... y sólo había una forma de averiguarlo. Salió del tumulto y siguió el rumbo que tomara Lucía un minuto antes.

Capítulo 5

No había podido pegar ojo en toda la noche, y no era debido a los asesinatos ocurridos en el pueblo, no, su desvelo fue causado por su imperdonable atrevimiento la noche anterior en el club Oasis. ¿En qué Diablos estaba pensando? Ni siquiera la conocía.

No dejaba de pensar en ello mientras corría por aquel sendero casi en penumbras. Escuchó unos pasos y de inmediato se volteó llevando una mano tras la espalda, en donde obviamente llevaba su arma.

—Buenos días, comisaria —Mariana se detuvo a pocos pasos de ella y miró por un momento hacia el cielo, el sol recién iniciaba su ascensión, creando bellos colores—. No mentiré, esperaba encontrarte por aquí. Ayer saliste casi corriendo y...

—Lo siento por... —sus mejillas se enrojecieron, haciendo sonreír a la otra, que se le acercó peligrosamente—. Creo que me pasé de tragos y...

—Y no hay nada que explicar, Lucía —la interrumpió mientras le acomodaba un mechón de cabello tras la oreja—. Somos mujeres adultas, libres... y lo que sucedió, fue debido a la voluntad de ambas; simplemente se dio.

Por unos instantes, Lucía se vio reflejada en aquellos ojos sintiéndose extrañamente desarmada, desnuda ante su mirada; vulnerable como no le gustó sentirse y se apartó de inmediato, escapando de la inesperada caricia.

—No volverá a suceder.

—Es algo que no sabes —se apresuró a responder Mariana, con actitud depredadora reflejada en cada uno de sus movimientos y en su sonrisa.

—Tal como dijiste, somos mujeres adultas y al menos yo, controlo mis actos.

—Ya lo creo, tal como lo hiciste anoche —y de nuevo aquella sonrisa que a Lucía le resultaba envolvente.

—Lo siento, debo irme a trabajar —fue la manera que la comisaria halló para continuar camino y escapar de la situación que iniciaba a hacerla sentir en dificultad.

Echó a trotar nuevamente alejándose de la joven sin mirar atrás, mientras escuchaba sus últimas palabras:

—¡Volveremos a encontrarnos, Lucía; yo sé que sí!

Encontrarla de nuevo esa mañana no ayudaría a sacarse de la cabeza la noche anterior. ¿En qué demonios estaba pensando, cuando se dejó llevar por aquella “simple invitación” a compartir un trago? Ella, precisamente ella, para quien decir “no” jamás supuso un problema; se hallaba siempre en dificultad para negarse cuando aparecía aquella chica.

A cada zancada de su trote el sudor sobre su piel aumentaba, podía sentirlo bañándola entera; mas, muy en el fondo sabía que tal fatiga se debía más al recuerdo perenne de hacía algunas horas en aquella discoteca, que al ejercicio que estaba haciendo. ¿Cómo iba a sacarse de la cabeza la sensación que dejaron aquellas manos sobre su cuerpo?... aquellos labios en su cuello y el desespere que compartían ambas por llevar a efecto sus deseos más íntimos.

Era la comisaria del pueblo, tenía un compromiso moral que respetar. ¿Qué hubiera pasado

si no las hubiera interrumpido en aquel baño, la chica ebria que abrió la puerta inesperadamente? Se ruborizó de sólo imaginarlo; pues aquella interrupción llegó cuando estaba justo a un instante de ahogarse en la humedad que bañaba su mano, entre un jadeo y otro.

Le dio la culpa al par de tragos que bebió y sacudió la cabeza, intentando dejar “el incidente” en el pasado. Era hora de reconectarse con el trabajo, llegar a casa por una ducha y dedicarse por completo a los casos de homicidio sin resolver, que a fin de cuentas; no estaba en Mantovía para otra cosa que no fuera eso.

EL VELO ROSA

Sentada en la barra del bar del señor Ramón, observaba con atención las noticias. Todos los medios hablaban del tercer cadáver hallado en los predios de Mantovía, aunque su nombre aún no se les permitía revelarlo.

—Inicio a creer que sí se trata de un asesino serial —comentó Ramón, mientras se le acercaba con un plato lleno de panqueques—. Por Dios —hizo un gesto de pesar—. Tenían una vida por delante.

—¿Ya se descubrió el nombre de la tercera víctima? —Mariana se mostró curiosa.

—Bueno, el hijo de una amiga trabaja en la policía y... —se acercó un poco para que nadie más lo escuchara—, me dijo que se trata de Ronald.

—¿Ronald? —se quedó pensativa—. No me suena ese nombre.

—Ronald Suárez.

—No —negó con la cabeza—. No lo recuerdo.

—Te marchaste hace mucho, tal vez por eso no lo recuerdas —Ramón sonrió—. Bueno, los tres eran muy amigos.

—¿Las tres víctimas?

—Sí —el señor suspiró—. Eran buenos chicos, pero sólo Dios sabe en qué lío andaban metidos, porque lo cierto es que esto no es coincidencia.

—¿Qué quieres decir? —se mostró aún más curiosa; pero se volteó de inmediato al escuchar el sonido de las campanillas situadas en la puerta, restándole atención a la plática.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Ramón y le sonrió cuando obtuvo su atención.

—Nop —dijo y se puso de pie—. Ahora me tengo que ir, tengo trabajo que hacer.

—¿No que estabas de vacaciones?

—No lo estoy nunca, Ramón —y sin más se marchó.

EL VELO ROSA

Lucía revisaba en su ordenador de la comisaría la información que le entregara la periodista la noche anterior, cuando de repente sonó su celular. La pantalla mostraba un numero desconocido.

—Habla la comisaria Lu...

—Lucía Montes —se escuchó desde el otro lado de la línea, dejándola sin palabras—. *Muy bonito nombre, por cierto.*

—¿Cómo...? —miró a todas partes —¿Cómo obtuviste mi número personal?

—*Tengo mis mañas, comisaria* —Mariana sonrió—. *Quería invitarte a salir esta noche si no estás ocupada.*

—¿A... a salir? —se aclaró la garganta.

—Sí, *una cita... solas tú y yo. Una cena...*

—No creo que sea prudente, Mariana —a su mente regresaron los recuerdos de la noche anterior y sintió estremecer todo su cuerpo.

—*En cambio yo, no le veo nada que atente contra la prudencia, Comisaria. Como dijiste, somos dos mujeres adultas y libres, ¿qué tendría de malo? A menos que... yo no te agradé y sólo busques excusas para evitarme.*

—¡No! Quiero decir, que no es eso; me agradas, sí. Es sólo que... —se silenció al escucharla reír del otro lado de la línea.

—Conque sí te gusto entonces.

—Oye, no dije eso.

—*Así lo he interpretado; pero no importa, ya lo hablaremos en persona. Esta noche entonces, te paso la dirección del sitio.*

Aquella mujer tenía algo que simplemente la envolvía, de tal forma que al final sin entender cómo, Lucía acababa a su merced y abierta a sus deseos.

—Eres muy persuasiva tú, ¿eh? —rezongó la comisaria, sacándole nuevamente la risa a la otra.

—*Te veré esta noche, a las nueve. Ahora te envío la ubicación... contaré las horas, comisaria* —dijo, cerrando aquella conversación y dejando a Lucía con la boca entreabierta y la mente en blanco, como no era habitual que le sucediera.

Capítulo 6

A notó varios puntos de interés que fueron apareciendo según revisaba los archivos de Estrada. Necesitaba verla, sólo ella le podría confirmar los detalles que no conocía pero que iniciaba a intuir. Estuvo toda la tarde intentando comunicarse con la periodista, mas le resultó imposible; no había regresado a la oficina desde que salió para el almuerzo y su móvil estaba fuera del área.

Ya tenía en su poder el reporte forense de la última víctima. Recién se había firmado la documentación para la entrega del cuerpo a su familia. Abrió el file con pesar y lo leyó una vez más. Aquel caso era sin duda alguna el primer reto profesional de su carrera; y no podía fallar... sin embargo, por más vueltas que le daba en su cabeza, no lograba encajar las piezas y sentía que le faltaban de estas.

Exhaló con pesar y se masajeó las sienes. Como se había vuelto costumbre, era la única en la estación además de los guardias. Miró el reloj en su muñeca antes de comenzar a recoger sus cosas, cuando de repente recordó a Mariana y su loca invitación. «¡Mierda! ¡Faltan diez para las nueve!» Ya no tenía tiempo para ir a casa por una ducha y sería horrible tener que presentarse a una cita sin arreglarse un poco al menos; pero, ¿qué estaba pensando?... si ella no deseaba ir, si había sido “la envolvente Mariana” quien había asumido que iría. Como fuera, ¿a quién pretendía engañar? Deseaba ir, sí; porque por algún motivo tenía ganas de verla, mas no en aquellas condiciones.

Lo mejor sería llamarla y cancelar, su número ya lo tenía, así que tomó su celular y la llamó mientras salía de su oficina.

—*Creí que eras una mujer puntual, comisaria.*

—Mariana... no podré ir, lo siento. Se me ha hecho tarde y recién voy saliendo de la estación y no he podido ni pasar a casa por un baño —se justificó.

Un breve silencio reinó, fue Lucía quien lo rompió.

—Mariana, ¿sigues ahí?

—*Sí... a ver, Lucía; ¿me estás cancelando sólo porque no has podido arreglarte?*

—Pues sí, tampoco quiero que pienses que soy una cavernícola por presentarme así; yendo a cenar aún con la carga de la oficina encima.

La escuchó reír, como siempre hacía; y algo en su interior se sosegó un poco, pues el silencio de antes le había hecho creer que estaba molesta y no era eso lo que deseaba.

—*Me parece sexy.*

—¿Cómo dices?

—*Quería cenar con Lucía, la mujer; pero si viene la comisaria también, tendré a dos en una. Pediré de beber, la comisaría no está muy lejos; no tardes.*

—Pero... —se dio cuenta que le había colgado—. ¡Y de nuevo me deja hablando sola!

EL VELO ROSA

Se reflejó por un momento en el gran espejo que halló a la entrada del restaurante. Hizo una mueca al ver su aspecto después de un largo día de trabajo e intentó mejorarlo un poco,

dejando libre sus largos cabellos y peinándolos con los dedos.

—¿En qué puedo ayudarla? —frente a Lucía apareció un joven alto, era el encargado de la sala.

—Hum —terminó de acomodar su cabello rápidamente—. Me están esperando, la señorita Mariana... recordó que no conocía su apellido.

—¿Mariana Contreras? —preguntó él y cuando ella dudosamente asintió, le hizo señas para que lo siguiera al interior del local—. Por aquí, señorita.

Lucía maldijo para sus adentros al ver que se trataba de un lugar bastante elegante, y ella era un completo desastre, tanto que capturó la atención de muchos en la sala.

—Es esa su mesa —le indicó el chico.

—Muchas gracias —volvió la vista hacia la mesa, hallando la mirada de Mariana, quien se puso de pie de inmediato para recibirla.

—¡Finalmente! —exclamó la chica vestida de rojo con una amplia sonrisa en los labios del mismo color del vestido.

—Perdona mi retraso —Lucía no pudo dominar sus ojos que, traicionándola, indiscretos recorrieron a la chica de pies a cabeza antes de tomar asiento frente a ella.

—Lo importante es que estés aquí —ocupó su puesto—. Y esta noche, te aseguro que no te dejaré escapar, comisaria.

Sin poder evitarlo, a Lucía se le subieron los colores del rostro, divirtiéndola a la otra; quien no dijo nada con la intención de no incomodarla.

—Me siento como pez fuera del agua —dijo la comisaria haciendo una pequeña pesquisa visual a su alrededor—. Todo el mundo aquí va muy bien arreglado y yo, puro desastre —se rio, algo nerviosa.

—¿Sinceramente? A mí me pareces la mujer más seductora del salón ahora mismo —contestó “su anfitriona” y bebió un sorbo de una de las copas que se hallaban intactas sobre la mesa, mientras la miraba a los ojos.

Si antes las mejillas de Lucía se coloraron un poco, ahora súbitamente parecía que arderían en cualquier instante.

—Gracias por tratar de hacerme sentir mejor —Lucía también bebió.

—Asumo que una mujer como tú, tiene la inteligencia y la autoestima necesaria para no necesitar de un halago... para sentirse hermosa; no es un mero cumplido, comisaria, es la verdad. La mayoría de estas personas vienen a este sitio más por lucirse socialmente, que por la compañía y un buen momento. Gente vacía.

—¿Y tú? ¿Por qué me has invitado aquí?

—Espero que no vayas a pensar que porque quería verte de gala —ambas rieron—. Pues... supongo que me pareció un bonito lugar para una primera cita.

Y continuaba mencionando la palabra “cita”, hablando como si aquello fuera producto de un interés más íntimo; lo cual a Lucía la contrariaba y la ponía nerviosa a la vez. Cuando estaba cerca de ella sus emociones la traicionaban, porque nunca sabía con qué le saldría y le resultaba imposible intuir sus verdaderos propósitos. Junto a ella se sentía inquieta, desarmada, sin esa coraza de prudencia que portaba siempre y que desde que ella llegó; se la había tirado al suelo dejándola vulnerable.

—Ahora mismo somos sólo dos extrañas que comparten una mesa.
—Mas, estoy convencida que cuando acabe la noche; seremos mucho más que eso, Lucía... porque pretendo conocerte una poco más esta velada...

EL VELO ROSA

Lucía esa noche sonreía sin parar, ni ella misma se reconocía. Podía echarle la culpa a la botella de vino que compartió con su "anfitriona" durante la cena; pero la verdad era que le agradaba demasiado su compañía.

—¿Pedimos otra? —preguntó Mariana indicando la botella vacía en el centro de la mesa.
—¿Acaso quieres emborracharme? —la miró a los ojos.
—No es esa mi intención, pero si eso te ayuda a abrirte un poco más conmigo, ¿por qué no? —se rio, contagiando a la otra—. En serio, he hablado solo yo.

Sí, le había contado muchas cosas, de su vida en la ciudad, de sus innumerables viajes por el mundo gracias a su trabajo en aquella famosa cadena de hoteles, de sus ambiciones...

—Mas de ti, no se casi nada —continuó Mariana—. Sólo que eres la comisaria de este pueblo olvidado por Dios, muy joven para ese cargo, así que diría, una prodigio o algo así.

—No hay mucho que saber de mí, diría que, a comparación tuya, llevo una vida bastante aburrida.

—¡Imposible! —exclamó Mariana, bebiendo el último sorbo que quedaba en su copa—. Tu trabajo es fascinante. Capturar a los “malvados” me parece muy emocionante.

—No te mentaré, lo es, mas no me gusta hablar mucho de ello —miró su reloj—. Creo que ya es hora de irnos, es muy tarde y...

—Me parece una estupenda idea, además en mi casa tengo un exquisito vino que me gustaría que probaras...

Lucía levantó la mirada, hallando aquellos ojos que tenían cierto magnetismo.

—No me mires así, asustada —continuó Mariana y su risa no se hizo esperar—. Es sólo que, vine en taxi, la verdad esperaba que me pudieras acercar a casa... lo del vino sería puro agradecimiento, comisaria; prometo no aprovecharme de su buena voluntad —alzó la mano derecha simulando un juramento y ambas acabaron riendo a carcajadas.

—Ok, siendo así... claro que te llevaré, sana y salva hasta tu puerta.

—No esperaba menos.

Luego de pagar la cuenta, ambas salieron al estacionamiento en donde Lucía tenía el jeep. De camino a la casa de Mariana, no cesó la plática entre ambas, lo cierto era que se divertían mucho con cualquier cosa de que hablaran y a la comisaria, se le empezaba a hacer muy corto el camino, pensando en que pronto dejaría de verla.

—La he pasado muy bien esta noche... gracias —dijo inesperadamente manteniendo la vista al frente.

—Yo también —contestó Mariana y se quedó observándola, de lado en su asiento y apoyada sobre una de sus piernas dobladas.

—¿Qué me ves?

—Todo, ya te dije... me resultas demasiado atractiva —si algo la caracterizaba era no

andarse con rodeos y era eso precisamente, lo que le resultaba fascinante a la comisaria, la cual permaneció en silencio agradeciendo la poca iluminación que ayudaba a resguardar el rubor de sus mejillas—. Es aquí —dijo de repente señalando una casa antigua con una enorme reja en la entrada de la propiedad.

—Claro...

Una vez que se detuvieron, ambas bajaron del vehículo y se acercaron a la entrada. Mariana sacó sus llaves y luego de abrir la reja se volteó hacia su acompañante.

—Hacía tiempo no disfrutaba una velada así, la he pasado estupendo contigo, Lucía. Sólo espero que antes de que la vida separe nuestros caminos, volvamos a repetirla... o tal vez a alargarla —la miró a los ojos y en medio del silencio que surgió entre ambas, se lanzó súbitamente y posó un beso sobre sus labios; un beso breve, que tomó por sorpresa a la comisaria, dejándola enmudecida—. Ok... se supone que ahora entro y te vas, ¿no?

Ambas sonrieron y Lucía asintió, para verla luego caminando hacia el portón. Después de todo, al parecer el vino sí había hecho algún efecto porque ni ella misma se reconoció al escuchar sus propias palabras, que abandonaron sus labios de forma apresurada:

—¿Aún tienes ganas de compartir ese vino que guardas conmigo?

Mariana se volteó de inmediato, mostrándole una amplia sonrisa; luego cruzó la entrada, dejando la reja abierta y dirigiéndole una última mirada antes de continuar hacia la casa. «*Dios mío, ¿qué rayos estoy haciendo?*», se cuestionó en silencio la comisaria y la siguió sin más espera.

Capítulo 7

El perfume que llevaba Mariana esa noche estaba en ella, en toda ella; así como en las sábanas revueltas del lecho en que ahora respiraban juntas, recuperando el aliento. Una tenue luz roja era la única iluminación en la enorme habitación, desde la pequeña lámpara de mesa que parecía observarlas; cómplice de todo lo acontecido.

—¿Ahora qué sucederá? —preguntó Lucía con cierta prudencia, mientras deslizaba los dedos a través de la espalda de la mujer desnuda a su lado.

—No entiendo la pregunta —Mariana se acomodó para observarla con detenimiento.

—Me refiero a nosotras... si seguiremos siendo dos extrañas, o...

—¿O si seremos noviecitas de pueblo? —Mariana se rio—. Lo mencionamos una vez, cariño; somos dos mujeres adultas y libres... lo que acaba de suceder no supone ninguna atadura entre ambas —dijo y quedó muy expectante a su respuesta, mas no la escuchó; sólo la vio asentir y alzarse de la cama mientras recogía su ropa del suelo—. Oye, ¿qué haces? ¿Dije algo malo?

—No, todo está bien. Es sólo que debo irme, en un par de horas amanecerá y tengo deberes... usaré tu baño un minuto y me marchó.

«¿Qué hiciste, idiota?», se recriminó a sí misma Mariana al verla desaparecer hacia el baño y dejó caer la cabeza pesadamente sobre la almohada, viendo al techo y preguntándose por qué razón no podía dejar de comportarse como una maldita perra insensible por una vez en la vida... por esta vez, que para nada era comparable con ninguna otra noche de toda su existencia.

EL VELO ROSA

Luego de una ducha tibia y reparadora, la comisaria estaba lista para enfrentar un nuevo día; otra jornada de investigación con la esperanza de algún indicio o resultado. Esa mañana no pasó al bar de Ramón como de costumbre, compró un café mientras fue a reabastecer el combustible y siguió de largo hacia la estación.

Apenas cruzó la puerta de su oficina, entró un mensaje a su celular capando toda su atención; era de Carla: «*Tuve problemas con el móvil ayer. Tenemos que vernos urgentemente, tengo algo importante*». Seguidamente recibió otro mensaje con ubicación y agarrando la bolsa que recién había soltado sobre el escritorio, volvió a salir.

EL VELO ROSA

Se reunieron en un bar de una zona poco transitada de Mantovía. Cuando Lucía llegó, Carla le hizo señas con una mano y esta de inmediato fue hasta su mesa.

—Buen día, comisaria.

—Buenos serán si me tienes algo pesado para la investigación —respondió la policía y alzó una mano para pedir un par de cafés—. Entonces, te escucho.

—Ya debes saber, que la reciente víctima es Ronald Suárez Molina; primo hermano de la víctima anterior.

—Exacto.

—Si leíste todos mis apuntes, habrás visto que Fernando Molina, era “casualmente” muy amigo del fallecido del primer caso, Franco Durán... —dijo la periodista e hizo una pausa para sonreír.

—Sí, lo sé, de hecho todo refuerza irrefutablemente lo de los homicidios en serie.

—En efecto, lo que no sabes... es que ellos tres, estudiaron en el mismo colegio y eran inseparables, junto a dos amigos más: Javier de la Torre y Harry Montana.

—Espera, espera —Lucía bebió de un sorbo su café y se masajeó las sienes, como era su costumbre—... ¿tu hipótesis es que los asesinatos continuarán con esos dos?

—Me atrevería a jurarlo.

—¿Qué descubriste? ¿En qué te basas?

—En los archivos que revisaste hay un apunte sobre una antigua denuncia en contra de Fernando y un grupo de amigos, durante la época de bachillerato... ¿recuerdas ese detalle?

La comisaria exorbitó los ojos. —Claro que lo recuerdo... ¡eran esos “los amigos”!

—Qué lista, comisaria —Carla sonrió—. El asunto es, que no tengo constancia de esa denuncia donde aparecerán sus nombres; por ello no he podido utilizar esa información y ahí, es donde te necesito, Lucía. Nos necesitamos mutuamente, para deshacer este entuerto y atrapar al asesino... o asesina.

—Ciertamente, podría ser una mujer... anotaste que la denuncia era por violación; pero la cerraron por falta de pruebas. ¿Un ajuste de cuentas después de tantos años? ¿Te parece?

—¿Por qué no? —preguntó Estrada y bebió un sorbo de su café—. Estoy segura que la víctima en aquel entonces fue una chica joven como ellos, seguramente sin la posibilidad de “vengarse”, tras la ineficacia de las autoridades y perdón que así lo diga; pero uno de los motivos por los cuales no confío en tu departamento, es porque los Molina y otros que bien untan bolsillos, tienen a la jefatura en sus nóminas.

—Podría ser que esperara todos estos años, alimentando su deseo de venganza... es una hipótesis.

—De justicia, Lucía; su deseo de justicia —la corrigió la periodista—. ¿Sabes lo que representa una violación en la vida de cualquier mujer?... conozco muchos casos, he visto de todo en mi trabajo; la mayoría de ellas conservan un trauma durante años e incluso, por el resto de la vida... Hay casos más violentos que otros, es horrible este flagelo al que estamos expuestas sólo por ser mujer.

—Lo puedo comprender, por supuesto; pero no olvides que, de ser el caso, estamos hablando de una asesina, e independientemente a mi postura ante sus motivos, mi deber es luchar contra el crimen —respondió Lucía.

—Lo sé... Lucía, debes intentar hallar la denuncia que se encargaron de hacer desaparecer en aquel tiempo. La verdad, llevo años intentando llegar a ella; pero como ya te dije, tus colegas no me resultan de fiar. Tú eres la comisaria, tienes acceso a todos los archivos del departamento; quizás te lleve tiempo... pero es el único modo de dar con el nombre de la joven.

—Si la archivaron, la encontraré, presiento que es la punta del hilo del cual tirar para desenredar este caso —aseguró la comisaria—. Además, si estamos sobre lo cierto, entonces tendré que hacerles una visita a los dos amigos que aún viven; pueden estar en peligro —abrió su agenda y buscó sus nombres—. De la Torre y Montana... veremos la cara que ponen cuando les caiga encima que el karma existe y que todo mal se paga.

—No creo que acepten ante ti que cometieron ese crimen hace años y colaborar contigo, significaría asumir que son culpables.

—Pues, es el único modo de poder darles protección. O aceptan los hechos y me dan el nombre de la joven... o correrán el riesgo y posiblemente la misma suerte de los otros tres.

EL VELO ROSA

En los últimos dos días no había tenido noticias de la comisaria y por algún motivo que aún desconocía, eso la hacía sentir extraña. No sabía explicarlo; mas dentro de ella sentía la urgente necesidad de verla. No la había encontrado en su carrera matutina, ni en el bar del señor Ramón para el desayuno... Intentó llamarla unas cuatro o cinco veces; pero nada, silencio total. ¿En qué se había equivocado? ¿Y por qué demonios eso le importaba?

Salió a la terraza de la vieja casa y prendió un cigarrillo mientras observaba el celular en su mano. Eran apenas las once de la mañana, cuando una tal vez no muy buena idea, cruzó su mente, dominando su cuerpo. Agarró las llaves de casa y salió...

EL VELO ROSA

Lucía se masajeó las sienes sin apartar la vista de los fascículos en su escritorio. Estaba exhausta, eran días que no dormía casi pensando en los homicidios.

—¿Comisaria? —un oficial llamó a su puerta.

—¿Sí? —preguntó apenas lo vio abrir.

—Tiene visita —el chico se hizo a un lado y Lucía exorbitó los ojos al verla aparecer.

—Espero no sea un mal momento —dijo Mariana algo nerviosa, cosa que no era habitual en ella.

—No... Yo... Hum —cerró los fascículos mientras se ponía de pie y miró hacia el chico, quien de inmediato comprendió, dejándolas a solas y cerrando la puerta.

Mariana sonrió y se acercó unos pasos. —Te he traído esos famosos panqueques que... —se aclaró la garganta mientras le entregaba la caja con las tortas en su interior—. Espero... espero te gusten.

Lucía tomó el paquete que llevaba un lazo rojo encima y lo colocó encima del escritorio. —Gracias, no tenías que incomodarte.

—Lo sé, mas... la verdad es que tenía ganas de verte —soltó sin reparo—. La última vez que nos vimos...

—Fuiste bastante clara —la interrumpió Lucía, muy seria.

Mariana sonrió después de un par de segundos de silencio. —Lo sé, por eso me he atrevido a venir, no quiero que pienses que...

—Mira, Mariana —la comisaria se apoyó de espaldas en su escritorio y se cruzó de brazos, sin perder su postura recia—, lo que sucedió entre ambas, ya fue, quedó atrás. Para nada acostumbro tener esa clase de... vivencias, por así decirlo; pero sucedió contigo y tú te encargaste de recordarme por qué debo mantener la barrera.

—Tampoco es que haya sido así de terrible...

—No acostumbro a coger por coger —la interrumpió, fríamente—. Me quedó claro que

para ti esos jueguitos se dan así de fácil; pero conmigo no. Hagamos de cuenta que no ha pasado nada —señaló hacia la puerta, recuperando su postura de pie—, no tenemos nada que ver; continúa tu vida y mantente al margen de la mía; por favor.

—Lucía...

—Comisaria Montes, si no te molesta.

—Si estoy aquí es porque reconozco que me equivoqué. Tú y yo, la pasamos bien juntas, nos divertimos, sé que tenemos mucho en común; no quiero dejar de verte. Por Dios, ¿nunca te has equivocado?

—Sí, contigo.

—No digas eso...

—Estoy trabajando, Mariana; por favor... —volvió a señalar hacia la puerta.

En ese momento Mariana se arrepintió de haber tomado la errada decisión de estar ahí. Se recriminó a sí misma sintiéndose una completa idiota por hacerle caso ni sabía exactamente a qué tipo de emociones. Respiró profundo y decidió que lo mejor era recoger su dignidad del suelo, en donde sentía que estaba y desaparecer.

—Está bien —dijo, sintiéndose bastante estúpida en ese momento—. Siento haberle molestado, comisaria Montes, no volverá a suceder —y se marchó sin mirar atrás.

¿En qué rayos estaba pensando? ¿Qué diablos le había pasado por la cabeza para ponerse en ridículo así por una mujer que ni siquiera conocía?

Salió de la comisaría casi corriendo y trepó en el primer taxi que halló...

EL VELO ROSA

Esa tarde Mariana se reunió en un bar con el agente de bienes raíces, quien le informó que había encontrado un comprador para la propiedad que heredó de su abuela, así que muy pronto podría abandonar para siempre ese pueblo y poner de una vez por todas punto final a ese capítulo que se había quedado en suspenso por mucho tiempo.

Salió a la calle y miró al cielo, nubes oscuras se posicionaban sobre Mantovía, dándole un aire bastante tétrico. Sacó el móvil de su bolsa y maldijo cuando constató que estaba muerto.

—Mierda —no le quedaba de otra, más que caminar hasta hallar un taxi que la llevara de regreso a casa—. ¡Mierda! —repitió al sentir la primera gota de lluvia caer sobre su cabeza.

Un trueno repentino dio inicio a un fuerte aguacero, que la hizo correr hacia una parada del transporte público cercana.

—No puede ser —intentó encender el celular con la esperanza de tener algo de señal, mas no lo consiguió y encima; se dio cuenta que se había agotado la batería.

Se reparó en una esquina; pero el viento que inició a arreciar llevaba la lluvia hasta ella, mojándola toda. Había olvidado aquella sensación, la inigualable sensación de soledad, de sentirse perdida en el mundo sin nadie que acudiera a ella; tanto tiempo creyéndose fuerte y que no necesitaba nada ni a nadie y ahora estaba ahí... sintiéndose tan vulnerable. Un par de lágrimas se desprendieron de sus ojos mezclándose con las gotas de lluvia que golpeaban de vez en cuando su rostro.

El torrencial que caía del cielo no parecía tener intenciones de ceder y los minutos continuaban muriendo uno tras otro, muy pronto se hizo de noche y Mariana sin tener idea de

cuándo podría salir de su débil reparo; fue entonces que un auto se detuvo a un par de metros tras cruzar la parada y para su sorpresa, dio marcha atrás. Se escuchó de repente el claxon y el auto que aguardaba, con el motor prendido, obviamente indicándole que subiera; y ante la inmovilidad de la chica la puerta se abrió, dejando ver a una Lucía casi tendida sobre el asiento de al lado, con el pelo medio mojado y aquel ceño fruncido que parecía más un tatuaje en ella que una expresión.

—¿Subes o tienes una mejor opción? —preguntó la comisaria y se incorporó al volante.

Casualidad o no, ahí estaba, como caída del cielo para salvarla de la interminable tempestad y ella; por más que su orgullo hubiera jurado antes no volver a verla, no iba a dejar pasar la oportunidad de salir de una buena vez de ese sitio. Sin pensarlo salió disparada debajo de la lluvia el par de metros que la separaban del coche y subió a este.

—Lucía... gracias.

—No tienes que agradecer, no iba a dejarte en esta zona sin saber cuándo podrías salir de ahí con esta lluvia... Creí que no querías salir de ahí —dijo la comisaria reemprendiendo la marcha.

—Claro que sí, llevo mucho tiempo atrapada por la lluvia; pero no te reconocí y... no me parece buena idea subirme al coche de un extraño —se aclaró la garganta mientras intentaba acomodarse un poco el cabello mojado—. ¿Has cambiado de auto?

—No, es temporal. El jeep tuvo fallas esta tarde y lo he dejado en el taller para una revisión completa.

—Ah... bien.

Transcurrieron algunos minutos en silencio, hasta que salieron de esa vía para adentrarse en la zona más transitada del pueblo.

—¿A casa?

—¿Cómo? —preguntó Mariana, mostrándose confundida, tal vez por tener la mente quién sabría dónde.

—Que si te llevo a tu casa o te sirve que te acerque a otro lugar.

—¡Ah! A casa, sí... digo, si no te es molestia, claro.

capítulo 8

Al llegar frente al portón de la propiedad de Mariana, Lucía detuvo el auto. Habían pasado casi diez minutos juntas para llegar hasta ahí y no hablaron más que al principio, pasando la mayor parte del tiempo en silencio.

—Muchas gracias, Lucía, perdón; comisaria Montes —dijo Mariana, rectificándose de inmediato, sin ninguna pizca de ironía—. La verdad, prácticamente caíste del cielo, de no ser por ti aún estaría en aquella parada pública.

Ambas miraron hacia afuera a través del parabrisas, la lluvia cayendo a raudales.

—Ya te lo dije, no tienes nada que agradecer. No iba a dejarte ahí como está este tiempo; conociéndome, no hubiera estado tranquila conmigo misma —respondió Lucía y sonrió levemente.

Por unos segundos se miraron a los ojos y luego la comisaria desvió la vista.

—Eh... Mariana, antes que te bajes... quería sólo disculparme si me pasé un poco esta mañana cuando fuiste a comisaría. Sé que a veces soy muy áspera, creo que se me pasó la mano y... pues nada, que siento que pude haberte dicho lo mismo sin haber sido descortés como lo fui; disculpa.

—No, nada que disculpar; tenías tus razones, supongo —la comisaria asintió ante sus palabras y de nuevo ese silencio; esos segundos en que no sabían qué decir ninguna de las dos—. Bueno... ya me voy, debo correr un tramo hasta la casa, acabaré más empapada aún.

—Sí.

—Tal vez... —inició a decir Mariana; pero un pensamiento de prudencia, o sensatez, la hizo detenerse—. No, nada —agarró la manilla de la puerta.

—No, espera, ¿qué ibas a decirme?

—No tiene caso, soy mala estudiante; pero aprendo la lección, comisaria —dijo y sonrió, mas sus ojos no lo reflejaron.

—Ahora no me dejes con la duda.

—¿La duda? ¿De qué? —preguntó Mariana.

—De saber si toda esta demora es porque te pasa como a mí; que hubiera preferido dar vueltas toda la noche sin llegar aquí, con tal de no separarnos.

Fue suficiente para que Mariana se lanzara por sus labios, los cuales la recibieron como si la hubieran estado esperando de toda la vida... Sentían como si la cura de una estuviera en el cuerpo de la otra y desapareció todo, los malos entendidos, las prudencias; todo, dando paso a un desenfreno de caricias subidas de tono que marcaban la necesidad y determinación de poseerse.

Abandonaron el auto con la urgencia de llegar a la casa y corrieron bajo la lluvia como dos chiquillas. Mariana logró abrir la puerta a duras penas, la torpeza de la emoción con que vibraba cada parte de su cuerpo se lo dificultó un poco, unido a las caricias sobre su cuerpo que no cesaban. Al entrar, las prendas mojadas de ambas fueron cayendo una por una al suelo, dejando un rastro mojado hasta en diván, en donde ambas se refugiaron como si fuera el más acogedor de los nidos ante su imperiosa necesidad de hacerse el amor...

Todo lo que antes sintieron que las separaba dejó de existir: las tantas razones que intentó

imponerse Lucía para alejarse de aquella chica, de la cual no conocía absolutamente nada y que últimamente no salía de su cabeza; así como también cayeron las barreras que Mariana construyó y mantuvo intactas durante tanto tiempo, que la mantuvieron inmune a cualquier apego hasta conocer a la comisaria... Algo había cambiado en cada una, algo que no comprendían del todo; pero que prendía en ambas un deseo de magnitud inigualable y alcance desconocido, algo, a lo que aún no le eran capaces de darle nombre, mas poco a poco lo irían descubriendo

❧ EL VELO ROSA ❧

—¿Hay algo de comer o llamamos por una pizza? —preguntó Lucía acariciando el cabello de la mujer desnuda que reposaba casi encima de ella en el diván.

—¿Tiene hambre, comisaria Montes? —levantó la cabeza para verla a los ojos.

—Oh sí, estoy muy hambrienta luego de... —sonrió, sintiendo el adictivo sabor de Mariana aún en su boca.

—Yo también —Mariana se mordió los labios provocativamente.

—Ven acá, muchacha —fue en busca de aquellos labios y los besó con intensidad.

—Tengo un poco de lasaña en el refri, dame unos minutos y preparo todo para cenar y luego...

—¿Luego? —la comisaria la miró con atención.

—Luego me encantaría que no escaparas de mí... Me encantaría que te quedaras esta noche, Lucía.

Abrió la boca con la intención de decir algo, pero detuvo las palabras en su garganta y sólo sonrió, lo cual Mariana lo tomó como un sí.

—Pues bien, entonces prepararé la cena —la dio un beso y se levantó.

❧ EL VELO ROSA ❧

Cerca de la media noche, cesó la lluvia. Permanecían abrazadas sobre el diván, sin más prendas de tela encima que un cobertor compartido, sintiendo cada una cómo se acortaba aquel espacio de tiempo en que el mundo real había dejado de existir. Aunque no les gustara, sabían que la ensoñación no sería eterna y el despertar estaba cerca...

—¿Cómo van los asuntos que te trajeron de vuelta al pueblo? —preguntó Lucía, jugando con los dedos a trazar caminos sobre su pecho.

—Pues... justo esta tarde, me he reunido con el agente; ya tiene un comprador —respondió vacilante Mariana.

—Oh... eso es bueno, ¿no? —bueno porque era el objetivo que trajo a la chica a Mantovía; pero a su parecer resultaba nefasto, porque implicaba que podría alejarse de ella y no volver a verla—. Entonces... te queda poco en este sitio.

—Mj... igual, deben arreglarse los documentos aún y yo necesito algo de tiempo para ver qué hago con todo esto —sonrió, señalando a su alrededor mientras giraba un dedo—. No pienso llevarme nada; pero me gustaría que las cosas que hay en esta casa puedan ser útiles a quienes necesiten de ellas. Ya se lo he mandado a informar al nuevo propietario.

—Luego, de vuelta a la ciudad —dijo Lucía y sonrió, aunque sus ojos no acompañaron a

sus labios.

—Asì es; pero como dije, aún faltan días para eso. Y tú... ¿no has pensado en la posibilidad de regresar? Dejar este sitio al que seguramente no llegaste por voluntad propia, estoy segura que tendrás posibilidades de trabajar en cualquier departamento de la ciudad.

—No es tan fácil. Lleguè a Mantovía por designación, no puedo renunciar... y menos en medio de todo lo que está sucediendo.

—¿Te refieres a... los homicidios? —preguntó Mariana.

—Asesinatos —la corrigió la comisaria—; pero no quiero hablar de eso, prefiero concentrarme sólo en ti, en nosotras, justo en este momento...

Mariana se incorporó y al hacerlo la mitad de su cuerpo quedó al descubierto. —Lucía... no quiero decir nada que pueda arruinar nuestra... “especie de reconciliación” ...

—¿Pero? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Pero estoy adorando estar junto a ti —confesó luego de un instante de vacilación y se puso de pie, en silencio; dándole la espalda y saliendo luego de la habitación, como si escapara de una verdad que había confesado a medias y que, por ser tan extraña para ella, le causaba terror.

Lucía quedó en silencio, observando la puerta por la cual había desaparecido Mariana, sintiendo una emoción que alborotaba su interior desde el estómago hasta su pecho; y que le hacían cuestionarse seriamente lo que no había creído antes: tal vez sí llevaba mariposas dentro.

Capítulo 9

El sonido del celular de Lucía las hizo despertar sobresaltadas al amanecer. La comisaria reconoció de inmediato el número de la estación y casi dio un brinco fuera de la cama mientras se apresuró a responder. La conversación fue muy corta en realidad y terminó con un “*enseguida estoy ahí*”.

—Buenos días, hermosa, ¿problemas? —preguntó Mariana, sin quitarle los ojos de encima mientras ella recogía sus ropas esparcidas.

—Buen día, muchacha —contestó Lucía y le sonrió, haciendo una pausa en medio de su premura para darle un beso en los labios—. Me hubiera encantado quedarme un rato más y demostrarte cuán buena puedo ser en la cocina —dijo mientras se colocaba el reloj y miraba la hora—; pero ha surgido algo urgente a primera hora y debo atenderlo, perdón.

—Pero... ¿sucedió algo malo?

—No, no te preocupes. Al parecer hay una persona en la estación que pudo haber visto a la última víctima poco antes de su muerte, abandonando un local con una mujer —se sentó un momento para acomodarse los zapatos—. Si la información es buena, estaré muy cerca de resolver los casos... ¡pero tú no pienses en esas cosas! —volvió a besarla y a ponerse de pie.

—Sólo... cuídate mucho, por favor, Lucía.

—Lo haré, no te preocupes. Cuídate mucho tú y... ¿me llamas luego?

—Por supuesto —asintió Mariana y sonrió—. Que tenga buen día, mi comisaria.

EL VELO ROSA

El testigo del cual le hablaron al teléfono se hallaba en la sala de interrogatorios en la comisaría. Lucía fue directo hacia allí y se sorprendió al encontrarse frente a una joven mujer, de apariencia bastante extravagante a su parecer.

—Soy la comisaria Montes —Lucía miró a su alrededor, el lugar era pequeño y algo inquietante, ya que contaba con un bombillo solamente que colgaba del techo—. Me han dicho que usted tiene información acerca de...

—¿Acaso estoy en problemas? —preguntó la chica de inmediato, moviendo nerviosamente una pierna—. Yo vine por voluntad propia y...

—No, no está en problemas, ¿señorita?

—Susana, pero puede llamarme Susy si así lo desea...

—Señorita Susana —Lucía tomó asiento frente a ella, interrumpiéndola—. Necesito que me cuente lo que le dijo a mi colega.

—Pues la noche del asesinato, bueno —se corrigió— la noche antes de que encontraran el cadáver —bajó la mirada con pesar—... esa noche Ronny...

—¿Ronny? —cuestionó Lucía, mirándola atentamente.

—Ronald, el señor Ronald —dijo la chica sin dejar de mover la pierna—. Él estuvo en El Paraíso...

—¿El Paraíso? Es algún local de...

—Es un night club que se encuentra a las afueras de Mantovía, yo trabajo allí; legalmente —enfaticó en eso y observó la comisaria que tomaba nota de cada palabra que decía, a pesar de que todo estaba siendo grabado—. Ronny era un cliente habitual, un muy buen cliente la verdad... pero esa noche estaba algo nervioso.

—¿Nervioso dices? —la miró y la chica asintió—. ¿Ustedes eran... íntimos?

—Digamos que éramos más que eso, éramos novios... —dijo y de repente estalló en llanto—. Él me dijo que estaba por divorciarse para que pudiéramos estar juntos y que me sacaría de ese lugar... pero al parecer me mintió, porque esa noche recibió una llamada y salió corriendo... yo fui tras él y... y vi una mujer subir a su auto.

—¿Una mujer? —la chica asintió entre lágrimas—. ¿Y esta mujer trabaja contigo en El Paraíso?

—No —enjugó algunas lágrimas—. Al inicio pensé que me estaba traicionando con ella; pero luego vi las noticias y... —de nuevo estalló en lágrimas.

—¿Pudiste ver el rostro de esta mujer? ¿Podrías describirla?

—No, lo siento, la vi de espaldas y estoy segura de que llevaba una peluca, yo entiendo de esas cosas... ¿Cree que esa mujer misteriosa es la asesina de mi Ronny?

—No podemos sacar conclusiones apresuradas, sin embargo, me ayudaría mucho que recordara algún detalle en particular de esta persona... estatura, color de piel, cómo iba vestida; cualquier cosa.

—Pues... —la joven entrelazó los dedos sobre la mesa y su expresión denotaba lo mucho que estaba intentando concentrarse en lo que la comisaria le pedía— había poca luz afuera; pero puedo decirle que era blanca... como de mi estatura más o menos, vestía de negro y su pelo era rubio; pero ya le dije, estoy segura que era una peluca.

—Podría ser, o no, me acaba de decir que la iluminación era escasa.

—Estoy segura, la vi hacer un movimiento para acomodársela justo antes de subir al coche de mi hombre; debe creerme cuando le digo que yo entiendo de esas cosas.

—De acuerdo —Lucía hizo otro apunte—. ¿Sabe usted de dónde salió esa misteriosa mujer? ¿Podría ser que estuviera desde antes en el bar?

—No lo creo, me hubiera dado cuenta. Ella estaba afuera, debió ser quien lo llamó y él salió corriendo —dijo la chica moviendo negativamente la cabeza.

—Durante el tiempo que estuvo observando, ¿los vio discutir o le pareció que algo extraño estaba sucediendo?

—Sólo lo que le he contado: la llamada, él que salió como alma que lleva el diablo; y luego en la distancia los vi a ambos subirse a su coche. No tengo idea de quién era esa tipa y mucho menos por qué se fueron juntos; pero no me lució a que tuvieran un rollo amoroso ni nada de eso... no hubo roce de ningún tipo, nada.

Lucía exhaló pesadamente y cerró la agenda, haciéndola a un lado sobre la mesa. —Muy bien, Susana, si recuerda algún otro detalle, cualquier cosa que al calor de este momento se le pueda estar pasando por alto; por favor no dude en contactarnos. La persona que asesinó a Ronald Suárez sigue en las calles y eso no es seguro para nadie a este punto.

—¡Por supuesto! Nada me gustaría más que poder ayudar a atrapar al culpable, a esa perra; porque estoy segura que ella es.

—¿Alguien sabe que vino usted a declarar esta mañana?

—N-no... en el medio en que me muevo, no me lo tome a mal; pero no está bien visto el contacto con ustedes. De no ser por Ronny, no me hubiera decidido a venir.

—Muy bien, mejor así; por su propia seguridad.

—¡Ay, por favor, capitana no me asuste! —la chica se persignó y sus ojos se movieron nerviosos—. ¿cree usted que ella vendrá por mí si sospecha que he declarado haberla visto?

—Teniente, no me suba el rango... y bueno, no sabemos nada, así que es mejor precaver. Usted regrese a su vida diaria y mantenga la discreción en cuanto a esto. Si la necesitamos por algún motivo, ya sabemos dónde ubicarla y si usted recuerda otro detalle...

—¡Por supuesto! Llamaré de inmediato.

—Correcto. Ahora —finalizó Lucía y se puso de pie—, puede retirarse, Susana.

Acompañó a la joven hasta la salida y luego se dirigió al escritorio de su segundo al mando:

—López, quiero que vayas al antro donde trabaja esta chica y donde vio por última vez a Suárez.

—El Paraíso, lo conozco.

—Imagino... Pues, interroga al personal, necesitamos saber si alguien más vio a la misteriosa mujer que describe la testigo; al portero de esa noche, quizás logre detallarla mejor.

—De acuerdo; pero será hasta la noche, que abra ese tugurio, porque ahora debe haber muy poca gente ahí si es que hay alguien del servicio.

—Muy bien. En cuanto vayas, me informas si surge algo nuevo.

—¿No quieres venir conmigo, jefa? Yo invito el trago.

Lucía detestaba al sujeto, desde el primer día que lo vio y más aún, después de su ineficiencia más argumentada por lo que le había contado Estrada; además de esa actitud vulgar y prepotente que mantenía siempre. Debía ponerlo en su sitio.

—No te estoy mandando de parranda, López. Irás a trabajar, no lo olvides... Ah, y otra cosita: no salgo con subalternos, a menos que sea meramente por trabajo —mostró una media sonrisa ante la cara seria del sujeto y dio la espalda, alejándose hacia su oficina.

—¡Te vas a agriar uno de estos días, tan joven que estás, eh!

Capítulo 10

El testimonio de Susan sobre la mujer misteriosa, con la cual había visto marcharse a la víctima la noche del asesinato, reforzaba la teoría de Estrada y Lucía, acerca de que podría ser una fémina quien estaba detrás de las muertes. Finalmente la comisaria sentía que estaba en la dirección correcta y tenía la esperanza de muy pronto hallar algo que la condujera a la asesina.

Encontrar la vieja denuncia por presunta violación era fundamental para el proceso; necesitaba el nombre de la chica que la había efectuado, así que sin perder tiempo, luego del interrogatorio a la única testigo sustancial que tenían, se dirigió al archivo local del departamento.

—Buenos días —saludó al señor que se hallaba tras un viejo escritorio, en el pequeño salón de entrada y le mostró su placa—. Soy la nueva comisaria del pueblo y necesito hallar cierta documentación que podría estar relacionada con un caso en que estamos trabajando.

—Oh, con gusto, jefa; mi nombre es Ramiro —el hombre se puso de pie de inmediato y le extendió una mano que ella estrechó cortésmente—. Dígame cómo puedo ayudarla.

—Ok, Ramiro, ¿llevas muchos años trabajando aquí?

—En archivos mucho tiempo; pero en el de la policía, unos cinco años.

—Muy bien. Estoy buscando una denuncia y toda la documentación que exista al respecto. Fue archivada por falta de pruebas y no procedió; pero según tengo entendido, guardan acá todos los documentos por antiguos que sean... ¿cree que puedo encontrarla?

—Bueno, acá está recogida toda la información, incluso desde antes que digitalizaran todo; de cuando las cosas las hacíamos las personas y no una máquina —el sujeto sonrió, como si rememorar el citado tiempo le trajera buenos recuerdos—. Es necesario algún dato, para comenzar la búsqueda, una fecha, algún nombre...

—Claro, claro... —respondió Lucía y de inmediato sacó su agenda, en la cual revisó las últimas páginas en donde había hecho apuntes sobre la información que le dio Carla Estrada—. Pues fue hace dieciocho años; en el 2006. No tengo el nombre de la denunciante; pero sí el de las personas que acusó, un grupo de cinco jóvenes... entre ellos, las tres víctimas que han aparecido ultimadas en los últimos tiempos acá en Mantovía.

—Oh, comprendo... está investigando el caso de los asesinatos en serie.

—Así es, Ramiro; por favor le pido absoluta discreción con este asunto. Como comprenderá, es un tema candente en estos momentos y lo que menos necesitamos es que se rieguen más especulaciones.

—Sí, sí, sí, entiendo perfectamente, comisaria; no se preocupe. Anotaré todo y me pondré a la búsqueda de inmediato.

Lucía se acercó y le colocó una mano en el hombro. —Si me permite, deseo buscar yo también; tendremos más posibilidad de encontrarlo.

—Claro que sí —respondió de inmediato el encargado—. Aunque le aviso, que no ser tarea fácil; en cuanto vea los estantes polvorientos de ahí dentro me dará la razón.

—Pues manos a la obra, Ramiro; estoy decidida a dar con esos documentos.

EL VELO ROSA

El sujeto de archivo no se equivocó en absoluto. Hallar la dichosa denuncia estaba siendo una tarea titánica, a pesar de la “semiorganización” que había en el lugar para cada documento; pero solamente del año que le interesaba a Lucía, había montones de cajas, ya que al parecer y para más desdicha, justo fue en ese año que se movió el archivo de local y prácticamente todo lo anterior, dio apertura al nuevo registro; mezclándose así con los de ese año.

Poco después de las nueve de la noche, Lucía terminó de subir a su apartamento la última de las cinco enormes cajas polvorientas, que contenían todos los casos archivados en el año 2006. Tendría mucho trabajo en los próximos días. Prefirió llevarlas a casa, con la promesa de regresar hasta el último papel una vez hallado lo que le interesaba.

Fue por una cerveza y regresó a la sala con la intención de iniciar de inmediato la búsqueda. No tenía tiempo que perder. Se dejó caer al sofá y tras beber un sorbo de su bebida, abrió la primera caja...

—Oh, mierda —dejó de inmediato a un lado los papeles y tomó su celular.

Tenía una llamada perdida y algunos mensajes de Mariana...

EL VELO ROSA

La chica soltó el celular y se metió en la tina humeante, justo en el momento en que este sonó. Lo tomó de inmediato, esparramando un poco de agua en el suelo.

—Comisaria, ¡por fin te acuerdas de mí! —sonrió, jugando con la espuma.

—*Lo siento tanto, tuve mucho trabajo y perdí la noción del tiempo* —se excusó Lucía, bebiendo otro sorbo de su cerveza fría y deslizando la mirada hacia los fascículos—. *En realidad, aún tengo trabajo y... Sé que habíamos quedado en vernos hoy, pero...*

—Entiendo —dijo Mariana tras unos segundos de silencio por parte de Lucía—, una lástima... justo estoy tomando un baño delicioso porque quería quedar encantadora para cuando nos viéramos; otra vez será.

—*Oh, no, espera* —tampoco había por qué exagerar, llevaba todo el día sin un minuto de pausa prácticamente, así que ver a Mariana era justo lo que necesitaba y merecía para cerrar la jornada sin volverse loca entre papeles viejos—. *Tal vez... puedo dejar todo hasta mañana, ciertamente; creo que un baño y tú, son justo lo que estoy necesitando ahora mismo.*

—¿En serio? ¿Y qué esperas? Estoy en casa, ya viste cuánto espacio hay en esta tina, así que...

—*Llegaré en unos minutos* —dijo Lucía poniéndose de pie y yendo por las llaves de su coche.

—Estoy ansiosa, comisaria.

Una risa cómplice entre ambas fue el fin de aquella llamada y para cuando Lucía guardó el celular en su bolsillo, ya estaba tirando a sus espaldas la puerta de su apartamento con una idea fija en la mente que tenía nombre: Mariana.

EL VELO ROSA

El agua tibia consintiendo cada célula de su cuerpo y las manos hábiles de Mariana jugando con ella bajo la espuma, lograron hacerla relajar de inmediato. Por su mente cruzó el fugaz y loco pensamiento de cómo sería su vida si sus días fueran justo así; sin importar la dureza de la jornada si iba a acabar en una tina de agua tibia con ella... Su “Lucía interna” sacudió la cabeza, para que no pensara tan rápido en esas cosas; podría terminar por espantar a aquella mujer de la que sabía muy poco y en cambio sentía que no necesitaba conocer nada más.

—Entonces... ¿muy dura la jornada contra el crimen, comisaria? —preguntó Mariana junto a su cuello, mientras, sentada tras ella, restregaba lentamente su espalda con una suave esponja.

—Demasiado, diría yo —respondió Lucía y tensó el cuello, por el cual comenzó a deslizarse también la mano de su acompañante.

—Espero al menos tanto trabajo haya dado frutos... te ves tensa, cielo; relájate... —le besó cerca del lóbulo de la oreja e inició a masajear sus hombros.

—Demasiada presión y nada de resultados aún, me siento en el ojo de un huracán, con la prensa haciendo de las suyas por un lado, las familias de esos tres muertos y encima, la jefatura que llama cada día exigiendo resultados; y los entiendo después de todo... para eso estoy aquí y aún no cambio nada —exhaló pesadamente.

—Ese caso de los asesinatos en serie te tiene estresada, lo puedo notar.

—No es para menos... ahora estoy sobre una pista, veremos qué arroja tanto esfuerzo y tiempo que estoy gastando entre polillas y papeles viejos.

—¿Una pista? De seguro tiene que ver con el testigo que mencionaste ayer... —Mariana mostró cierto interés.

—No realmente, de ahí hasta ahora no he sacado nada; la mujer que dijo ver con Suárez hasta ahora es un misterio, como si hubiera sido un fantasma. Estoy siguiendo el rastro de un caso de violación de hace dieciocho años, en el que estuvieron involucradas las tres víctimas y dos chicos más en aquel entonces, que por cierto... hasta donde sé, la denuncia se archivó porque las familias de los “niños ricos” se encargaron de que así fuera; pero, ¿de casualidad no escuchaste hablar al respecto? No sé, debiste ser de la edad de los implicados en ese entonces, tal vez en el colegio o...

—No me suena, no —respondió Mariana, cortándola—. En esa época fue que salí de Mantovía y no regresé hasta ahora.

—Sin embargo, cielo, pensándolo bien, ¿qué edad tienes? A estos chicos de entonces, debes conocerlos, las víctimas que han surgido... ¿no te suenan?

Mariana se separó de su espalda y se recostó a la tina, miró al techo como si pensara en algo y finalmente movió la cabeza negativamente.

—Alguno de ellos tal vez; pero debieron estar un par de clases por encima de mí. Siento no poder ayudarte con ningún dato de interés.

—Ah... —Lucía se giró hacia ella y le dio un beso en los labios— no te preocupes; ya descubriré todo, sólo necesito hallar la dichosa denuncia desaparecida y obtener el nombre de esa chica... lo lograré.

—Estoy segura que sí, cariño —dijo Mariana tomándole el rostro entre sus manos—, porque eres buena en tu trabajo; pero ahora... se me antojan otras cosas en las que eres mejor —sonrió con picardía y le tomó una mano bajo el agua, llevándosela a su propio muslo.

Capítulo 11

La búsqueda de la antigua denuncia por violación, en la que se acusaba a las víctimas de los recientes asesinatos juntos a otros dos chicos; se había convertido en el punto fuerte de la investigación para Lucía Montes. Tras dos días de hurgar entre papeles viejos, aún no aparecía nada y a la comisaria, se le ocurrió hacer un par de visitas que quizás podrían ayudar...

—Buenas tardes —dijo Lucía en cuanto le abrió la puerta del lujoso apartamento, una mujer alta y bien arreglada, con el pelo suelto cayendo sobre sus hombros— necesito hablar con el señor De la Torre, de ser posible, por favor —mostró su identificación y notó inmediatamente el nerviosismo en el semblante de la mujer.

—Es mi esposo; pero no se encuentra en casa en estos momentos, lo siento —dijo apresuradamente sin alzar la vista para no encontrarse con los ojos de la comisaria; que ya la estaban estudiando.

—¿Algún problema, señora?

—N-no, cómo cree, oficial... es sólo que Javier no está en casa; él trabaja hasta muy tarde casi todos los días.

A Lucía le llamó la atención la conducta de la mujer; pero sobre todo, los moretones que vislumbró alrededor de su cuello cuando esta en medio de su nerviosismo hizo un gesto para arreglarse el cabello. La miró con atención en ese punto, mas de inmediato esta se percató y se apresuró a volver a colocarse el pelo encima.

—Señora, ¿quisiera que entrara y charlemos un poco? ¿No quiere contarme algo? No me presenté correctamente; pero soy la comisaria, mi nombre es Lucía Montes y... —dijo mientras extendía una mano que descortésmente la mujer dejó tendida en el aire.

—No, ¿cómo cree? —se rio nerviosa, viendo hacia todas partes—. Le suplico que me disculpe; pero tengo cosas que hacer y como ya le dije, mi marido no se encuentra; por favor...

Lo que Lucía vio reflejado en los ojos de aquella mujer, fue miedo, pánico de delatar a su agresor y que como siempre él terminara impune gracias a sus influencias y que luego; la tomara más brutalmente contra ella... estaba segura que era lo que sucedía entre aquellas paredes y con ello; segura también que el tal Javier fuera inocente como se determinó años atrás cuando se le acusó de violación. Ahora ella era la ley en aquel pueblo, la responsable directa de garantizar la seguridad y hacer valer la justicia; no podía hacerse de la vista gorda ante casos como ese.

—Señora, puede confiar; yo puedo y absolutamente quiero, ayudarla... —insistió, sin apartar la vista del cuello ya cubierto de la señora De la Torre.

—He dicho que estoy ocupada, por favor, comisaria —dijo la mujer y dio un paso atrás, cerrando la puerta casi en las narices de Lucía.

EL VELO ROSA

Mariana movía desesperadamente la pierna, mientras esperaba a Lucía en aquel pequeño restaurante del pueblo. Habían quedado ese día para almorzar juntas, algo que se estaba volviendo costumbre, no solo el almuerzo, sino también la cena y hasta despertar a su lado... y no podía negar que eso la asustaba un poco. Era la primera vez en toda su vida que iniciaba a

necesitar la compañía de otra persona; y esa persona era Lucía. ¿Qué rayos le estaba pasando?

—Hola, perdón por el retraso —se excusó la comisaria al llegar a la mesa—. Soy un desastre —tomó asiento frente a ella y le acarició sutilmente una mano.

Mariana sonrió. —¿Todo bien en el trabajo? —preguntó y luego hizo señas a una mesera para que viniera por el pedido.

—Digamos que sí —el rostro de Lucía denotaba todo lo contrario.

—No parece que todo esté bien —insistió Mariana.

—Es sólo que... —se interrumpió al ver llegar a la mesera para el pedido.

Ambas pidieron lo mismo y cuando la chica se retiró, Lucía retomó la conversación.

—Fui a casa de uno de los amigos de las víctimas —bajó un poco el tono de voz—, y me encontré con su esposa... se silenció y apretó con fuerza la mandíbula, con rabia.

—¿Y qué sucedió para que te pusieras así? Se nota que algo te incomodó —por algún motivo también su mandíbula se tensó.

—Llevaba algunos moretones en el rostro y en el cuello, pude verlos aún debajo de tanto maquillaje y del cabello suelto —explicó la comisaria.

—Maldito —murmuró, mientras sus ojos tomaban una sombra oscura y su mente se llenó de viejos recuerdos, recuerdos que en los últimos días habían desaparecido, dando espacio a una Mariana distinta.

—Sí, estoy segura de que su esposo la maltrata y lo triste de todo, es que ella prefiere callar...

—Algo me dice que estos hombres no son santos y que... —se silenció de repente, tomando un profundo respiro—. Voy un momento al baño —se puso de pie de golpe.

—Mariana, ¿qué sucede? —preguntó Lucía algo confundida.

—Nada, sólo debo ir al baño, vuelvo enseguida —forzó una sonrisa y se marchó de prisa.

La comisaria permaneció con la vista fija en ella hasta que la perdió en un corredor, sin entender qué diablos había sucedido.

EL VELO ROSA

Apretó con fuerza los ojos, evitando ver su reflejo en aquel espejo mientras el agua del grifo fluía. Los abrió tras unos largos segundos, su mirada ya no tenía aquel brillo que emanaban sus ojos cuando estaba cerca de la comisaria...

Decidió volver a la mesa.

—¿Todo bien? —Lucía se mostró algo preocupada—. ¿Esa reacción inesperada tiene algo que ver con lo que te conté?

—Eres una buena detective, Comisaria Montes... —sus labios se curvaron en una leve sonrisa y desvió la mirada.

—Mariana...

—Hace muchos años tuve un novio que me golpeaba, por eso mi reacción tan "dramática" —respiró profundo y la miró—. Pero ya pasó, y él tuvo su merecido.

—Hijo de p... —respondió Lucía sin concluir la frase y de inmediato le tomó una mano

sobre la mesa— lo siento, que hayas tenido que vivir una experiencia así.

—No me gusta hablar del tema.

—No voy a hacerte preguntas —dijo la comisaria viéndola a los ojos—. No te niego que mi instinto me grita que lo haga; pero me conformo con saber que estás lejos de eso y que tu vida ahora es otra... ninguna mujer merece vivir eso. ¡Por eso no entiendo a la mujer del tal Javier!

—Es obvio que está asustada.

—Mj... lo intuyo; pero debe tomar una determinación a favor de acabar con esa situación ya, yo le ofrecí mi apoyo.

—Lucía, cariño —dijo Mariana y sonrió—, ¿en serio crees que no lo haya intentado alguna vez? Seguramente, ese hombre goza de la impunidad que le otorgan sus influencias... tal como debió suceder aquella vez cuando fue acusado de violación por una pobre chica —su mirada se tornó vidriosa y su semblante peligrosamente apacible—, tal como me has platicado que sucedió, ¿no?

—Así es... por desgracia.

Mariana bebió un sorbo de su bebida y luego sonrió, para cambiar radicalmente de conversación.

—Ah, cielo; estaré fuera todo el fin de semana, viajaré a la capital.

Lucía retiró la vista de su menú y la centró en ella.

—¿Te vas?

—Sí, bueno, no es que “me voy” así... sólo estaré viajando por trabajo; el lunes regreso en el primer vuelo que pueda tomar —explicó y quedó observando la cara de su acompañante—. Oh, vamos, comisaria, ¿y esa carita qué? ¿Me va a decir que no puede vivir sin mí? —se burló y sonrió mientras fue ella ahora quien le tomó una mano.

—Nada, es que... me estaba acostumbrando mucho a tenerte cerca... a veces se me olvida que igual deberás irte en algún momento.

—No a otro planeta, eh... además ese momento que dices, aún no ha llegado, este viaje es de sólo un par de días. Y... yo también estoy acostumbrada a ti, Lucía.

Se miraron a los ojos y cada una sonrió. Al parecer, existía algo mutuo que por increíble que les pareciera, no acababan de comprender aún; ambas tenían sus motivos para no haber creído que cosas como las que sentían podrían llegar a sus vidas en algún momento y ahora estaban ahí, compartiendo miradas y suspiros mientras el corazón se les aceleraba con un simple roce de manos.

Capítulo 12

Desde que Mariana partió a su viaje, a Lucía no le quedó más que enterrarse de a lleno en su trabajo para evitar extrañarla tanto. Centró su mente en el caso que traía al pueblo revuelto y del que aún no conseguían ningún resultado.

El sábado a primera hora decidió presentarse en “Construcciones Montana”, el imperio familiar del quinto amigo involucrado en la vieja denuncia que aún no lograba encontrar; y donde este fungía como vicepresidente.

—Buenos días —saludó a la recepcionista que halló en el salón principal de la entrada y como de costumbre, mostró su identificación—. Necesito hablar con el señor Montana, por favor.

—Buen día, ¿con cuál de ellos? En esta empresa trabajan prácticamente todos los Montana —respondió la joven y sonrió, muy simpática.

—Oh, disculpa; busco a Harry, Harry Montana.

—Sí, un momento, por favor... —se excusó la chica y tomó el teléfono interno para contactar a la oficina de la vicepresidencia, momento en el cual Lucía estuvo muy atenta a todo a su alrededor; a simple vista saltaba el estatus y el poder de aquella familia, dueña posiblemente de uno de los negocios más grandes del territorio y otros adyacentes—. Agente... —finalmente se dirigió a ella nuevamente tras colgar el teléfono.

—Comisaria Montes —la corrigió y le sonrió de vuelta.

—El señor Harry acaba de desocuparse, la está esperando en su oficina; segundo nivel, puerta de la Vicepresidencia.

—Muchas gracias.

—Tenga muy buen día.

EL VELO ROSA

No le fue difícil encontrar la oficina que buscaba; un elegante letrero en cursivas doradas resaltaba sobre la lustrosa puerta de marrón oscuro:

“Vicepresidencia Constricciones Montana.

Ing. Harry Montana Cepeda”.

Alzó una mano para llamar a la puerta, mas, de inmediato esta se abrió y la recibió una mujer joven de minifalda y tacones muy altos; que a Lucía le pareció la secretaria del importante directivo.

—Buenos días, adelante por favor, el señor Montana la espera.

—Gracias, buen día.

Fue conducida a través de una pequeña y acogedora sala de estar hacia otra puerta, tan imponente como la de la entrada y al abrirla; finalmente el motivo de su visita.

—Adelante, por favor, comisaria. Muy buenos días —dijo el sujeto tras el majestuoso escritorio, poniéndose de pie de inmediato y extendiéndole una mano, que Lucía estrechó cortésmente—. Tome asiento, por favor.

—Buenos días, gracias —respondió ella y ocupó una de las cómodas sillas frente a él a la vez que lo veía regresar a su acogedora poltrona.

—No le niego que me intriga su visita; pero usted dirá, ¿en qué puedo ayudarla?

—Por lo visto sabe que soy la nueva comisaria del pueblo...

—Así es, como comprenderá; en un pueblo de este tamaño, no es difícil estar al tanto de todo —sonrió Montana.

—He venido a verle debido a la investigación de los asesinatos recientes, cuyas víctimas, según tengo entendido, eran amigos suyos.

Al parecer, el sujeto no contaba con que la comisaria poseyera ese dato, sin embargo, el leve matiz de sorpresa que cubrió su semblante fue momentáneo.

—Tanto como decir “amigos”, no. Tal vez de Fernando sí, éramos más cercanos; aunque dudo en determinar si al grado de sentirnos amigos.

—Sin embargo, tengo entendido que fueron hasta compañeros de clase, nivel medio superior.

Montana se reclinó en su butaca y tamborileó sucesivamente con los dedos sobre el ébano del escritorio, su semblante había adquirido cierta rigidez que Lucía no pasó por alto.

—A ver, comisaria, vayamos directo al grano; como podrá imaginarse, este monstruo no se maneja solo —sonrió, haciendo girar un dedo en el aire, refiriéndose a la gran empresa—. Ahorrémonos tiempo y dígame de una vez, el verdadero motivo de su visita.

—Muy bien, me parece perfecto —Lucía lo miró directamente a los ojos, en busca de que no se le pudiera escapar ningún detalle—. He venido a hablar sobre la vieja denuncia por violación que pesó una vez en su contra y de sus... colegas.

Él la miró, visiblemente consternado, aunque de inmediato dominó su reacción. —¿Y esta payasada qué cosa es? —preguntó, alzando la voz—. Soy un hombre de gran prestigio, con una reputación intachable; sin deudas con la ley ni con nadie, ¿me está usted acusando de algo? Porque de ser así déjeme decirle que...

—Calma, vicepresidente; como le dije, estoy en la investigación de los recientes asesinatos en serie.

—No me explico entonces por qué busca escarbar en un pasado en el que se me quiso enlodar, fui víctima de esa injuria sin fundamento por parte de una zorra que no buscaba más que dinero y prebendas de mi familia y las de mis amigos... no fue más que eso. Por suerte, la ley fue justa; sin embargo, es un asunto que me llena de indignación.

Ella lo miró y sus labios se curvaron tan levemente que su sonrisa fue casi imperceptible. —¿Sus amigos, dice? Creí que había dicho que no lo eran.

—Oh... ¿qué pretende exactamente?

—Tal vez, salvarle la vida... existe una posibilidad de que esa víctima de aquel entonces, haya aguardado hasta ahora y sea quien está detrás de esos... infortunados asesinatos. De ser así, el señor De la Torre y usted, estarían en grave peligro.

Harry Montana la miró en silencio por unos segundos, luego abrió uno de sus cajones y sacó un puro que no demoró en prender mientras soltaba una ruidosa carcajada que a Lucía le pareció más un signo de nerviosismo, que una muestra de arrogancia.

—¡Trae usted una teoría absolutamente ridícula, comisaria! Acabo de decirle, que fuimos

víctimas de las injurias de esa zorrita; ¿cree usted que soy la clase de hombre que necesita tomar una mujer por la fuerza?

—Ni me consta, ni tengo por qué dudarlo; con todo respeto.

—¡Por favor!

—Mire, Montana... esta conversación se ha salido de su cauce. Yo no estoy aquí para acusarlo, sino para pedirle su colaboración y que podamos atrapar a la posible culpable de estos asesinatos... necesito un nombre; el nombre de la chica que los denunció.

—¿Y cómo voy a recordarlo? ¡Ni siquiera conocía a esa infeliz!

—No es un dato que se olvide fácilmente, si hablamos de alguien que quiso “enlodar” su apellido, ¿no cree usted? —tanteó Lucía, a sabiendas de que el sujeto jamás aceptaría que volvieran a vincularlo con aquel viejo caso y que, mostrarse ajeno a todo detalle; sería su estrategia para sostener que estaba limpio al respecto.

—Además, se supone que es usted la ley, ¿no tiene esos datos? Debería hacer bien su trabajo en vez de estar perturbando a gente decente y ocupando mi tiempo valiosísimo.

—En eso ando, señor Montana... se lo aseguro. Sin embargo, como ya le dije, puede que corra usted peligro de muerte y si no tengo cómo vincularlo con la posible asesina, no podré ofrecerle protección...

—No necesito su protección, porque no le debo nada a esa “posible asesina” como usted dice, si es que fuera realmente la loca de hace tantos años. Ocúpese de encaminar su investigación hacia otra parte y no pierda el tiempo...

—Ok —asintió Lucía y respiró profundo—. Lamento no haber obtenido resultados y haberle... importunado.

—¡Exacto! —exclamó el sujeto y se alzó impulsivamente, señalando hacia la puerta—. Lamento yo, no haber sido de ayuda para usted y su... investigación. Ahora si me disculpa, tengo mucho trabajo por hacer y nada de tiempo que perder; por favor, mi secretaria está afuera y podrá acompañarla a la salida.

—No es necesario, gracias —dijo la comisaria y sonrió, poniéndose de pie mientras le sostenía la mirada—. Conozco la salida. Que tenga un buen día, señor Montana.

—¡Lo propio para usted, comisaria!

Capítulo 13

Salió de la ducha del hotel en el cual se hallaba alojada y enrolló su cuerpo desnudo en una toalla. Se detuvo frente al espejo y permaneció mirando su propio reflejo por largos segundos, hasta que el sonido de su celular la trajo de vuelta a la realidad.

Corrió a la habitación y respondió de inmediato con una sonrisa, al ver "Comisaria" en la pantalla.

—Estaba justo esperando tu llamada —dijo, caminando hacia la ventana y observando hacia el exterior. Era de noche.

—*¿Cómo fue tu día?* —preguntó Lucía desde su cama.

—Agotador, el avión tuvo un retraso, por lo que al llegar fui directo a la reunión con mis jefes y justo hace media llegué a la habitación —miró a su alrededor, la habitación estaba en penumbras. —Tomé una ducha y pues, dormiré, estoy cansada.

—*Imagino* —dijo Lucía casi en un murmullo.

—¿Todo bien, Comisaria? —abrió la ventana y prendió un cigarrillo, deslizando la vista hacia el cielo.

—*Sí, es sólo que...* —hizo silencio y se aclaró la garganta—. *No es nada. Cuéntame, ¿cómo está la capital?*

Mariana sonrió. —Ruidosa, como siempre. No es como Mantovía, allá es todo menos frenético. Oye, comisaria... te siento algo nostálgica, ¿acaso extrañas esta ciudad?

Lucía dudó unos segundos en responder, mas la verdad no era algo que se le hiciera fácil de callar. —*Te extraño a ti* —confesó y aunque no la escuchó, podía jurar que Mariana estaba sonriendo, como siempre hacía—. *Te estarás riendo de mí...*

—Si lo hiciera, tendría que reírme de mí también; porque... te echo mucho de menos, Lucía... ¡pero el lunes estaré de vuelta! No llores por mí —se burló y la escuchó reírse.

—*A veces no sé si alguna vez tomarás alguna conversación en serio* —se quejó la comisaria.

—¿Contigo? Todas, créeme —su respuesta dio paso al silencio—. ¿Aún estás ahí, comisaria? —preguntó, impaciente por continuar escuchándola... o por proseguir con aquella conversación tras el giro que había tomado.

—*Perdón* —se aclaró la garganta—. *Estaba sólo... pensando.*

—¿Pensando? —Mariana tomó una bocanada y dejó salir el humo lentamente mientras observaba la luna—. ¿Puedo saber en qué, exactamente?

—*En ti* —no demoró en responder—. *Últimamente mis pensamientos giran sólo alrededor tuyo, Mariana* —ciertamente la comisaria no se andaba con rodeos.

El corazón de Mariana latió más fuerte que de costumbre. —La verdad es que yo tampoco dejo de pensar en ti, Lucía y... me asusta —confesó.

—*¿Por qué?* —indagó, mientras abandonaba el lecho en busca de un cigarrillo.

—Porque esto es nuevo para mí —contestó Mariana, tomó otra bocanada de humo y suspiró.

—*¿Y eso no te... gusta? Me refiero a lo que sientes, quiero saber si... si deseas continuar*

con esto o...

—No te voy a negar que es algo aterrador para mí —Mariana volvió a suspirar mientras intentaba hallar las palabras correctas—; pero creo que sería más aterrador no continuar con "esto", no poder ver hacia dónde nos lleva.

—¿Aterrador?

—Mj —se rio, algo nerviosa—... todo lo desconocido aterra, comisaria. Yo... no estoy acostumbrada a que me pase nada bonito en la vida y llegas tú; para cambiar mi perspectiva de todo y... de pronto me encuentro aterrada, de no ser la persona que crees, de que te estés haciendo falsas expectativas de mí y que cuando me veas como realmente soy...

—¿A qué viene todo esto? Te conozco, bueno; cada vez voy conociendo un poco más de ti y cada cosa nueva sólo me ata más... ¡Soy yo quien debería sentirse aterrada! No sé si estaré preparada para... para dejarte ir, llegado el momento. Sé que este no es lugar para ti y yo, estoy atrapada en este pueblo perdido sin poder liberarme, tal vez por mucho tiempo.

—Ojalá todo fuera tan simple como eso —volvió un espacio de silencio, que Mariana utilizó para enjugarse las incipientes lágrimas—. Mejor... no pensemos en nada, ni en mis miedos, ni en los tuyos.

—Yo no tengo miedo a enamorarme de ti, Mariana —soltó la comisaria sin más—, sólo me gustaría conocer si tú... —se detuvo al percibir los sonidos que delataban las lágrimas de la chica del otro lado de la línea y aguardó, sintiendo que tal vez no debió decir nada de lo que había dicho.

—Ojalá lo que sientes sea tan fuerte como para llegar a amar también mis demonios, Lucía; porque lo que yo estoy sintiendo me deja tan vulnerable ante ti, que no soportaría que llegues a odiarme...

EL VELO ROSA

La reciente conversación con Mariana le había dejado el corazón estrujado y sin saber cómo quitarse esa sensación. No entendía por qué algo tan bonito que sabía existía entre las dos, causara la angustia que estaba sintiendo y que percibía también en ella.

Era como si algo que aún desconocía, se interpusiera entre ambas; y no era el hecho de que la estancia de Mariana en Mantovía fuera temporal y estuviera llegando a su fin, no...eran las cosas que decía, la aflicción que notaba en ella cuando hablaban de lo que estaban sintiendo; sus lágrimas... Era como si esa chica de ciudad que aparentaba ser una mujer fuerte, fuera otra persona, vulnerable, temerosa de permitirse sentir.

Eso, o lo que fuera, sólo conseguía atraerla más, aumentar esos fuertes deseos que ya sentía de estar a su lado siempre, de evitar sus lágrimas, de cuidarla de todo y desbaratar sus miedos... de amarla con todo y sus demonios, como ella misma dijo. Nunca había sentido nada similar por nadie, así que no serían sus temores o los de ella los que iban a hacer que la dejara escapar; y no veía la hora de que regresara para decírselo de frente.

Miró el reloj y era más de medianoche. Lanzó a un lado de la mesa la carpeta que estaba revisando y se estrujó la cara; no había avanzado prácticamente nada en los documentos que revisaba, buscando la denuncia; menos después de la conversación con Mariana. Tal vez sólo debía descansar y al día siguiente continuar la búsqueda esperando tener un poco más de suerte; así que decidió irse a la cama.

Capítulo 14

Despertó esta vez sin que sonara una alarma. Era domingo y, sin embargo, su cuerpo parecía no estar dispuesto a permanecer en la cama más de lo acostumbrado. Igual, su trabajo no era uno que entendiera de fines de semana.

Miró su celular en busca de algún mensaje de Mariana y la bandeja de entrada estaba en blanco. Suspiró, llevaba poco tiempo con aquella mujer y ya la necesitaba desde que abrió los ojos. Tecleó un mensaje corto, adjuntó una foto suya del momento y se lo envió. Fue hasta la cocina en busca de algo a lo que pudiera llamar “desayuno”, mas, acabó cerrando la despensa y optando por una ducha para pasar al bar de Ramón antes de ir a la oficina. Sonrió imaginando qué diría ella si estuviera, ante el hecho de que quisiera ir a la oficina un domingo.

Luego de una breve ducha, recogió parte de los papeles que tenía esparcidos en la sala y los metió a la caja que estaba revisando desde la noche anterior. El sonido de una notificación en el móvil la hizo lanzarse por él a toda prisa; de inmediato sonrió al ver el remitente y las pocas palabras: *«Disfruta tu día de libertad sin mí, comisaria. Cuento las horas para volver. Besos»*. De repente se sentía una adolescente otra vez. Iba a responder, cuando una llamada entrante se lo impidió, era Will; y las noticias no eran las mejores...

—¡Saldré de inmediato para allá! —exclamó antes de colgar, se colgó la bolsa al hombro y salió apresuradamente.

EL VELO ROSA

El auto de la comisaria se detuvo en medio de una carretera, casi en los confines de Mantovía. A varios metros se hallaba el vehículo de la víctima y sus colegas forenses que trabajaban, recogiendo pruebas en la escena.

—Lo hemos identificado, comisaria —se le acercó de inmediato un oficial—. Es el señor Javier De la Torre.

Ella no pareció sorprendida para nada, de hecho; aquello solo reforzaba su teoría y la de Carla Estrada. Fue hasta el auto y observó el cadáver desplomado en el asiento del conductor.

—¿Mismo modus operandi? —preguntó a la forense.

—Sí, comisaria —le indicó el cuello de la víctima—. ¿Ve este agujero? Es sin duda una inyección, como las que hallamos en los demás y... el agujero en la ingle...

Lucía se colocó un par de guantes y fue hacia la otra puerta, abriéndola y tomando un cabello de color rojo que sus agudizados ojos vieron desde el otro lado.

—¿Qué tiene ahí? —la forense fue hasta ella.

—Es un cabello y algo me dice, que pertenece a una peluca —lo introdujo en la bolsa de plástico que trajo la forense.

—Lo analizaremos en el laboratorio.

—¿Han encontrado huellas?

—Algunas; pero si es como en los demás casos, han de ser de la víctima... La verdad es que el asesino es muy astuto.

La vista de Lucía se perdió en la lejanía. —¿Qué es aquello? —señaló un cartel donde

había una foto de una habitación con un lecho de sábanas rojas y una escrita encima: "El Edén"—. ¿Qué es *El Edén*?

—Es un motel que se encuentra a unos dos kilómetros de aquí.

Lucía miró el auto que parecía provenir de aquella dirección. —Pienso que deberíamos ir a investigar, tal vez la víctima estuvo por allá.

EL VELO ROSA

Lo que hubiera podido ser un día tranquilo y aburrido, se convirtió en todo un torbellino con la aparición del cuarto asesinato en Mantovía. Como hasta el momento, el asesino o asesina, traía a las autoridades en jaque; no dejaba huellas, no se dejaba ver por ningún testigo potencial, jugaba bien su juego y todo daba a entender que no se detendría hasta que lograra su objetivo, que Lucía estaba segura de cuál era: borrar de la faz de la tierra a los cinco abusadores impunes de hacía tantos años atrás.

Entre las indagaciones en el motel cercano y la visita al departamento forense, prácticamente se había ido todo su día. La hora de la cena la sorprendió en su oficina y decidió que ordenaría una pizza desde casa; no tenía ánimos para ir a ninguna otra parte y menos para cocinar; así que agarró sus cosas y salió de la comisaría.

Casi a punto de prender el auto, entró una llamada a su celular que le sacó tal vez la segunda sonrisa del día, luego de la que hizo al recibir el mensaje de su chica en la mañana:

«Sabes que te llevarás un regaño por trabajar hoy hasta estas horas, ¿verdad?... pero soy buena; y volado desde lejos para preparar la cena de mi novia. Te esperamos en mi casa, esta lasaña y yo».

Adjunta iba una foto de Mariana vistiendo delantal por encima de su bata de baño, mientras sonreía y al parecer metía algo al horno. Suficiente para que todo su mal día pasara a segundo plano y condujera feliz como adolescente hacia ella.

EL VELO ROSA

—¡Extrañaba tanto esto! Dios... —dijo en cuanto ella le abrió la puerta y se le prendió al cuello para luego besarla como demente.

—Prácticamente sólo me he ausentado un día, exagerada —dijo Mariana, con aquella sonrisa que se había vuelto la luz de sus días—; pero, te entiendo, ¡porque tú me has hecho muchísima falta! Sobre todo, para dormir...

Se dejaron caer en el diván.

—Cuéntame, ¿cómo ha sido posible que regresaras antes de lo previsto? —indagó la comisaria y quedó viéndola, con aquel embelesamiento del que era víctima siempre ante ella.

—Ah pues, mi supervisor también deseaba volar hoy, al extranjero; y la reunión que teníamos prevista para la tarde pudo hacerse en la mañana. No tenía sentido permanecer una noche más allá, si lo que estaba deseando a gritos era estar aquí... contigo. ¿Me extrañaste, comisaria?

—Mm... creo que un poco más, a tu lasaña, ¡qué bien huele eso! —respondió y se echó a reír tras recibir un golpecito en un brazo.

—¡Y se quema! Por Dios... —exclamó Mariana y se alzó de prisa para correr a controlar

su plato al horno, mientras Lucía iba tras ella.

—Huele divino... —murmuró la comisaria abrazándola por la cintura y hundiendo la cara en su pelo.

—¿La cena?

—Mj... mi postre, para ser más exacta.

Mariana se giró tras apagar el horno y le rodeó el cuello con ambas manos, mientras la miraba a los ojos.

—¿Cómo haré para vivir sin esto, ah? —la besó en los labios.

—Muy fácil; hagamos que no acabe nunca.

Capítulo 15

La semana comenzó tan agitada como el domingo. A primera hora la comisaría se llenó de periodistas que entorpecían el paso y tal parecían una jauría a punto de abalanzarse hacia el interior, en busca de primicias; de novedades que no existían. A Lucía no le quedó más remedio que comparecer ante ellos y así, intentar que se marcharan de una vez; tras recibir órdenes superiores de hacerlo.

Varios reporteros de diversas cadenas televisivas y diarios, se encontraban presentes. Los asesinatos en serie de Mantovía, de repente habían colocado aquel olvidado pueblo en el lente de todos los refractores; y se hablaba de los sucesos mucho más allá de sus alrededores, dándole una triste fama al lugar.

—Muy bien, muy bien... vamos a hacer una breve declaración a los medios, tras lo cual les pediremos a todos amablemente, por favor, que se retiren de la instalación y nos permitan hacer nuestro trabajo —dijo la comisaria tras cruzar la puerta de la delegación y hallarse en el punto de mira de todos aquellos buitres y sus cámaras, en cuanto puso un pie en la acera con algunos de sus compañeros.

—Comisaria Montes, por favor, la audiencia necesita resultados; necesita volver a recuperar la confianza en las autoridades locales, ¿es cierto que hasta el momento no han hallado una sola pista fehaciente que pueda llevar hasta el asesino? —preguntó uno de los reporteros, colocando su grabadora casi en el rostro de ella, mientras una miríada de flashazos importunó a los agentes.

—Antes un caso de tal magnitud, está demás decirles que las autoridades nos encontramos trabajando sin descanso; sin embargo, no puedo revelar detalles del estado de la investigación —contestó Lucía.

—Comisaria —otro de los periodistas le tomó la delantera a sus compañeros, haciéndose escuchar—, ¿qué hay de cierto en que los asesinatos puedan tratarse de un ajuste de cuentas, o una venganza por un hecho del pasado en el que fueron acusadas las víctimas?

Aquella pregunta Lucía no se la esperaba y por un momento, guardó silencio mientras barría el lugar con la vista y halló de pasada el rostro de Carla, que le sonreía y se encogía de hombros a varios metros de distancia.

—Pues... como ya les he dicho, trabajamos sin descanso; tengan por seguro que, para el departamento de policía de este pueblo, así como para el mando superior, garantizar la seguridad y restablecer la tranquilidad ciudadana es premisa fundamental, es nuestra razón de ser y es lo que nos ocupa hoy más que nunca. Muchas gracias —dijo por concluida su intervención y se metió a la comisaría nuevamente, mientras sus compañeros se quedaron intentando aplacar y dispersar a la prensa.

EL VELO ROSA

Al parecer, la comparecencia de la comisaria ante los medios, donde sus superiores la lanzaron al ruedo para calmar la jauría; lejos de conseguir tal propósito sólo trajo más polémica y problemas para ella. Esa tarde, justo cuando se disponía a salir para el archivo con la esperanza de contar con mejor suerte que la tenida hasta el momento; una visita inesperada irrumpió

abruptamente y sin anunciarse en su oficina.

—¿Quién demonios cree que es? —preguntó nada más y nada menos que el vicepresidente de Construcciones Montana.

—Vaya, no esperaba tenerlo por acá en persona; supongo que no es una visita de cortesía.

—¡Supone bien! —exclamó el sujeto y tiró la puerta tras de sí, permaneciendo de pie frente a ella, que se hallaba en su poltrona—. Toda esa payasada de salir en la televisión y sacar a flote viejos asuntos, puede traerle graves consecuencias, comisaria —apuntó hacia ella con el dedo índice, en una clara postura amenazante.

—Ey, me parece que se le está olvidando con quién habla y dónde está, señor Montana —la voz de Lucía sonó calma, pero firme—. ¿Acaso me está usted amenazando? —se puso de pie, llevándose ambas manos a la cintura.

—¡La que está olvidando los niveles es usted!

—Si mal no recuerdo, la alusión al viejo caso que lo involucra a usted y a sus “colegas”, fue mencionado por un miembro de la prensa; ¿acaso cree que la policía está para controlar periodistas?

—Si ese reporterillo de quinta mencionó el dato, es porque alguien se lo dio; casualmente luego de que lo mencionara usted cuando estuvo en mi oficina —Montana se veía muy molesto, sus gestos denotaban la rabia que estaba sintiendo en ese momento—. Escúchame bien, “comisaria de pueblo”; no te metas en mi camino porque créeme, soy un hombre de soluciones drásticas ante lo que considero un problema... me basta chasquear los dedos así —realizó el gesto sonoramente—, para que tus jefes te desaparezcan del mapa y vayas a atender una simple oficina de quejas en el Polo Norte, no sabes quien soy...

—Mj... tal vez antes apenas me hacía una mísera idea; pero creo que ya lo voy conociendo mejor, en vez creo que es usted quien no me conoce, porque si lo hiciera sólo un poco, no vendría a amenazarme justo en este lugar —contestó Lucía, viéndolo directamente a los ojos, con el ceño fruncido.

—¡A mí nadie me amenaza y menos una mujer! ¡He dicho lo que tenía que decir! Estás advertida —golpeó sobre la mesa con la palma de su mano y dio un paso atrás, con intenciones de retirarse.

—¿Adónde cree que va? —preguntó la comisaria bordeando su escritorio y llegando junto a él rápidamente para, sin más preámbulo, aplicarle una llave que el sujeto no vio venir hasta que sintió el frío metal de las esposas uniéndole las manos tras la espalda—. Queda usted detenido por el delito de atentado contra un funcionario; o sea, yo, valiéndose de intimidación y amenazas...

—¿Qué carajos le pasa? ¡No puede hacer esto! —gritó el tipo, mientras se retorció en vano.

—Le aconsejo que no oponga resistencia, señor Montana; o se verá agravada su situación —respondió calmadamente Lucía mientras abría la puerta y casi arrastraba al hombre fuera de su oficina, ante la vista de sus compañeros, que la miraban atónitos—. ¡López! Acompaña al señor a una de las celdas...

—Montes, espero que sepas lo que estás haciendo —contestó su subalterno.

—Nunca he estado más clara en mis actos.

—¡Tengo derecho a llamar a mis abogados! ¡Te juro que te vas a arrepentir de esto, loca!

—Por supuesto... ahora, ¡andando! Le gustará su suite —respondió la comisaria, siguiendo

con la vista al detenido mientras era conducido por López y no dejaba de lanzar amenazas e improperios—. Y ustedes —le habló al resto de los oficiales mientras daba un par de palmadas— se acabó el espectáculo, ¿no tienen trabajo, o qué? ¡Andando!

La prepotencia y la misoginia que había mostrado Harry Montana, habían hecho hervir la sangre de Lucía. Lo había detenido aún a sabiendas de que seguramente, en menos de veinticuatro horas los abogados del tipo conseguirían ponerlo nuevamente en la calle; pero no podía pasar por alto que osara creerse con el derecho y el poder de pasar por encima de quien sea... si él y su familia tenían tratos con altos dirigentes desde antes, no le importaba. La comisaria ahora, era ella; y no pretendía perder la autoridad de la que estaba embestida por tipos como ese.

Antes de salir hacia el archivo, adonde iba antes de la nada grata visita, dio órdenes precisas de que nadie podía pasar a ver al detenido; aunque aparecieran sus abogados con toda una cátedra de leyes bajo el brazo. Hasta el día siguiente no vería más rostro ese desgraciado que el del desafortunado guardia que le llevaría de cenar; en la mañana ella lidiaría con sus defensores. Una noche en un calabozo no le iba a quitar lo prepotente a Harry Montana; pero le iba a mostrar que ella no era como los demás que tenía en su nómina y, a fin de cuentas, ella sólo cumplía su deber.

EL VELO ROSA

Sonrió al abrir los ojos y ver el rostro de su acompañante. Para Mariana, despertar entre los brazos de la comisaria era la cosa más bonita que le había sucedido en la vida... Con ella se sentía completa, aun cuando sus demonios no la dejaban en paz, ni siquiera soñaba con ellos cuando dormían juntas. Era como si Lucía tuviera el poder de alejar todo lo malo de ella, y dar paso a algo demasiado hermoso como para rechazarlo.

Aquella sonrisa desapareció de pronto, los demonios volvieron a su cabeza, recordándole que no la merecía. Tal vez era verdad, tal vez no la merecía, mas no quería renunciar a ella; aunque tenía muy claro que tarde o temprano debería hacerlo. Tal vez, aquel tipo de sentimiento que se abría paso en su interior, que le cambiaba el color a sus pensamientos y que la hacía sentirse afortunada por primera vez, no era para alguien como ella...

Con cuidado se levantó y tras cubrir su desnudez con una bata, salió de la habitación sin hacer ruido. Se dirigió a la cocina y prendió la televisión. No se hablaba de otra cosa, sólo de aquellos inquietantes asesinatos en serie en Mantovía, decidió apagarla. No quería que esos tristes sucesos arruinaran su día.

—¿Siempre te despiertas tan temprano? —la voz de la comisaria la hizo sobresaltar.

Mariana se volteó y quedó extasiada ante su desnudez. —Buenos días —sonrió, acercándose a ella.

Lucía la recibió entre sus brazos, mientras sus labios saborearon los de ella con suavidad. —Buenos días hermosa.

—¿Qué pretendes, comisaria? —se separó un poco para ver su cuerpo enteramente desnudo.

—Llevarte de regreso a la cama —Lucía sonrió con picardía y le tomó de la mano, tirando de ella—. Es temprano aún y yo necesito de ti.

Mariana se dejó llevar sin poner resistencia, mas, al llegar a la habitación el teléfono de la

comisaria sonó.

—Mierda.

—Al parecer no es tan temprano para la justicia —Mariana la besó fugazmente—. Responde, te haré un café.

—Lo siento —murmuró Lucía mientras el celular continuaba a sonar desde la mesita de noche.

—Responde —la besó nuevamente y se marchó.

—¿Sí? Buen día —respondió Lucía, presintiendo cuál era el motivo que perturbaba su ensoñadora tranquilidad tan temprano, lo cual corroboró de inmediato en cuanto escuchó al agente del otro lado de la línea—. Correcto, no les den acceso; ya voy para allá.

Cuando Mariana apareció con una taza de café humeante, ya Lucía salía del baño y buscaba sus cosas, arreglándose sobre la marcha.

—Ya sabía yo, que tener una novia comisaria era algo complicado —sonrió, sentándose en la cama, sosteniendo el café y observándola moverse de un lado a otro—. Y mucho más una tan testaruda como la que tengo yo.

—Hermosa —dijo Lucía y le sonrió mientras le quitaba su bebida de las manos—. Pues sí, es complicado.

—¿Problemas tan temprano?

—No, digo... de cierta forma sí; los abogados de la Constructora Montana, que al parecer han amanecido en la estación. Iré de prisa —le explicó, mientras bebía su café.

—De... ¿la Constructora Montana, dices? ¿Tienes problemas con esa gente? —Mariana se mostró preocupada.

—Pues... tengo en uno de los calabozos de la comisaría a su vicepresidente; ¿te parece eso un problema?

—¿A Harry Montana? Lucía, mucho cuidado con ese hombre; cuidado con esa familia, por favor —se puso de pie y fue hasta ella para rodear su cintura.

Lucía la observó por unos segundos, un detalle le llamó mucho la atención; no era alguien que pasara por alto nada.

—¿Lo conoces? Creí que me habías dicho que...

—¡No! Tanto como conocerlo, no; pero no es un secreto para nadie en Mantovía que esa familia es prácticamente la élite de este pueblo y se ha hablado mucho del poder que tienen...

—Tranquila, cariño —dijo Lucía y la besó en los labios, luego en la frente y finalmente tomó su rostro entre sus manos para verla a los ojos—, está todo bien.

—Cuídate mucho, por favor...

—Lo haré.

Capítulo 16

Lo primero fuera de lo habitual que halló Lucía al entrar a la comisaría esa mañana, fue a la elegante pareja de pie en una de las esquinas de la sala de entrada, llevaban lentes y sostenían cada uno un portafolios de piel negra. Eran los abogados de Montana, los cuales al verla, se apresuraron inmediatamente a su encuentro.

—Comisaria, buenos días —saludó la rubia alta de unos cuarenta años, seguida por su compañero; un sujeto un poco más bajo y de más edad.

—Buen día, señores.

—Somos los abogados de...

—Lo sé, la verdad, los esperaba —Lucía sonrió—. Acompañenme a mi oficina, por favor —dijo, indicándoles el camino.

Ya en el despacho de la comisaria, los letrados se negaron a tomar asiento; en vez de hacerlo, uno de ellos sacó de inmediato un documento que colocó frente a Lucía.

—Es del juzgado, proceda inmediatamente con la liberación del señor Montana; y debe saber que interpondremos una queja en su contra ante sus superiores por abuso de autoridad —dijo la rubia, acomodándose los lentes.

—Están en su derecho de proceder como les plazca, tengo mi consciencia limpia respecto a mi actuar para con el señor Montana; ciudadano, que se presentó en esta oficina, notablemente alterado y me amenazó, mostrando de paso su discriminación hacia mi persona para ocupar este puesto siendo una mujer... por lógica, ustedes sabrán mejor que yo qué delitos tipifican las acciones del señor ayer.

—Si tiene elementos suficientes para probar lo que dice y desea iniciar un proceso formal, hágalo; nuestro trabajo será rebatirlo. A partir de este momento, cada minuto que nuestro representado pase tras las rejas de esta comisaría, es ilegal, el señor Montana no es más que una víctima de su arbitrariedad; un ciudadano modelo de la sociedad y de una conducta intachable —dijo el señor de más edad.

—¡Por favor, señores! —Lucía se echó a reír—. Que les pague una fortuna seguramente, no quiere decir que deban santificarlo.

—Cuide sus palabras, comisaria.

—Cuiden ustedes su consciencia; puede que le hayan vendido el alma al diablo —Lucía se puso de pie.

—Exigimos que libere de inmediato al señor Harry Montana.

—Por supuesto... esperen en la sala de entrada, yo misma iré por... su señor.

EL VELO ROSA

Esa mañana se efectuaría el entierro de Javier De la Torre y Lucía decidió ir. Había mucha gente en el cementerio, llorando al fallecido. Le sorprendió hallar a Harry Montana y familia en primera fila. Observó a todos los presentes sin excepciones. Estaba ahí como policía, no como una residente cualquiera.

—¿Comisaria? —la voz del señor Montana la disgustó.

—Señor Montana, ¿no que no eran muy amigos?

—Es por educación, como ya sabe; estudiamos juntos... Usted debería avergonzarse, se presenta aquí en vez de hacer su trabajo, que le recuerdo, consiste en encontrar al culpable de estos asesinatos.

—Estoy haciendo mi trabajo, señor Montaña —ella sonrió levemente viéndolo a los ojos—. No se preocupe.

—Creo que en vez debería preocuparme de que nuestra seguridad esté en manos de una inept...

—Atento a sus palabras, ¿o desea pasar otra noche en el calabozo? —lo interrumpió ella, silenciándolo de inmediato—. Como pensaba.

—Tiene agallas usted —él sonrió—. Pero no olvide quien soy y que puedo destruirla con un chasquido de dedos.

Lucía ni si quiera escuchó lo que Harry le dijo, ya que sus ojos fueron capturados por la chica de lentes oscuros y pañuelo en la cabeza, que se encontraba a varios metros de donde se llevaba a cabo el entierro.

—Discúlpeme, señor Montana —y se marchó, dejándolo con la palabra en la boca.

EL VELO ROSA

—Me sorprende verte aquí —dijo Lucía, llegando a espaldas de la chica que observaba el entierro, apartada de todos.

—¿Lucía? —se volteó de golpe.

—No pensé que vendrías, habías dicho que no le conocías.

—Oh, no... no estoy aquí por el entierro —miró hacia la tumba a su lado, donde había dos nombres que llevaban su apellido.

—¿Tus abuelos?

—Mis padres, vine a ponerles flores.

—Nunca hablas de ellos —la comisaria bajó la cabeza.

—Fallecieron hace mucho tiempo en un accidente de auto. Vengo a menudo desde que estoy en Mantovía.

—Lo siento, no sabía...

—No pasa nada —Mariana sonrió con algo de tristeza—, jamás toco ese tema, porque a pesar de que hace tantos años de que se fueron y que he aprendido a vivir con esa ausencia; siento que no lo supero del todo... —miró por un instante hacia donde se hallaban las personas despidiendo a De la Torre y se giró repentinamente, agachándose con la excusa de acomodar las flores que había traído.

—Tranquila, no te preguntaré nada más, no quiero incomodarte más.

—Gracias —extendió una mano y tomó la de Lucía para estrecharla por un momento—, eres algo así como un regalo de la vida después de haberme golpeado tanto, como una compensación —se secó una lágrima—, mi rayo de luz para volver a creer que no todo es terrible.

EL VELO ROSA

Esa noche salieron a cenar juntas. El plan de quedarse en casa de Mariana bajo una manta caliente y frente a la televisión era tentador; pero luego de haberla visto tan afectada en el cementerio, Lucía creyó que le haría bien cambiar la rutina para despejar la mente de tristezas.

Fueron al restaurant donde cenaron juntas por primera vez. En contraste con su ánimo en la mañana, esa noche Mariana se veía radiante.

—Brindemos —alzó su copa frente a la comisaria y aguardó sonriente.

—Por supuesto —contestó Lucía y la siguió en la acción—. ¿Puedo saber el motivo?

—Pues... porque siento que se van cerrando ciclos en mi vida, que finalmente todo está tomando su lugar y eso me trae paz; y por ti... que llegaste a salvarme de una tristeza que me ha acompañado durante tanto tiempo que ya me acostumbraba a ella —volvió a sonreír y bebió un gran sorbo de vino.

—Tú... eres muy importante para mí, Mariana —la miró a los ojos—, y lo he pensado mucho... no quiero que te alejes de mí.

—Comisaria...

—No, espera. Sé que en cuanto resuelvas tus asuntos te irás del pueblo, créeme que lo entiendo y te apoyo; este no es un sitio para asentarse, por muchos motivos, es por eso que... decidí que cuando resuelva el caso en el que estoy trabajando, comenzaré a tramitar mi liberación para seguirte adonde sea que quieras ir.

Los ojos de Mariana se iluminaron y brillaron, humedecidos por incipientes lágrimas que amenazaban con escaparse en cualquier momento.

—Lucía —le tomó las manos por encima de la mesa y se las besó—, ¿me estás hablando en serio, mujer? ¿Tú quieres?...

—Sí, quiero, quiero todo contigo y haré lo que sea por conseguirlo, implique lo que implique... siento que eres de esas cosas que suceden sólo una vez en la vida; y no voy a dejarte pasar de largo —la miró a los ojos intensamente, como si pretendiera así, poder mostrarle todo lo que llevaba por dentro y que no dejaba salir con palabras, e intentó resumirlo en una corta frase—. Yo te amo.

Aquellas cortas palabras fueron más de lo que Mariana esperaba, tal vez más de lo que ella misma se había hecho la idea de merecer; y terminó respondiendo con lágrimas y un silencio que a Lucía le dio miedo atreverse a interpretar.

Capítulo 17

Esa noche pasaron antes por el condominio en donde vivía la comisaria a recoger algunas cosas, para acabar la velada en casa de Mariana; como ya era costumbre y despertar una en brazos de la otra. Cada vez aquella relación se tornaba más necesaria, más formal.

—¿Subes conmigo o esperas aquí en el coche? —preguntó Lucía en cuanto se detuvo frente al edificio.

—Subiré —respondió la chica sin dejar de sonreír.

—Pues vamos.

Tomaron las escaleras porque al parecer el ascensor estaba ocupado en alguno de los pisos más arriba. Lucía vivía en el tercer nivel de los doce con que contaba la edificación, así que no suponía ningún esfuerzo subir los peldaños; en un minuto ya estaban frente a la puerta marcada con el número 5.

—No te fijas en el desorden, eh —suplicó la comisaria—, la verdad es que paro muy poco aquí y cuando lo hago, es para dejar todo fuera de lugar —explicó, mirando hacia Mariana mientras buscaba las llaves en su bolsa.

—Quién lo diría, funcionaria del orden público y desorden en el hogar —bromeó y soltó una carcajada.

—No te burles, no tengo la culpa que cierta chica me traiga tan... —se silenció de repente al intentar abrir la puerta y darse cuenta que apenas estaba superpuesta; alguien había entrado a su casa—. Sssh —le hizo señas a Mariana para que se quedara atrás y sacó su arma de inmediato.

Abrió la puerta de golpe y prendió la luz sin perder tiempo, lo que halló frente a sus ojos la llenó de rabia y precaución a la misma vez. Todo estaba regado, algunas cosas rotas en el piso... Caminó cautelosa hacia la cocina arma en mano, aunque estaba casi segura que quien había hecho aquello ya no estaba. Revisó la recámara que ocupaba y luego las otras habitaciones; por último el baño, en donde encontró un mensaje de mal gusto en el espejo, escrito con uno de sus labiales:

«Mantovía no te necesita, desaparece».

—¡Bastardos! —pateó la puerta y de inmediato apareció Mariana tras ella.

—Pero... —sus ojos se espantaron al ver las letras en el espejo— ¡qué demonios es esto! —exclamó—. Esto es grave, Lucía... ahora más que nunca espero que tomes en serio lo que me dijiste hace un rato y dejes todo, parece una tontería; mas yo lo veo como una amenaza.

—Lo sé... es claramente una amenaza —el semblante de la policía se endureció—. No querían hacerme nada, sabían que no estaba, tampoco había nada de valor que pudieran querer robar; es apenas una advertencia.

—¡Por eso! Esta gente es peligrosa, cariño; tienes que alejarte de todo esto, ¡vámonos mañana mismo de aquí! —Mariana se veía muy afectada, de pronto pareció como si los nervios la traicionaran y comenzó a gesticular como si estuviera fuera de sí, mientras hablaba—. ¡No quiero que te pase nada! Hoy fue esto, mañana quién sabe...

—Ey... no pasará nada, corazón —Lucía la abrazó y luego la condujo hacia la cocina, en donde sirvió agua para ambas—. Ha sido un vano intento de asustarme... lo cual quiere decir

que estoy por buen camino; tal vez sea el asesino que...

—¡Que no, Lucía! ¡Es ese bastardo con quien te has enemistado! ¡Esa gente es muy poderosa y capaz de todo!

La comisaria quedó viéndola unos instantes. Su lógica tenía razón; mas, ¿por qué pensar de inmediato en un hombre que ni conocía y que mostraba ser un hijo de puta, sí; pero con una facha respetable?... en vez de pensar que podría ser el asesino o asesina que traía el pueblo en jaque y a quien la policía estaba buscando incesantemente.

—¿Montana? ¿Por qué lo piensas? ¿Sabes algo de ese tipo que te haga señalarlo en primera instancia, Mariana? —sus ojos indagadores cayeron sobre ella.

—No —se apresuró a negar—; pero algo me dice que el hecho de que te le hayas enfrentado, le hará tomar represalias en tu contra... la familia Montana es la más poderosa de este sitio, Lucía. No creerás que gente así pasa por alto lo que considera una amenaza o una afrenta.

—Lo sé —aceptó la comisaria y arrastró una silla para sentarse mientras tomaba su celular—; pero de momento no tengo ninguna prueba de que está detrás de esto... llamaré a comisaría, para que envíen a revisar si hay alguna huella o algo que podamos usar para llegar al culpable.

—Quien sea que haya sido te tiene localizada, no puedes quedarte más aquí. Toma lo que sea que necesites y te vienes conmigo a casa, hasta que podamos salir de Mantovía y...

—Mariana, amor... —Lucía se paró frente a ella y la tomó de los hombros, viéndola a los ojos— no pienso ir a ninguna parte, hasta que resuelva todo esto; tanto los asesinatos... como la identidad del hijo de puta que se atrevió a meterse a mi casa.

—Por favor...

—Haré de una vez esta llamada, cielo —la interrumpió y le besó en la frente—, no te preocupes, todo estará bien. En cuanto lleguen los muchachos; nos vamos a tu casa.

EL VELO ROSA

Lucía no durmió prácticamente nada en el resto de la noche; y estuvo pendiente a la investigación en su casa, de la cual le avisaron que no pudieron recolectar prácticamente nada. Lo más probable era que las huellas en el sitio fueran las suyas propias.

Bebió el café que Mariana le preparó como de costumbre y se dispuso a enfrentar el día.

—Cuídate mucho, por favor —dijo la chica, abrazada a ella como si no quisiera dejarla salir.

—No te preocupes, todo estará bien. No va a sucederme nada, te lo prometo —respondió Lucía, intentando transmitirle un poco de la tranquilidad que la faltaba ahora por su culpa.

—En serio, Lucía.

—Te llamaré a mediodía y haré lo posible porque almorcemos juntas, ¿te parece?

—De acuerdo.

—Estaré pensándote —dijo la comisaria y le dio un beso en los labios para caminar hacia la puerta.

—¡Espera! —Mariana corrió detrás suyo y volvió a abrazarla—. Te amo, Lucía... cuídate

mucho siempre y regresa a mí... por favor —sus ojos brillaban mientras le sostenía la mirada a la comisaria, quien sonrió sin poder evitarlo, sintiendo de nuevo aquel revoloteo en el estómago y yendo por sus labios tras asentir, toda emocionada.

Capítulo 18

La sonrisa tonta que acompañaba a Lucía esa mañana, tras despertar junto a la mujer que le había confesado amor, desapareció por completo al arribar a la comisaría y encontrar sobre su escritorio una demanda por abuso de poder; aquella que ya le habían pronosticado los letrados buitres de Harry Montana. No se sorprendió; pero el hecho sí logró molestarla bastante, al punto de responder con voz alterada a una llamada entrante.

—Disculpe, comisaria, por molestarla tan temprano —se excusó el chico del otro lado de la línea con voz tímida—. Soy el mecánico, ayer usted me llamó para que viniera por el auto...

—Ah, sí... —relajó un poco la voz—. Discúlpame tú, Juan, es que mi día comenzó muy bien; pero se empeñaron en estropearlo. Entonces, ¿ya estás aquí? —se acercó a la ventana para ver hacia el exterior.

—N-no, de eso se trata... he tenido algunos contratiempos y no podré presentarme hasta mediodía, con el auto de recambio para usted; espero no le moleste...

—Bien, no te hagas problemas, de todos modos; pienso moverme dentro de la zona esta mañana. Lo dejaré afuera del estacionamiento entonces, donde está; para cuando llegues, me vuelves a llamar —terminó la llamada y tomó su bolsa, tenía planeado ir solo al archivo esa mañana así que podría ir a pie; y estar de vuelta para mediodía cuando vinieran a recoger su Jeep, que continuaba dándole problemas.

EL VELO ROSA

Prendió un cigarrillo al salir al exterior y sus ojos de inmediato se clavaron en los dos sujetos que merodeaban cerca de su Jeep.

—¿Se les ofrece algo? —preguntó apresurando el paso y estudiando con la vista a los dos tipos.

—Oh, ¿es suyo? —cuestionó uno de ellos con una sonrisa en el rostro.

—Mj —asintió sin quitarle los ojos de encima.

—Nos detuvimos a admirar esta preciosura... Es último modelo, le habrá costado una fortuna.

Ella observó su vehículo. —En realidad ha sido un regalo.

—No se ven muchos de estos por aquí —el sujeto volvió a sonreírle y le hizo señas al otro para que lo siguiera—. Bueno, que tenga un buen día, Comisaria —y se marcharon deprisa.

A Lucía le llamó la atención el incidente; así que siguió con discreción al par de extraños hasta que subieron a una camioneta y se marcharon con absoluta normalidad. Sacudió la cabeza y lanzó una mirada hacia su vehículo, sin notar nada fuera de lo normal, así que se dispuso a continuar su pequeña caminata de pocas cuadras hacia el archivo local del departamento.

EL VELO ROSA

Ya estaba comenzando a dudar de la existencia de aquellos documentos que buscaba.

Hasta el momento no habían hallado nada, ni ella, ni el encargado del archivo, que se mostraba comprometido en apoyar su investigación y para colmo, el señor descubrió la existencia de un estante “que no había sido organizado” tras la mudanza y en el cual se mezclaban documentos de diferentes años... todo un desastre. Llevaba casi una semana en aquella faena y los resultados eran nulos.

Luego de un par de horas entre papeles viejos y polvo, miró su reloj y este ya pasaba de las doce.

—Tengo que marcharme, volveré luego a continuar buscando —dijo a Ramiro y le sonrió mientras tomaba su bolsa.

—Usted no se rinde nunca, eh —dijo el hombre y le devolvió una sonrisa afable cuando ella cruzó por su lado y le tocó en el hombro.

—Jamás.

EL VELO ROSA

Llegando frente a la comisaría, arribaba Juan en el auto institucional para cambiarlo por el jeep. Lucía se detuvo al verlo y aguardó junto a su vehículo:

—Siento no haber podido venir antes —se excusó el joven, estrechándole la mano que ella le ofreció.

—Tranquilo, los imprevistos existen —sacó las llaves del bolsillo de su chaqueta y se las entregó, recibiendo las que él le dio—. No me interesa cuánto tarde esta vez, sólo que quede como nuevo —dijo mientras caminaba hacia el otro auto.

—Descuide, jefa —el chico sonrió y la saludó con la mano jocosamente con un saludo militar—. ¡Trabajaré impecable esta vez!

—¡No espero menos, eh!

Lucía subió al coche y tomó su celular para llamar a Mariana, había quedado con ella de hacer todo lo posible por almorzar juntas; mas esa llamada no llegó a realizarse... La explosión del otro lado de la calle y justo frente a la comisaría, provocó un estruendo y una onda expansiva que estremeció todo y los cristales de la entrada de la estación saltaron, volando por todos lados como dardos. El aturdimiento y la conmoción fueron inmediatos... para cuando Lucía logró abrir los ojos, el escenario frente a ella era desastroso. Permaneció un par de segundos con las manos al volante, aturdida, observando el jeep en llamas en donde había perecido una persona joven con una vida tronchada de la manera más infame.

EL VELO ROSA

Fuera de la comisaría era todo un caos, entre especialistas en artefactos explosivos, paramédicos, periodistas y pasantes curiosos.

Lucía permanecía encerrada en su despacho, aun conmocionada por lo acontecido, aguardando a los del alto mando que venían ya en camino. Le habían telefónicamente prohibido hablar con la prensa hasta estudiar bien qué decir para no asustar a la población.

—¡Dios! ¡Estás bien! —exclamó la chica que irrumpió en el despacho de repente, corriendo hacia Lucía para luego abrazarla con fuerza—. Vine en cuanto lo supe —la besó en los labios.

—Estoy bien —le aseguró la comisaria, apartándose un poco para verla a los ojos—. ¿Cómo lograste entrar?

—No fue para nada fácil, tuve que decirle a los oficiales que soy tu novia —sonrió y la volvió a besar—. Se sorprendieron un poco, pero al final me dejaron entrar. Dime qué sucedió, allá afuera es un caos, ¿alguien murió?

Lucía bajó la cabeza y asintió levemente.

—Por Dios —Mariana volvió a estrecharla entre sus brazos—. Dicen que fue tu auto el que explotó y yo... yo estaba muriendo, Lucía. El alma me regresó al cuerpo cuando me dijeron que estabas bien.

—Es verdad, fue mi auto el que explotó, Mariana.

—Si algo te hubiera sucedido... —no pudo concluir la frase, un nudo en la garganta la silenció de sólo imaginar lo peor y la abrazó aún más fuerte.

—Estoy bien, mi amor... estoy contigo —dijo Lucía y la besó en los labios.

—Tienes que salirte de todo esto, Lucía; no quiero que haya una próxima vez —la miró a los ojos mientras los suyos se llenaban de lágrimas.

—Muy pronto, cariño... muy pronto.

En ese momento la puerta se abrió y apareció Luján, apenado por la interrupción; pero siguiendo órdenes dadas por su jefa de comunicarle en cuanto arribara cualquier personal de alto mando.

—¡Comisaria! Ya está aquí el coronel Miranda, llegará en breve; ya abandonó el helipuerto y se dirige hacia acá.

—Muy bien, Luján... gracias.

Una vez a solas nuevamente, volvió a besar a Mariana y la acompañó hacia la puerta. —Le pediré a uno de los muchachos que te acompañe a casa...

—No hace falta. ¿Y tú?

—Yo debo recibir al coronel y sus órdenes; pero muy pronto estaré contigo —volvió a besarla y la abrazó confortablemente—. Ve tranquila, estaré bien, lo prometo.

—Cuídate mucho... y ven conmigo cuanto antes, ¿sí?... te amo.

—Te amo más, hermosa —respondió Lucía y volvió a abrazarla una vez más para verla partir luego.

Capítulo 19

El violento suceso frente a la comisaría, fue tratado de cara a los medios como un atentado directo contra Lucía Montes, quien se hallaba al frente de una investigación sin descanso en aras de esclarecer los recientes asesinatos en serie que mantenían en vilo a Mantovía; al menos eso fue lo que transmitieron las cadenas televisivas y reprodujeron los diarios. Para la comisaria, podría tratarse de algo más... y aunque no tenía pruebas para afirmarlo ante sus superiores, sentía una fuerte corazonada que la impulsaba a mirar hacia otra parte.

Salió de la comisaría casi al anochecer, esquivando algunos reporteros que buscaban nuevas primicias. En su mente no dejaba de dar vueltas la idea de seguir sus instintos, e ir a confrontar a quien estaba segura, se hallaba detrás de cada “desafortunado suceso” ocurrido luego de conocerlo; mas, aún le quedaba algo de prudencia que le permitía reconocer que con ello nada ganaría, sin pruebas.

Suspiró pesadamente viéndose a través del espejo retrovisor y decidió conducir de una vez a casa de Mariana. Luego de tan nefasta jornada, refugiarse en sus brazos era alejarse de todo aquel caos y hallar la paz que necesitaba para recomponerse. Ya reiniciaría la faena al día siguiente, convencida que ahora estaba detrás de dos asesinos, no de uno.

EL VELO ROSA

Acomodado en su elegante poltrona, en el imperio Montana; su vicepresidente fumaba un costoso puro y bebía un magnífico whisky mientras observaba el canal de noticias. No habían dejado de pasar las imágenes del atentado frente a la comisaría y por alguna razón; una sonrisa maliciosa no desaparecía de sus labios.

El teléfono de la oficina sonó de inmediato. Tomó directamente la llamada, visto que a esa hora ya no estaba la secretaria; aunque un tanto extrañado de que marcaran a esa hora por esa línea.

—¿Sí? Constructora Mont... —contestó.

—*Fuiste muy lejos, desgraciado* —aquella voz... aquella voz le resultaba a Montana conocida; reconociéndola en pocos segundos a pesar de los años—, *atentar contra la jefa de policía puede llevarte a pagar esa y todas las que debes.*

—¿Eres tú, verdad? —alterado, se puso de pie y caminó hasta los amplios ventanales de cristal, corriendo las cortinas para ver hacia la calle—. ¿Cómo diablos conseguiste este número? Sé que estás cerca, maldita perra... sé lo que has hecho; y te juro que voy a...

—*Yo voy a ir por ti, infeliz... voy a terminar de saldar una deuda que sentiré cobrada cuando manche mis manos con tu asquerosa sangre.*

—¿Dónde rayos te escondes, perra? ¡Da la cara, infeliz! ¡Deja de comportarte como la gata asustada que siempre fuiste y ven ante mí! —gritó, bastante alterado, mientras caminaba como demente por la oficina.

Montana escuchó su risa del otro lado de la línea y un pesado suspiro, como si supiera lo alterado que él estaba y encima lo estuviera disfrutando.

—*Calma, Harry... antes de lo que esperas, tus deseos se cumplirán. Así como fui por los*

cuatro malnacidos que te acompañaban esa noche; iré por ti... ¿es una promesa!

La llamada se cortó y Montana quedó vociferando y amenazando como un loco, hasta que lanzó el teléfono al suelo, descomponiéndolo. Seguidamente regresó a su escritorio y abrió el último de los cajones, que permanecía cerrado a llave; de donde tomó un revólver que contempló y acarició como un demente, mientras sus labios se curvaban en una malévola sonrisa, dando paso a un sin número de pensamientos en los que él tiraba del gatillo... «Esta vez sí te vas a morir, perra».

EL VELO ROSA

Cuando Lucía llegó a casa de su chica, esta la recibió con un abrazo reconfortante y un beso que inmediatamente dejó en segundo plano todas sus preocupaciones. Se sentía afortunada, dichosa de que aun en medio de tanta maldad y podredumbre que la rodeaba por su trabajo, pudiera encontrar paz en los brazos de aquella maravillosa mujer.

De inmediato cayó en cuenta de lo que estaba sucediendo al echar una ojeada alrededor... miró con pesar las cajas llenas de objetos, esparcidas por casi toda la casa que poco a poco se vaciaba. Mariana partiría en poco tiempo y ella se quedaría en ese pueblo perdido, tras los rastros de un asesino del cual aún no tenía nada; y de quien hubiera querido deshacerse de su persona. Todo se iba complicando y la frustración iniciaba a apoderarse de ella.

—Ya casi está lista la cena —Mariana la sacó de repente de donde fuera que estuviera su mente en ese momento.

—Veo que ya te falta poco por recoger —dijo mientras la chica se sentaba a su lado en el sofá.

—Sí, mañana vienen por estas cosas y luego quedarían sólo los muebles de las habitaciones —la miró con atención.

—Mj —Lucía desvió la mirada, tratando de esconderle la aflicción que ya iniciaba a sentir.

—Ey, ¿qué pasa? —la obligó a mirarla.

—Pronto te irás y...

—Faltan algunos días y —se silenció, porque de repente recordó que cargaba con muchos demonios que tal vez la perseguirían de por vida y algunas lágrimas inundaron sus ojos—. Mejor no hablamos de eso y concentrémonos en este ahora... Estamos juntas y eso es lo que importa.

—Tienes razón, además... No irás tan lejos —se le acercó y la besó en los labios—. Son pocas horas de vuelo, podremos vernos los fines de semana hasta que yo termine con este caso, y entonces... Ey, hermosa —se dio cuenta que algunas lágrimas habían abandonado los ojos de Mariana, enjugándolas de inmediato—. Como dije, son pocas horas de vuelo y pronto estaremos juntas. Cuando todo esto pase yo pediré que me transfieran a la capital y...

—Te amo —la interrumpió Mariana, besándola de repente—. Nunca pensé que esto podría pasar.

—¿A qué te refieres? —la miró, algo seria.

—A nosotras, a... —se puso de pie, algo nerviosa—. Lucía, vayámonos ahora... Deja el caso y ven conmigo a la capital o adonde sea que quieras, pero que sea lejos de aquí. Tengo muchos contactos por mi trabajo en distintos lugares, podemos irnos a otro país si te place y comenzar desde cero, juntas...

Ver aquella carita afligida y aquellos ojos que adoraba llenos de lágrimas, resultaba insoportable para Lucía; pero aún lo resultaba más, aquella petición que sonaba a súplica...

Lucía también se puso de pie. —Amor... —le acarició una mejilla y su mano se deslizó luego hacia uno de los mechones de cabello, con el cual jugó suavemente— no puedo irme ahora, tengo asuntos que me atan a este sitio por menos que me guste y por más que quiera por encima de todo estar contigo.

—¿Acaso no es suficiente lo que tenemos para alejarte de todo eso? ¿Acaso no vale más lo que sentimos y poder estar juntas para siempre lejos de aquí y de toda esta basura?

—No digas eso, cielo... por supuesto que tú eres lo más importante para mí —le tomó el rostro entre ambas manos, viéndola a los ojos—. Ey, Mariana... necesito que comprendas, tesoro. Alguien ha querido deshacerse de mí y hasta no esclarecer ese asunto también, no puedo simplemente salir corriendo; porque puedo ponerte en riesgo. Necesito resolver todo esto, necesito sentir que estaremos en paz.

—La paz para las dos será posible sólo si nos vamos ahora, Lucía... por favor...

—Hablas como si... como si tuviéramos que escapar de alguien, de algo.

Y tal vez así lo era; pero cómo explicarle al amor de su vida que debían escapar de ellas mismas, de lo que eran en aquel lugar...

—Tengo miedo... siento que si nos separamos... —el llanto la hizo callar y se limitó a bajar la cabeza, apoyándola en el hombro de la comisaria mientras se abrazaba a ella llena de necesidad.

—Será por muy poco tiempo, te lo prometo, hermosa —la promesa la selló con un beso a través del cual se mezclaron las lágrimas de ambas.

Capítulo 20

El atentado frente a la comisaría, había tomado protagonismo frente a la prensa, comenzando a hablarse más del tema que de los asesinatos en serie; sin embargo, para las autoridades ambas cosas se llevaban a la par, existiendo la posibilidad de que se tratase de un mismo culpable... aunque para Lucía esa teoría resultaba desacertada y aunque no pudiera señalar a nadie sin pruebas.

Un par de días después que explotara su vehículo, aún no encontraban al par de sujetos sospechosos que ella misma describió; a los cuales vio rondando el jeep misteriosamente un par de horas antes del fatídico suceso. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Para más trabas, la revisión de las cámaras de seguridad frente a la estación tampoco sirvió de mucho; se observó el momento en que los desconocidos cruzaron la calle en dirección al vehículo y luego existía un vacío, como si la grabación hubiera sido pausada hasta el momento en que se vio salir a la comisaria e intercambiar unas palabras con ellos...

—¡No puede ser! ¡Maldita sea! —Lucía golpeó la mesa donde uno de los técnicos revisaba la grabación—. Estoy segura que ellos fueron; pero a los malditos se los tragó la tierra.

—Teniente, es imposible recuperar la secuencia faltante... alguien saboté el sistema —dijo el técnico, presionando teclas sucesivamente.

—¿Quién puede hacerlo y desde dónde?

—Bueno, no cualquier persona podría, aunque tuviera conocimientos informáticos, nuestro sistema de seguridad es fuerte...

—¡Evidentemente, no tanto!

—Un hacker, comisaria, sólo un hacker con el equipamiento necesario puede acceder a nuestros circuitos sin dejar rastro; me resulta imposible rastrearlo... y hacerlo, pudo hacerlo desde cualquier lugar, hoy en día no hay nada imposible si tienes los conocimientos necesarios y un buen equipo.

—¿No existe la más mínima posibilidad de conocer quién nos saboté y desde dónde?

El joven se rascó la cabeza, y quedó viendo la pantalla, pensativo por un par de segundos; luego se giró hacia Lucía como si de repente hubiera sido iluminado.

—¡Tal vez! Tengo amigos... quizás alguno de ellos podrá ayudarnos con información... son famosos en el medio quienes hacen ese tipo de trabajos; no cualquiera es capaz de acceder a los archivos de la policía.

—¡Perfecto! Contáctalos, averigua lo que puedas y mantenme al tanto, ¿ok? —le dio una palmadita en el hombro y caminó hacia la puerta.

—Correcto, teniente.

EL VELO ROSA

Y mientras Lucía buscaba las pruebas que estaba segura la llevarían al segundo objetivo en su mira, para otros, el objetivo era ella.

—Quiero conocer su rutina como si fuera la mía misma, ¿qué me tienes? —preguntó Montana a un sujeto que no parecía del pueblo, mientras entrelazaba los dedos encima de su

escritorio.

—Por ahora, nada, señor. Desde ayer que sigo a Montes, sólo me da la impresión que lleva una vida común, lo normal para cualquier policía. Salió temprano en la mañana a la estación, de ahí al archivo, a mediodía regresó nuevamente a la estación y de ahí no salió hasta la noche; mucho después que el resto del personal se marchara... esta mañana ha hecho lo mismo de ayer a esa hora; y permanecía en la comisaría hasta que salí para acá.

—¿No es posible que no tenga nada sucio! Todos los policías lo tienen.

—Pues en el corto tiempo que llevo siguiéndola, no hay nada fuera de lo común. Igual es muy pronto, esperemos que hoy haya más suerte; yo sigo sus instrucciones, no le pierdo la pista hasta que la veo cruzar la reja de la propiedad y meterse a la casa.

Un pequeño detalle pareció llamar la atención de Montana.

—¿Reja?

—Sí... la reja que protege la propiedad.

—Espera, la comisaria vive en un condominio que conozco, no tiene rejas; y ella vive en el tercer piso...

—Pues... me temo que no es ese el domicilio donde pasó la noche y sé que no fue ahí de visita; tenía llaves y la vi a través de una de las ventanas, desde donde yo estaba, por algún tiempo después —tomó su celular, lo abrió y lo colocó sobre la mesa, frente a Harry—. He hecho algunas fotos, tal vez reconozca el sitio...

La cara del vicepresidente de Construcciones Montana palideció de repente, ¿cómo era posible que todo el tiempo estuvo frente a sus ojos y no se había dado cuenta! Podría tratarse de mera casualidad; pero la vida le había mostrado que para personas como él, las casualidades no existen; todo está planeado y todo tiene su causa.

—No puede ser...

—¿Algo que deba saber, señor? —preguntó el sujeto, guardando el móvil en su bolsillo nuevamente.

—¿Pudiste ver si vive alguien más en esta casa?

—Por un momento pude ver a otra mujer, aunque no claramente, señor.

Ahora la cara de Montana estaba roja y no pálida. —¿La mujer que vivía ahí murió hace algún tiempo! Hasta donde yo tenía entendido, la propiedad permanecía cerrada.

—Pues, hoy trataré de conseguir más fotos; pero estoy seguro que había otra mujer joven ahí...

El magnate sacó un sobre amarillo de uno de los cajones del escritorio y lo colocó frente al sujeto.

—Buen trabajo, Ray... quiero que regreses adonde esté esa perra de la comisaria ahora y no le pierdas pie ni pisada; y lo más importante... quiero saber quién es la otra mujer que viste con ella en esa casa.

—Delo por hecho, patrón. Con permiso —dijo el hombre y se retiró de la oficina, mientras Montana se puso de pie aceleradamente para ir a servirse un trago.

Capítulo 21

*D*icen que quien busca la verdad, corre el riesgo de encontrarla. Harry Montana permaneció hasta muy tarde en sus oficinas de la constructora, aguardando su secuaz, que debía presentarse con noticias frescas esa noche sobre la comisaria y su acompañante en aquella casa que había reconocido de inmediato como una bofetada del pasado.

Ray Gutiérrez le envió unos archivos por e-mail mucho antes de medianoche, luego de haber seguido a la comisaria acompañada por la otra chica hasta un restaurant; y luego de regreso a la casa. Antes de abrir aquel adjunto, bebió el último trago de la botella que lo había acompañado desde el oscurecer. Su corazón latía despacio, aguardando el descubrimiento que ya presentía y que ratificó en cuanto sus ojos se posaron en aquellas fotos... era *ella*; como un fantasma del pasado, como un candil que amenazaba con poner al descubierto su lado oscuro, o con quemarlo todo de una vez.

El pasar de los años la había cambiado mucho; mas continuaba siendo hermosa y, aun cuando las fotos no contaban con la calidad que les hubiera dado un mejor plano, se podía vislumbrar la autenticidad de su sonrisa, se veía feliz... a pesar de todo. Siempre fue un hombre acostumbrado a tener todo cuanto se le antojara y que no se hubiera podido con ella en aquel entonces, hizo que se abriera su caja de Pandora, para no poder cerrarse nunca más.

La chica a la que le habían roto la vida hacía dieciocho años atrás estaba de vuelta y con ello, se tambaleaba su mundo; la vida que tanto esfuerzo y dinero le habían costado a él recuperar. Antes hizo cosas innombrables por alejarla para siempre, ahora que finalmente había llegado a la cima, no iba a permitir que su regreso lo perjudicara; pero sobre todo, no estaba dispuesto a acabar como sus cuatro amigos a quienes les llegó primero la factura de aquella vieja deuda.

Lanzó la botella vacía al suelo de un manotazo y se puso de pie, agarró su saco y se encaminó hacia la puerta.

EL VELO ROSA

En la mañana, cuando Lucía despertó, abrió los ojos de golpe algo sobresaltada luego de palpar a su lado y notar que estaba sola. Sin tener una clara explicación del motivo que la impulsó, corrió descalza fuera de la habitación y suspiró al ver la mujer que amaba terminando de prepararle un café.

—Buenos días, comisaria —dijo Mariana y se acercó a ella con la tasa humeante entre las manos.

—Despertaste muy temprano, cielo —respondió Lucía y posó un beso en sus labios, luego sonrió y tomó la tasa de café para ir a sentarse a la mesa.

—Escuché vibrar el móvil a primera hora...

—¿Sucede algo? —ahí estaba de nuevo, aquel temor extraño que embargaba a Montes desde las últimas conversaciones serias que habían sostenido ambas.

—Trabajo... viajaré a la capital otra vez, viajo dentro de un rato —respondió Mariana, sin verla a la cara, mientras simulaba revisar su correo electrónico.

—Ey... ¿todo bien?

—Sí, sí, cariño —volvió a sonreírle y fue por sus labios—. Hay que cerrar un trato importante con un posible socio, mi jefe me necesita.

—Y, ¿cuánto deberé extrañarte esta vez?

—Mm... aún no lo sé, cielo —una respuesta que no decía nada, sólo lograba dejar a Lucía más triste que al saber que se iba; y Mariana lo percibió de inmediato al ver su cara—. Ey... ¿sucede algo? No me está gustando esa carita, a ver, dime ya, ¿qué es?

Lucía suspiró y se esforzó por sonreír. —No es nada, bueno, es que... no sé por qué, después de las cosas que han sucedido en estos últimos días siento que algo no anda bien. Tu insistencia para que nos marchemos de Mantovía, tus cosas empacadas por toda la casa... y esta sensación extraña de que todo lo que hacemos últimamente me sabe a despedida... no lo sé —no dijo más y no hizo falta; Mariana comprendió de inmediato lo que estaba sucediendo, lo mismo que le sucedía a ella: sentir que como todo lo bonito, aquello que tenían no era para ella y más temprano que tarde lo iba a perder.

Escuchar sus propios temores en la voz de quien amaba y por quien había estado a punto de renunciar a lo que le había dado sentido a su existencia por más de la mitad de su vida, le provocó un nudo en la garganta que supo disimular de inmediato.

—No pienses esas cosas, no me gustan —fue y se sentó en sus piernas, para luego darle un beso de esos que saben a necesidad y buscan ser eternos—. Es cierto que... —la miró a los ojos— todo esto del peligro al que te expones no me gusta, ni tu trabajo aquí, ni la inseguridad de este sitio; pero nada de eso, Lucía, nada, podría separarme de ti... creo que sólo tú podrías hacerlo.

—Jamás sucedería.

Mariana la miró por unos segundos a los ojos y sonrió, indescifrable, luego se puso de pie y fue por un vaso de agua.

—Anda... no quiero retrasarte para el trabajo, yo termino de arreglarme y recoger lo que necesito para mi viaje.

EL VELO ROSA

Harry Montana acababa de llegar a su oficina, luego de un insomnio que había dejado evidentes huellas en su rostro y en su carácter esa mañana. No hacía más que darle vueltas en su cabeza a su más reciente descubrimiento y al paso que debería dar, para erradicar de una vez y por todas cualquier amenaza. No iba a permitir que el pasado lo alcanzara, que la vida le pasara facturas pendientes; no iba a perder su posición y su poder por “una travesura de juventud”, como le había dicho su padre a los oficiales que se presentaron en su casa aquella noche, dieciocho años atrás...

Estaba demasiado inmerso en sus cavilaciones, tanto que le pidió a su secretaria que no le pasara llamadas ni visitas, así como no respondió llamadas a su celular, hasta que una en particular llamó su atención; número privado...

—Oigo...

—*Has ido demasiado lejos esta vez, tu cuenta conmigo se agranda, Montana.*

La reconoció de inmediato y su semblante se endureció al instante en que la escuchó.

—¡Sí que tienes agallas, perra! ¿A qué has vuelto, ah? ¿En serio crees que podrás conmigo, infeliz?

—*No te preocupes, estoy por irme... luego de asegurarme que acompañarás a los miserables de tus amigos al infierno y no le harás daño a nadie más* —respondió la chica del otro lado de la línea.

—¡Cómo no me di cuenta antes! Tú estabas detrás de todo... con esa otra perra de Montes, por eso me buscó, por eso escarbó en ese asunto de hace tantos años, fingiendo no conocerte —se rio, sonando algo desquiciado—. ¡Sólo lamento que no haya subido a su auto antes que explotara! Pero ya me encargaré...

—*No voy a permitir que le hagas daño, enfermo; ¡no voy a permitir que acabes con otra vida más por lastimarme!*

—¿Y qué piensas hacer, ah?... entrégate, perra; entrégate y tal vez considere no enviar a tu noviecita a hacerle una visita a tus abuelos.

Hubo un silencio momentáneo, hasta que ella respiró lentamente y respondió:

—*Tú y yo, a solas... es momento de vernos las caras frente a frente de una vez y acabar con todo esto, te enviaré la hora y la dirección del sitio en donde te estaré esperando.*

—¡No veo la hora!

—*Vendrás solo, Montana... porque si me huelo que me pones una trampa, no tendrás la más mínima posibilidad siquiera de rogar por tu vida.*

Capítulo 22

Sus ojos se espernancaron cuando vio el nombre de Javier De la Torre encabezando la lista del viejo file, la carátula estaba dañada por las polillas y la humedad; pero no cabía duda alguna, era el expediente que estaba buscando. Debajo del nombre de Javier, podía leer claramente el apellido Montana, lo demás estaba ilegible. Hojeó rápidamente su interior sin detenerse a leer nada, sólo para constatar el estado de los documentos y toda emocionada salió con él bajo el brazo, ante la mirada curiosa de Ramiro.

—¿Alguna novedad, jefa?

—¡Lo que estaba buscando! —respondió Lucía sobre la marcha mientras caminaba a la salida.

—Oiga, pero, ¿no me deje con la curiosidad!

—En otro momento, Ramiro, ¡gracias por todo! —le gritó ella desde la calle mientras abría la puerta del auto.

Estaba a punto de develar de una vez aquel asunto turbio que unía a las víctimas de los asesinatos y a Harry Montana; a punto de descubrir el nombre de la persona que podría estar detrás de aquellas muertes...

EL VELO ROSA

No veía la hora de revisar aquella vieja carpeta con la cual entró debajo de su brazo a su oficina, ganándose las miradas curiosas de sus compañeros por la irrupción intempestiva en la comisaría. Una vez detrás de su escritorio, se abrió el maltratado file.

En la primera hoja, se repetían los nombres que ya conocía y contra los cuales pesaba una denuncia por violación, más abajo...

—No puede ser... —sus ojos no daban crédito a lo que veían—. Esto tiene que ser un error... no, ella no... —sintiendo un nudo en la garganta, se enjugó las lágrimas que estaban a punto de escapar de sus párpados.

“*Denunciante: Mariana Contreras Belmonte*”, no conseguía créelo aún, por más que lo tuviera en frente. Se sintió estúpida, burlada, engañada; y a su mente llegaron los recuerdos de cada vez que ella dijo no conocer a ninguno de ellos cuando le preguntó.

¿Cómo había caído tan fácilmente en su engaño?... no dejaba de teorizar acerca de los verdaderos motivos que la llevaron a acercarse a ella, de su salida repentina justo antes de que apareciera la cuarta víctima, de su insistencia porque abandonara el caso de una vez y salieran de Mantovía; sabía que tarde o temprano lo descubriría todo.

Continuó hojeando y leyó la declaración de la víctima... a cierto punto, tuvo que detenerse, incapaz de continuar imaginando cada horror que ahí se narraba. Recomenzó la lectura después de un profundo respiro, cuestionándose por qué no aparecía la revisión médica efectuada en estos casos, aún cuando leyó inicialmente que se practicó; era evidente que “alguien” la había hecho desaparecer del expediente. Halló también los exámenes de consumo de sustancias inhibitoras de la capacidad de los inculpadados, los cuales dejaban por sentado que ninguno de los cinco estaba bajo los efectos de ninguna de ellas.

Era tan joven en aquel entonces... una chica más de las tantas que sufren en silencio, los traumas dejados por salvajes a quienes se les olvida que son humanos. Diecisiete años tenía Mariana cuando le marcaron la vida para siempre, cuando propiciaron que se convirtiera en la persona que era ahora; en la misma persona de la cual ella se había enamorado perdidamente, sin saber que era la misma persona que la había tenido trabajando de forma incesante tras pistas inexistentes... hasta ahora.

Su mente era un caos y no lograba pensar con claridad, lo único que sabía, era que su trabajo era atrapar a quienes cometían un crimen y el asesinato era uno de los peores. Por otra parte, y aunque hubieran pasado muchos años, estaba segura que Montana era culpable de lo que se le acusó en aquel entonces, sin embargo, su deber era actuar consecuente a su función al frente de la policía de Mantovía. ¡Ella era la comisaria del maldito pueblo!

A pesar del shock emocional que estaba sufriendo en ese momento, una idea clara le vino a la mente: Mariana había vuelto a “viajar por trabajo”; y eso sólo podría significar una cosa, lo presentía... atacaría de nuevo, una última vez.

Tomó sus cosas nuevamente y salió con la misma velocidad con que entró, hallando a Luján en el camino:

—¿Sucede algo, jefa? ¿Alguna pista nueva de alguno de los casos?

—N-no, aún no lo sé —contestó sobre la marcha—; pero estén atentos, es probable que pida refuerzos.

EL VELO ROSA

Mariana sabía que tenía poco tiempo, su sexto sentido se activó desde que recibió aquel mensaje tras las múltiples llamadas de Lucía que no contestó: *«Dime dónde estás, ya lo sé todo. No hagas nada que empeore la situación, saldré a buscarte»*.

Miró el reloj con impaciencia, ya iniciaba a oscurecer; pronto todo acabaría. Se apostó junto a la ventana de aquel cuarto de motel al cual había citado a Harry, nerviosa e impaciente... finalmente, luego de tantos años; podría dar por concluida su venganza. Su mente viajó al pasado y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, las cuales se apresuró a secar con furia, alentando con su gesto el odio que la sostuvo por tanto tiempo y que le dio fortaleza para hacer la justicia que le negaron, cuando con diecisiete años, la obligaron a conocer el infierno...

(Mantovía, 2006)

—Nombre y apellidos —solicitó el sujeto con cara de pocos amigos mientras tecleaba torpemente en una vieja computadora.

—M-Mariana... Contreras Belmonte —respondió la jovencita, sintiendo el agarre de su abuela en su hombro, inseparable en esos momentos.

Facilitó también los datos de su domicilio y la edad, hasta que finalmente el oficial se dignó a quitar por un instante los ojos de la pantalla para verla a ella.

—Muy bien, ahora dígame con detalles, ¿qué fue lo que sucedió?

Mariana miró por un momento a su abuela, de pie junto a ella, con la mirada cansada, como cansado su cuerpo y ni aún así, la dejó sola un instante. La señora mayor le asintió y ella comenzó a contar el horror que había vivido, mas, sin embargo, al parecer para el agente era necesario mucho más que su palabra y su aspecto devastado...

—¿Y por qué fue usted a ese lugar en la noche? —preguntó, mirándola por encima de los lentes.

—Le dije antes; fueron muchos chicos del colegio... era una fiesta.

—Donde de seguro bebió, siendo menor de edad —continuó el sujeto.

—Todos lo hicieron, yo... tal vez algún trago; pero muy poco.

El oficial sonrió y sacudió la cabeza. —¿No pensaste que algo así podría suceder?

¿Cómo podría preguntar aquello? ¿Cómo iba ella a imaginar que esas cinco bestias querrían violarla y se saldrían con la suya?

—¿Qué está diciendo? —preguntó en tono exaltado la abuela.

—Calma, señora; sólo digo que... esos cinco jóvenes a los que acusan de algo tan grave, tienen toda una vida por delante, una carrera universitaria a las puertas, sus familias son intachables. Cuesta siquiera pensar que...

—¡Y mi nieta, qué! —la señora se alteró más—. ¿Qué, acaso no merece su atención porque no tenemos la misma situación económica que ellos?

—Cuide sus palabras, señora, recuerde dónde están.

—Donde evidentemente no harán nada por ayudarnos —dijo Mariana y se puso de pie, tomando a su abuela de una mano.

—Dentro de poco traerán los resultados del doctor y ya veremos, tienen que entender que nos regimos por pruebas...

Mariana sonrió, a pesar de sentir al hacerlo, un dolor terrible en su labio hinchado. Entendió en ese preciso momento, que si verla en aquel estado en que se había presentado, no valía lo suficiente para ir a arrestar a los malnacidos que la habían puesto así; ninguna otra prueba lo conseguiría; mucho menos ninguna que pudiera ser cambiada por dinero...

Su mente regresó al presente al escuchar el ruido de un auto y su corazón se disparó en su pecho cuando lo vio en el estacionamiento; Harry Montana... el que inició la pesadilla de su vida y quien debía pagar por ello de una buena vez.

Capítulo 23

Lucía condujo a casa de Mariana, al llegar comenzó a revisarlo todo como una loca. Debía hallar algo, cualquier cosa que le sirviera para ubicarla en esos momentos. Sabía que lo correcto sería informar lo que había descubierto y activar su búsqueda; pero no podía, aún no, necesitaba ser ella quien la encontrara antes, necesitaba encararla.

Revisó algunas gavetas sin encontrar nada. Prácticamente todo estaba empacado, así que comenzó a abrir cajas al azar desesperadamente. Lo que halló en una de ellas la dejó atónita: dos pelucas, una rubia y otra roja; además de algunos frascos que estaba segura, era la sustancia que se había hallado en los cuerpos de las víctimas anteriores.

Se dejó caer vencida en un rincón, apretando con fuerza una de las pelucas y sintiendo cómo el mundo se derrumbaba sobre su cabeza. Tantos sueños que tenía para el futuro, tantos planes en los que Mariana era la protagonista y ahora estaba ahí; enjugando lágrimas sobre el montón de escombros en que se había convertido todo eso.

Se alzó del suelo y se llevó las manos a la cabeza, mientras continuaba a barrer el lugar con la vista; debía hallar una pista que le indicara dónde podría estar en esos momentos y rezar, rezar por llegar antes de que cometiera otra locura. Recordó de repente que había sido ella misma quien llamó el taxi que vino por Mariana en la mañana; esa podría ser una pista, si lograba dar con el taxista y este le decía dónde se había bajado, podría tener la suerte de encontrarla, así que tomó su celular; pero justo cuando iba a marcar, otra llamada entró...

EL VELO ROSA

Volver a estar frente a él, era un trago amargo pero necesario, como lo fue con cada uno de los desgraciados con quienes ya había ajustado cuentas. Sólo quedaba él... el peor de todos; tal vez por eso lo había dejado para el final de su venganza. Fue Harry Montana quien inició aquella pesadilla de la cual no lograba librarse a pesar de haber transcurrido tantos años. Volver a verlo frente a ella, revivió en su memoria cada detalle de aquella horrible noche.

—No sé lo que pretendas; pero tienes que reconocer, que citarme a solas... ha sido lo más estúpido que has hecho —dijo el magnate, de pie al centro de la habitación, con aquella mirada asquerosa sobre ella y aquella sonrisa tan repugnante como todo él.

Mariana dio un paso atrás, tragando saliva, desviando por un segundo la vista hacia el reloj que se hallaba en la pared e intentando disimular su nerviosismo... se dio cuenta entonces que nunca estuvo preparada para ese momento; pero ya estaba ahí y todo estaba a punto de acabar.

—Espero que hayas venido solo, sin encerronas...

—¿Crees que necesito compañía para lidiar con una mujer como tú? —los ojos de él brillaban, según avanzaba lentamente.

—Curioso... teniendo en cuenta que tú y tus amigos, todos juntos, abusaron de mí, desgraciado —en sus palabras iba todo el desprecio, el odio y la repulsión que sentía por él.

—¿De qué se trata esta payasada, ah? Dilo de una vez, porque no tengo mucha paciencia —de repente sacó un arma que apuntó hacia ella mientras sonreía—. ¿Creíste que podrías conmigo, conejita?... Yo no soy ninguno de ellos...

—Lo sé, eres el peor de todos —respondió y se movió de lugar al verlo moverse a él, buscando distancia entre ambos.

—No voy a perder todo por tus estúpidas historias de infancia... —quitó el seguro a su arma— uno de los dos se muere esta noche; y creo que ambos sabemos ahora quién será... eres bien estúpida como para creer que podrías tenderme una trampa en este apartado sitio, después de todo... me has hecho un favor.

—Si disparas aquí... —dijo ella y alzó las manos.

—No soy idiota; por eso tú y yo, vamos a dar un paseo ahora, ¡fuera! —señaló hacia la puerta.

Mariana dio una ojeada a sus cosas que se hallaban sobre una mesita, incluido su celular; luego avanzó lentamente, dejando todo donde estaba.

—No sabes cuánto disfruté las últimas expresiones de tus amigos... —ahora fue ella quien sonrió, mientras atravesaba la puerta hacia el pasillo libre que quedaba frente a las habitaciones de aquel motel de mala muerte—. ¿Quieres saber cómo lo hice? ¿Cómo me deshice de ellos?

—¡Camina, perra! —la empujó, obligándola a caminar hacia las escaleras rumbo al estacionamiento—. Supongo que no habrá sido tan divertido, como la que pondrás tú cuando esté terminando contigo.

Mariana miraba a todas partes mientras iniciaba a descender la corta escalinata hacia el estacionamiento al aire libre.

—No podía esperar menos de un enfermo cobarde como tú —finalmente llegaron abajo y él la empujó para que avanzara hacia su auto, que era uno de los pocos que habían estacionados esa noche—. ¡Ten los huevos y dispara de una vez!

—¡No me salgas con estupideces y obedece! El auto negro, sube a él.

—Eres un maldito cobarde, siempre lo has sido, al igual que esos idiotas... ¡merecían morir tanto como lo mereces tú! —continuaba a provocarlo ella.

—No me provoques, mujer... no servirá de nada, te voy a disparar, sí; pero me voy a asegurar de que tu muerte no represente ningún peligro para mí.

Al llegar junto al automóvil, Mariana se giró, aún con las manos en alto; y sonrió al ver algo que Montana ignoraba.

—¿De qué rayos te ríes, maldita zorra?

—¿Sabes que toda esa reputación que has cuidado hasta ahora y por la que deseas callarme para siempre, está a punto de rodar por el lodo?

—¿De qué rayos hablas?

—Arriba, en la habitación... en mi celular, quedó grabada toda nuestra conversación —soltó una carcajada al ver su expresión y bajó los brazos—. Eres un estúpido idiota, Montana... ¿creíste que podrías salir limpio después de todo?

—¡Maldita perra!

—Yo sabía, desde que comencé mi venganza, que todo era un riesgo... así como citarte aquí esta noche; pero, ¿sabes qué?... puedes halar de ese gatillo si tienes los huevos que hacen falta; si me toca morir, me voy sabiendo que todo el mundo va a enterarse de que no eres más que una rata de cuello y corbata... ¡ese será tu peor castigo, perder todo!

—Eso no sucederá —dijo él entre dientes, conteniendo su rabia—. Ni modo... acabaré

contigo y luego iré por la dichosa grabación —apuntó bien hacia ella, que se hallaba a un par de metros de distancia...

—¡Suelta el arma, Montana! —escucharon gritar a Lucía mientras emergía de la oscuridad.

—¡Malditas perras, me tendieron una trampa! —vociferó él e intentó voltearse y disparar hacia la comisaria que también lo tenía en la mira; pero sólo un disparo alcanzó a escucharse...

Cuando el cuerpo del magnate se desplomó, la expresión en su última mirada era una mezcla de rabia y sorpresa. Lucía corrió hacia él, para cerciorarse de que ya no representaba una amenaza; constatando que estaba muerto. Luego se giró hacia donde antes estaba Mariana... sin hallarla.

EL VELO ROSA

Las sirenas de la policía se escuchaban acercándose; y mientras abajo había curiosos y el alboroto por el cadáver en el estacionamiento, Lucía subió a la habitación en donde se hallaban las cosas de Mariana; aquella donde ella misma le había dicho que estaba en la última llamada que le hizo.

En efecto, su celular se hallaba sobre una mesita, aun grabando. Detuvo la grabación y lo metió a su bolsillo; luego revisó su bolsa, sin hallar ningún tipo de identificación; pero sí un sobre con una carta dirigida a ella que se apresuró a leer antes de que llegaran sus compañeros:

“Lucía:

(Nunca te dije lo mucho que me gusta tu nombre, comisaria).

Si estás leyendo esta nota, es porque todo ha salido bien, yo estaré camino a algún lugar muy lejos de aquí, o muerta; pero el último de mis demonios ya no podrá atormentarme más. Lo siento mucho... siento que hallamos coincidido en este tiempo y espacio, en donde mi alma ya estaba rota.

Quiero que sepas que todo cuanto vivimos, todo cuanto sentimos y tuvimos, ha sido auténtico. A mí también me cambió la visión que tenía de la vida ese velo rosa, que a ti no te dejó ver quién era yo en realidad... Por ti, estuve a punto de abandonarlo todo y marcharme contigo muy lejos; pero la oscuridad de mi pasado ya te había alcanzado; no podía permitir que te envolviera y también me dejara sin ti. Como buena policía, sé que sabrás que ese cabrón ha estado detrás de cada cosa que te ha sucedido en este pueblo, incluido el atentado donde por error, murió ese chico. (En mi celular hallarás algunas grabaciones de un par de llamadas y de esta noche).

Gracias... gracias por lograr que volviera a sentirme viva. Sé que ahora tu corazón está lleno de reproches y quizás, de odio hacia mí; pero confío en que el tiempo ayude a que me perdones y borres todo eso, quedándote sólo con lo bonito.

Mariana Contreras, muere definitivamente hoy. De una forma u otra, ya había muerto, desde hace muchos años; existía sólo en este pueblo y hoy se acaba su tormentosa existencia para siempre.

Te amo más que a todo y te voy a esperar siempre, en esta vida y en todas; porque te he amado cuando no podía ni amarme a mí misma y eso es algo para siempre.

Hasta algún día, mi amor, no importa en qué tiempo ni en qué espacio... sé que volveremos a encontrarnos. Te dejo un beso y mi verdad más grande, la cual espero pese más que todas las mentiras... te amo.

Mariana.”

Guardó la nota luego de apretarla fuerte entre sus manos, con una sensación de opresión en el pecho como la que deja el vacío... porque vacía se sentía. Enjugó un par de lágrimas y abandonó la habitación, ya las patrullas habían llegado y su equipo estaba haciéndose cargo de la situación en el estacionamiento.

Capítulo 24

Al dejar la policía tras su corto servicio en Mantovía, Lucía Montes regresó a la capital y se dedicó al periodismo independiente. Abrió su propio blog personal, siendo todo un éxito desde los primeros meses. Su vida había cambiado por completo. Se había vuelto más solitaria que de costumbre, en cuanto a personas físicas se tratara; porque debido a su nueva vocación, descubrió un amplio mundo social en las redes en el cual muy pronto se hizo reconocida debido a la calidad de su contenido.

Tras el primer año, ya monetizaba lo suficiente como para permitirse viajar en busca de material nuevo y atrayente; independientemente a las comisiones que recibía de numerosas marcas y negocios por un simple artículo redactado por ella. Fue así como apareció su primer viaje a territorio tailandés, a la isla *Koh Samui*, maravillosa y reconocida por sus playas hermosas y sus tantos resorts; siendo la gerente de uno de ellos, quien la había invitado justo al comenzar ese verano.

EL VELO ROSA

Luego de trece horas de vuelo hasta Bangkok; la hora que transcurrió desde ahí hasta la isla paradisíaca no hizo mucha diferencia para ella; estaba exhausta. Esa tarde tenía agendado un pequeño encuentro con alguien de la gerencia del hotel que la había contactado, nada demasiado formal, los pormenores del trabajo que venía a realizar, ya los habían acordado por e-mail; más bien se imaginaba que sería una pequeña y cómoda recepción en una de las hermosas terrazas flotantes que veía en internet. Miró el reloj por un segundo y exhaló aliviada, era poco antes del mediodía; así que tendría cuando menos dos o tres horas para tomar una ducha y reponerse un poco.

Cada detalle de su viaje en taxi del aeropuerto al resort, Lucía se lo disfrutó mucho. El lente de su cámara quería abarcar cada ángulo del hermoso y pintoresco paisaje que la rodeaba, estaba segura de sacar muy buenas fotos del lugar y armar un trabajo fenomenal para iniciar el verano con pie derecho. Durante el trayecto, se cuestionó a sí misma la idea de contratar a alguien una vez que regresara a casa, su trabajo iba en aumento y ya comenzaba a necesitar una mano; al menos con la cámara.

Una vez que finalmente llegó a su destino final, desde que puso un pie en tierra quedó maravillada; había visitado pocos lugares como ese en su vida. Toda una belleza arquitectónica entre lo moderno y lo autóctono le dio la bienvenida, con un maravilloso jardín que tuvo que atravesar hasta ella. Se dirigió directo a la encargada que se hallaba tras un llamativo mostrador.

— *welcome back to Koh Samui! Good morning miss, how can I help you?* —la recibió muy atenta la mujer.

— *O h, good morning!... I'm the journalist who arrives today for the advertising* —respondió Lucía, sintiendo que debió tomar más en serio sus clases de inglés antes de decidirse a viajar.

— *Oh, yeah!* —la mujer miró algo en el tablet que sostenía y luego volvió a sonreírle—
“*Lucía Montes*”, right?

— *Yes, it's me ...*

—Bienvenida nuevamente, señorita —le habló en español tras ver sus datos completos en la pantalla—. La esperábamos. Uno de los muchachos la acompañará a su habitación y luego podrá descansar o dar un paseo por las instalaciones, según prefiera. Me pidieron que le informara que su reunión está fijada para las seis de la tarde, en la terraza del restaurant del oeste —le entregó una especie de pase que Lucía asumió que era parte de su estancia en el lugar, junto a su llave y volvió a sonreírle—. Estaremos encantados de servirle, cualquier inquietud, comuníquese con recepción y de inmediato solucionaremos lo que sea —hizo señas con una mano y de inmediato apareció un chico joven que se mostró muy atento, agarrando la maleta de inmediato—; puede ir con Arun, la guiará a su suite.

—Muchas gracias —respondió Lucía, sintiéndose verdaderamente cómoda con el estupendo trato.

EL VELO ROSA

Una vez instalada en la lujosa suite que le fue asignada, sintió que ese sería el trabajo menos complejo que tendría que redactar en su vida; maravillas de qué hablar, había por doquier. Luego de beber algo refrescante y analcohólico de la gran variedad de bebidas que halló en la nevera, se dispuso a relajarse en el jacuzzi. Cerró los ojos y se concentró en la agradable sensación que provocaba en su piel el agua tibia; dando paso a aquellas reflexiones en que caía siempre que se hallaba a solas...

Hacía casi dos años que había abandonado su carrera en la policía; y dos años que su vida amorosa estaba “clausurada”, había restringido el acceso a su corazón. Tal vez fue la manera que halló de superar el hecho de haberse arriesgado a amar con todo, una vez... y que saliera mal. Si alguien las hubiera conocido como pareja y le preguntara ahora, cómo estaba, ella contestaría que muy bien, que lo había superado desde hacía mucho y que su vida ahora era otra, completamente distinta y con tantas otras cosas en qué pensar... por suerte esa persona que podría preguntarle, no existía; porque no sabría cómo responder todas aquellas sandeces juntas. Mariana había dejado huellas que ni el tiempo pudo borrar hasta el momento; y no era que pensara tanto en ella... era que ella nunca había salido de su cabeza, mucho menos de su corazón...

Abrió los ojos de golpe al escuchar, en medio de su ensueño, el teléfono de la habitación sonar. No sabía cuánto tiempo llevaba metida en el jacuzzi, su cansancio del largo viaje y la profundidad de su meditación provocaron que a cierto punto se quedara dormida. Se alzó y se colocó la toalla para luego atender la llamada:

—¿Sí?

—Señorita Montes, le habla Jai, nos conocimos antes en la recepción —Lucía reconoció de inmediato la voz de la amable mujer que le había dado la bienvenida—. *Llamo de parte de la administración, le solicitamos disculpas por adelantado; es sobre el encuentro de esta tarde, hay una leve modificación.*

—Oh, la escucho.

—*La gerencia del hotel le invita esta noche a una cena, mismo lugar, sólo cambio de horario; pospuesto para las ocho.*

Lucía sintió alivio, pues tendría más tiempo libre para darse una caminata por el sitio y hacer algunas fotos; tenía obsesión por adelantar trabajo.

—Por mí no hay ningún problema, ahí estaré. Muchas gracias por llamar.

—*Nada que agradecer, en La perla de Koh Samui estamos para servirle, que tenga una buena tarde.*

EL VELO ROSA

Cuando arribó esa noche al lugar del encuentro con su contratista, quedó maravillada. El lugar estaba sobre el mar, se accedía a través de rústicas aceras de madera, asentadas sobre gruesos pilotes fijos al fondo marino. La enorme terraza donde estaba el bar, tenía una parte techada y otra no, a diferencia del restaurant, que era un local un poco más cerrado, aunque con amplios ventanales de vidrio que esa noche, permanecían abiertos. A Lucía le maravillaba el suelo de cristal, a través del cual se podía observar con claridad el agua y algún que otro pez; gracias a las luces fijadas a los maderos que lo sostenían. Llegó y fue directo a la barra en busca de alguna información.

—Buenas noches —saludó al joven que preparaba tragos—. Tengo una cena esta noche con personal de la gerencia, no sé si...

—¡Buenas noches! —la saludó él, deteniendo lo que hacía por un momento—. Bienvenida, una de las chicas la guiará a su mesa; la señorita Hill ya la espera —dijo y le hizo señas a una de las meseras que acudió de inmediato para acompañarla a la mesa.

—Muchas gracias.

Lucía siguió a la joven por la amplia terraza al aire libre hasta el final, en donde se hallaba una mesa algo apartada ocupada por una mujer de cabello largo, sentada de espaldas a ellas y aparentemente contemplando el océano. La mesera se retiró de inmediato y ella se sobreencogió un poco, se esperaba otro tipo de recepción y tal vez con más personas; pero al parecer, la cena sería solamente con Melanie Hill, con quien había tratado por e-mail y concertado el contrato que la trajo a la isla.

—Buenas noches —dijo Lucía bordeando la mesa—, soy... —la voz se le perdió cuando sus ojos encontraron aquellos otros que brillaron en cuanto la tuvieron en frente.

—Lucía... —sonrió tras pronunciar su nombre— por favor, siéntate.

¿Cómo iba a pensar siquiera en encontrarla justo en aquel lugar? Tan lejos de donde se conocieron, tan lejos del pasado que compartieron juntas...

—¿Tú... Melanie Hill?... —no sabía qué decir, cómo actuar; se sentó mientras su corazón latía aceleradamente.

A quien antes conoció como Mariana, y quien le había dado un sacudión a su vida dos años atrás, estaba ahora frente a ella; compartiendo la misma mesa y más hermosa de cuanto la recordaba.

—Te dije que nos volveríamos a encontrar, ¿recuerdas? —preguntó ella y bebió sin respiro el contenido de su copa—. ¿Cómo has estado?

—Bien —mintió, pasando por alto todo lo que vivió después de lo sucedido—... dejé la policía y...

—Lo sé —le sonrió, de la misma forma en que Lucía la recordaba vívidamente cada día—. Yo... nunca he dejado de saber de ti —volvió a sonreír al ver su reacción—. Te hallé en internet desde que comenzaste el blog... gracias a eso, hallé la forma de volver a encontrarnos lejos de...

del pasado.

—Jamás lo hubiera imaginado,

—Jamás hubiera desistido de que llegara este momento —contestó con prontitud Melanie y ambas quedaron mirándose a los ojos, tal como antes, hasta que intentó continuar la conversación—. Las redes me han dejado saber de ti; pero asumo que no todo...

—No hay mucho más —ahora fue Lucía quien bebió la copa servida de vino que estaba frente a ella.

—¿Un “alguien”, quizás? —preguntó, aguardando la respuesta sin atreverse a mirarla a los ojos para que no se delatara su propio estado de nervios.

—Oh... sólo Shina y yo, estamos juntas desde que cambié de trabajo.

Melanie Hill, por lo general hubiera sonreído e intentado mostrarse indiferente; pero la Mariana de antes estaba en aquella mesa y sintió una extraña sensación al escuchar otro nombre.

—Ah... “Shina” —sonrió, aunque no con la mirada, esa estaba indescifrable—. Debiste... traerla, este sitio es maravilloso —volvió a beber.

—Lo hice. En realidad, somos inseparables; viaja conmigo a donde sea.

—Me alegro mucho, que hayas encontrado alguien que...

—Es mi videocámara.

A Lucía le divirtió la expresión de alivio que notó en ella, y su corazón latió de prisa; dándose cuenta que no habían fantasmas del pasado, no habían reproches dentro de ella sino lo que hubo siempre desde que estaban juntas.

—Cuando me despedí de ti con aquella carta... —hizo una pausa para respirar profundo— no quería hacerte daño, jamás; pero quedarme sí lo hubiera hecho... era necesario el tiempo y la distancia para...

—Ahora lo comprendo.

—¿En verdad?

—Sí, como has dicho; ha sido gracias al tiempo, que cambió mi vida...

—Y... ¿todo ha cambiado, Lucía?

—Todo no... hay cosas que siguen tan o más vivas que en aquel entonces —sus miradas se entrelazaron nuevamente, luego Melanie se puso de pie y le extendió una mano que ella tomó de inmediato, sin dudar. Volver a sentir su tacto, su calor, aquel perfume que juraba seguía siendo el mismo... fue como si el tiempo no hubiera pasado ni las cosas que las separaron tampoco—. Sigo viéndote a través de un velo rosa que ni los momentos más oscuros han hecho que desaparezca.

Se acercaron demasiado sin percatarse cómo lo estaban haciendo, ni de que las manos de ambas ya estaban unas encima de la otra y viceversa.

—Si no te beso ahora me va a estallar algo adentro —susurró Melanie junto a su oído, cerrando los ojos y aspirando el olor de su pelo.

—Si no lo haces pronto, a mí también —respondió Lucía y sus labios entreabiertos recibieron aquellos que tanto había añorado.

No había más que decir, más que esperar; ya habían esperado bastante más de lo que dos personas que se aman deberían esperar, para poder estar juntas. Un cielo perfecto, una noche

perfecta; un lugar maravilloso y el mar a sus pies; fue el escenario más idóneo que hubieran podido imaginar para el deseado reencuentro. El pasado quedó atrás, ya no había demonios entre ambas, ni secretos; sólo la oportunidad que les estaba regalando la vida de recuperar el tiempo y ser feliz, porque para eso necesitaban sólo una de la otra...

La mesera recién se acercaba a recoger la orden de su mesa cuando las vio cruzar por su lado, tomadas de las manos y con prisa, rumbo a la salida de la terraza. Al parecer la reunión, aunque breve, había tenido buen resultado; así le comentó a su compañero de la barra mientras las veían ya atravesando la arena de aquella paradisíaca playa...

FIN

Otras novelas
de
Sra.Sotto



LUNA ROJA

El acercarse de la Luna Roja representa un peligro para Aíra, quien desde su nacimiento se ha visto obligada a escapar de enemigos que pretenden usarla para sus más oscuros propósitos. En su incesante fuga se topará con la hija predilecta del supremo líder de la raza de vampiros, que con su astucia y determinación logrará capturarla para llevarla ante su adorado padre; el supremo líder de la raza de vampiros... pero sus planes se ven afectados cuando, sin darse cuenta, inicia a enamorarse de su prisionera...

Giara y Aíra están predestinadas a estar juntas, y así lo entenderán a través de las difíciles situaciones que deberán enfrentar para conseguirlo. Secretos ocultos y preguntas sin responder tejen una serie de conflictos en medio de los cuales nace el amor, ese amor que las hará ir en contra de todo y de todos por permanecer juntas.



LUNA ROJA II: EL REGRESO DEL MAL

Medio siglo sepultando un pasado tortuoso que parecía imposible que las alcanzara, cuando de repente un día, la vida maravillosa que llevaban se vio sumergida en la oscuridad nuevamente... amenazada de muerte.

Giara y Aíra deberán probarle una vez más al mundo que el sentimiento que las une es más fuerte que cualquier obstáculo, que las mantendrá unidas pese a los intentos por separarlas; y descubrirán que su fuerza radica precisamente en eso: el Amor que unió sus almas cinco décadas atrás bajo la Luna Roja.

Una enemiga muy fuerte que representa un peligro latente para ellas y el universo entero está de vuelta, camuflada en las sombras y jugando sucio en busca del momento oportuno para dar la cara. Adalhisha está de vuelta y quiere lo suyo: recuperar "su cuerpo" y destruir a su peor enemiga para saldar la vieja deuda pendiente.

¿Cómo sortearán la muerte y el regreso del mal?... Lo sabrán solo al momento justo, mientras tanto tendrán que aferrarse a la luz que habita en ellas desde que unieron sus almas por la eternidad, porque esa luz será como ha sido siempre; la única arma en el universo capaz de vencer la oscuridad.



¿CULPABLE?...

SOLO DE AMARTE

Su único objetivo era “Aguilar”, acercarse a ella y ganarse su confianza para descubrir dónde escondía el botín del robo... o al menos eso creía; hasta que su corazón comenzó a dispararse cada vez que Érica le hablaba, o hacía uno de sus comentarios cargados de doble sentido, logrando ponerla nerviosa. Entre sus planes no estaba enamorarse de su ángel guardián en aquel infierno, pero cuando apagaban las luces... adoraba que la envolviera entre sus alas.

Ella llevaba ocho años de prisión por un crimen que no cometió y la cárcel la llenó de rabia. Era fría y amaba el silencio, hasta que descubrió que adoraba sentir su calor estando en sus brazos y escucharla decir incoherencias en tropel cuando estaba nerviosa. Diana Castro se convirtió en su protagonista en las historias de amor de cada libro que leía, y con ella supo que para que una novela rosa tuviera final feliz; no necesitaba un príncipe azul... bastaba una princesa con el azul en el cabello.



POR AZARES DEL DESTINO

Michell Torino es una mujer que conduce una vida al límite y no tiene escrúpulos cuando se trata de obtener lo que desea; no pide permiso, solo lo toma a las buenas o a las malas... pero detrás de toda esa fachada de mujer fuerte, determinada y con un corazón de hierro, se esconde una chica con un trágico y oscuro pasado, siendo precisamente ese pasado lo que la llevó a convertirse en una de las personas más poderosas y temidas del país. Sin embargo, todo su mundo cambia cuando por azares del destino, se tropieza en su camino con Angie Montenegro; una chica rebelde que no calla lo que piensa, que es osada, no le teme, y es justo ese carácter muy suyo lo que va conquistando poco a poco el corazón de la doña...



EN LA SUITE 510

Muchas veces nos abstraemos de ver lo esencial en la vida por no tomarnos el trabajo de descubrir que más allá de convencionalismos, existen cosas hermosas. El amor... ¿existe algo que haya inspirado con más fuerza? No importa de donde venga ni hacia donde va, cuando es auténtico y correspondido, no hay nada que justifique cerrarle las puertas; sabios aquellos que logran comprenderlo.

Elizabeth y Leyla, se conocen sin máscaras, en medio de un mundo que juega a ponerle barreras que las separen; y aun envueltas en un sinfín de temores y fantasmas, aceptan que su destino es estar juntas. Por encima de prejuicios sexistas, de un pasado tormentoso y diferencias marcadas en un medio social visiblemente clasista, se separan casi a fuerza y; sin embargo, el amor permanece intacto por casi dos años, tiempo que utilizan una para sanar... y la otra para convertirse por amor en la persona que deseaba ofrecer de sí misma.

El inesperado reencuentro no deja lugar a dudas de que eran una para la otra, dos mujeres intensas que se pertenecían desde el día en que se conocieron accidentalmente en la suite 510, y para quienes la vida ya tenía reservado su final feliz.



SOY DE TI

Un reinado déspota y tiránico llega a su fin precisamente el día en que una nueva historia de amor comienza. Dos caminos predestinados a cruzarse coinciden precisamente en medio de una tragedia real: el tirano rey de Zendavia ha muerto, aparentemente a manos de una desconocida cortesana que fungía como asesina a sueldo.

Para nada apreciado, ni por su pueblo ni por la realeza – incluida su propia familia –, Claudio II De Bourne contaba con la enemistad de suficientes personas capaces de ordenar su muerte; sin embargo, la identidad del autor intelectual del magnicidio supone una incógnita.

El trono cae en manos del hermano bastardo, quien pretende suceder a su antecesor también como esposo de su majestad la reina Amaia... solo que no contó con que esta resultaba ser precisamente uno de los corazones de esta historia de amor; y que el otro papel protagónico, ya estaba ocupado por la heredera al liderazgo de la oprimida tribu de hechiceros del bosque: Galia.

Entre entuertos e intrigas se desarrolla toda una madeja de hechos que intentarán separar a las protagonistas a toda costa; mas quien por amor obra y se adhiere a la justicia, siempre encuentra redención y merece su final feliz. Conozcamos pues, las verdaderas caras de los personajes de esta historia...

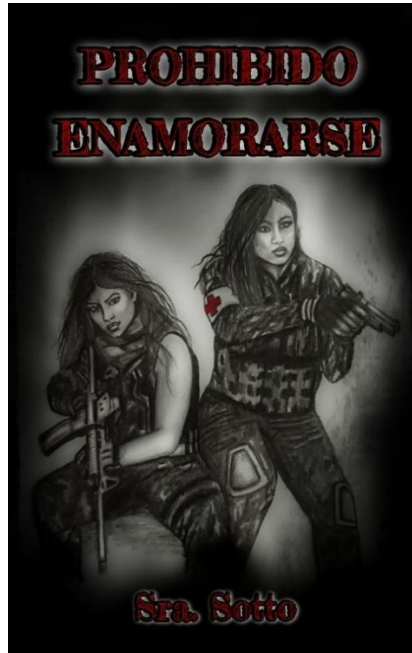


MI DULCE CONDENA

El rostro lúgubre de la guerra sonríe, tiñendo de rojo intenso las tierras de Dragorian y Atridac; dos reinos enemistados a través de los años. Una alianza entre ambos territorios promete ser el bálsamo que sanar  las heridas de la contienda: un matrimonio.

Tras la turbia muerte del hijo primogénito del monarca dragoriano, no queda más alternativa que tomar en cuenta sus últimas palabras; y continuar con la deseada alianza que detendr  el sufrimiento de tantos inocentes... Una boda inusual en su tiempo: dos novias.

Secretos, intrigas, complots, corrupción y venganza. Valerie y Rubí, las princesas obligadas por las circunstancias a atarse en un matrimonio que figura ser un yugo pesado, el cual deberán cargar por el resto de sus vidas; pero el destino da un traspi  a favor del amor y convierte en dulce aquella inicial amarga condena.



PROHIBIDO ENAMORARSE

«Cuando la vida te cambia en un segundo y a partir de entonces, te transforman en la villana del cuento de horror y sangre que otros han creado, cuando pasas de ser la intrépida capitán a cargo de un comando de operaciones especiales, para convertirte en fugitiva y vivir entre las sombras...cuando pierdes la única persona que te queda en la vida, a cuenta de una cacería absurda en tu contra...

Pierdes la fe en el sistema, en lo que fuiste y en todo lo que te hizo portar un uniforme con orgullo; para convertirte en una máquina despiadada que funciona solo con más sangre. Tu vida se centra en la venganza y crees que eso vale toda la pena.

Cuando creí que ya no quedaba nada por perder y solo necesitaba cobrar la deuda que tenía la vida conmigo, aparece ella, mi “Rambo-Girl” y endereza el mundo que llevaba de cabeza sobre mis espaldas, aprieta mis tornillos flojos y engrasa mi corazón con su arte de cirujana infalible. Ella, mi golpe de energía cuando ya nada me importaba; y pasó a importarme tanto... tanto como para convertirse en mi excepción de la regla. Enamorarse estuvo prohibido hasta que la conocí a ella, mi doctora favorita; la mezcla perfecta de ternura y fuerza que necesitaba mi corazón y yo no lo sabía.»

Leia Walker.



LA LUZ DE MI OSCURIDAD

¿Hasta qué punto pueden años de maltrato afectar la psiquis de una persona, al borde de llevarla a atentar contra su propia vida? O al punto de despertar dentro de sí un espíritu guerrero que se levanta indomable, dispuesto a tomar las riendas y dar un giro absoluto al futuro; alejándose por completo de tanta asfixia y ultraje que, hasta el momento del despertar, fueron su única forma conocida de existencia. Esta es la génesis de “La luz de mi oscuridad”, el momento en que coinciden en el mismo tiempo y espacio dos mujeres con similares historias de vidas, abusadas por sus esposos; pero con una perspectiva y reacción al maltrato completamente diferentes para cada una.

Ámbar y Derim, huían en el mismo tren; como si mientras más kilómetros dejara atrás la máquina, más fácil fuera no recordar. Se conocen en un momento crucial para la vida de ambas: justo en el instante en que una de ellas, presa de los demonios que martirizaban su mente en forma de recuerdos, decide ponerle fin a su existencia arrojándose a la línea férrea; siendo truncada su intención por la desconocida de lentes oscuros y aro negro al borde de los ojos que la aferró de un brazo con fuerza.



AMAR NO ES PECADO

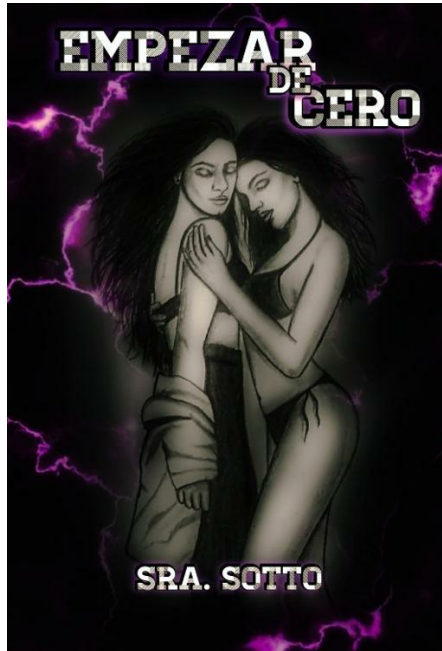
No se sabe que se está enamorado, hasta que descubrimos qué cosas somos capaces de hacer, o hasta dónde somos capaces de llegar por la persona amada. No hay sacrificio más bello que el que se hace por amor y eso, hasta Dios lo entiende; porque amar no es pecado.

Amar desde el lado opuesto no es condenar el sentimiento ni resignarse a renunciar, es luchar por él hasta el final y asumir cualquier consecuencia, como lo hizo Jetzell al amar a Adiara; demostrando que cuando se ama desde el corazón, siempre hay recompensa. Las almas que se reconocen y están destinadas a permanecer juntas, vencerán cualquier obstáculo para conseguirlo, así tengan que sacrificar todo... o encontrarse en otra vida.



CON EL ENEMIGO ADENTRO

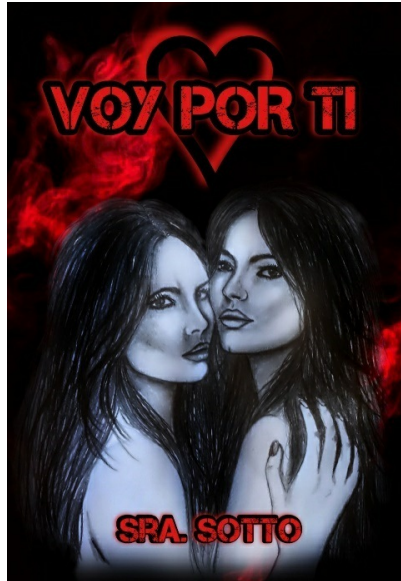
Cuando la teniente Scott aceptó la misión, no tenía ni idea del giro que daría su vida. La orden inicial era infiltrarse en la organización más grande de los últimos tiempos dedicada a la trata de blancas y otros delitos, para dismantlarla desde adentro; pero no contaba con hallar el amor en el lugar más inesperado. Juliana Conde, quien fungía en su lista de objetivos y además era la hija de su peor enemigo, resultó ser más importante en su vida que su carrera y la lealtad que juró a su país el día que se hizo policía; así como ella resultó ser la persona por la cual la poderosa heredera decide cambiar su destino, aun sabiendo que no sería tan fácil. En medio de un marcado conflicto de intereses, de una cruda lucha entre la ley y el crimen, surge una intensa historia de amor que une sus caminos para siempre, volviéndolos uno.



EMPEZAR DE CERO

Cuando el corazón está herido porque alguien nos arrebató algo que amamos, muchas veces la venganza suele ser el único camino que la razón encuentra; pero, ¿qué pasaría si en el andar hacia ese abismo nos sorprende el amor?... Las cicatrices empiezan a sanar, aunque no desaparecerán nunca; el alma se adhiere a ese nuevo sentimiento para intentar salvarnos de nuestros propios fantasmas y de la ira, impidiendo que nos convirtamos en lo mismo que tanto odiamos. Es la historia de vida de Kamila Guzmán luego de perder a su única hermana y buscar vengarse cobrando la vida de su verdugo; solo que no contó con enamorarse de Alejandra, la esposa del asesino.

Nunca será demasiado tarde para comenzar de cero, para mover el prisma a través del cual tenemos nuestra propia visión de las cosas. A veces solo hace falta aferrarnos a los buenos sentimientos y la vida se encargará de castigar a quienes nos lastimaron; a veces solo es necesario confiar en el karma.



VOY POR TI

Estar en el momento y el lugar equivocados, puede convertir la realización de un gran sueño en la peor de las pesadillas. Recién casadas, Geena y Lyn viajan de luna de miel a Ibiza, siendo este uno de sus mayores sueños; pero el destino les hace una mala jugada y todo se complica en la primera noche en la isla, convirtiendo lo que debía ser un maravilloso recuerdo, en amargas vivencias que quedarán en sus memorias para siempre.

El trágico suceso de esa noche, amenaza con separarlas cuando recién unían sus vidas en matrimonio; solo que Geena no estaba dispuesta a perderla, aunque para recuperarla tuviera que convertirse en su antigua versión y Lyn... sabía que debía ingeniárselas para resistir mientras su esposa iba por ella.



PROYECTO ZEUS

Una niña rica y rebelde ante los ojos del mundo, pero en su interior encierra un macabro secreto de familia que terminará por alimentar en otros la codicia por el poder; un monstruo que devora su inocencia y convierte un ángel en demonio: El Proyecto Zeus.

Su padre propicia la cercanía con el amor de su vida – su guardaespaldas –, pensando que podría manejar la situación, pero todo se le escapa de control al ellas enamorarse, haciéndole perder las riendas de su imperio y de su propia hija.

El emporio Santemo termina a merced de un lobo con piel de oveja que resultará siendo su peor enemigo y la mayor amenaza, pendiendo de un hilo que el proyecto secreto caiga en las manos equivocadas.



ZODIAC

En un mundo distópico, donde por siglos han mantenido un orden social acérrimo, siguiendo estatutos y costumbres arcaicas; el pasado regresa como una amenaza para el sistema actual. El planeta Zodiac, se encuentra dividido en cuatro regiones y estas a su vez en doce casas zodiacales, de entre las cuales cada año, asume el poder supremo un regente que gobernará por encima de los demás.

Erym Zeffir, rebelde e impetuosa, adepta al cambio y al progreso, es una de las descendientes del regente de Escorpio; la cual termina cruzando límites a los que jamás se había siquiera acercado... por amor. Al conocer a Xia, de la casa Piscis, rompen las reglas que impiden en Zodiac las relaciones interpersonales entre integrantes de diferentes casas zodiacales, lo cual las lleva a escapar y descubrir así una conspiración en una zona aislada de la urbe, que pretende cambiar el orden natural instaurado por los antepasados y reconocer la existencia de la decimotercera casa que hasta entonces se creía extinta: Ofiuco.

Una aventura intensa les espera en su afán de proteger ese amor que las alienta a cualquier sacrificio, inmiscuyéndolas sin buscarlo ninguna de las dos, en un conflicto sociopolítico en medio del cual deberán aprender a jugar roles impuestos, con tal de volver a estar juntas.



ENTRE EL DEBER Y EL Corazón

Callar los sentimientos que sobresalían de su ser aun sin palabras, no era el camino que convertiría a la reina Katharina en la monarca que necesitaba el reino de Hendar. Ser una mujer con la sabiduría de aceptar lo innegable y afrontarlo, sí que le valdría la paz y la felicidad que necesitaba en su vida para convertirse en la monarca que necesitaba Hendar; debía aceptar de una buena vez que su corazón pertenecía a Annalia. Para estar bien con el resto del mundo, hay que estar bien con uno mismo.

Un príncipe capaz de hacer correr su propia sangre por mera codicia, es el enemigo oculto tras su hipocresía y condición real, que aprovechará el primer chance para hacerse con la corona del reino. Por suerte, Katharina cuenta con un leal aliado y con el apoyo incondicional del amor de su vida, quien amándola más que a todo y a sabiendas de que no podría tenerla; fue capaz de mantenerse a su lado hasta saberla a salvo...